

Cuadernos del Sur

31

EZLN

Comunicado
de la comandancia
rebelde
desde Nurio

Hirsch / Lucita / Lozano / Brodski

CRISIS DE REPRESENTATIVIDAD



¿QUÉ CRISIS?



TURBULENCIA GLOBAL

El capital del Siglo XXI

B. Fine / C. Lapavistas / D. Milonakis
C. Katz / A. Bonnet

1976 **25 AÑOS** 2001
Memoria/Verdad/Justicia

El Capital se mueve
John Holloway

Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 31

Abril de 2001

Tierra
del  fuego

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita, Roque Pedace, Alberto Plá, Alberto Bonnet,
Carlos Suárez
Brasil: Enrique Anda, Florestán Fernandes [1920-1995]
Bolivia: Washington Estellano
Chile: Alicia Salomone
Perú: Alberto di Franco
México: Alejandro Dabat, Adolfo Gilly, Alejandro Gálvez C.,
John Holloway
Escocia: Werner Bonefeld
España: Daniel Pereyra
Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy
Italia: Guillermo Almeyra
Rusia: Boris Kagarlitsky

El Comité Editorial está compuesto por los miembros del Consejo Editorial residentes en Argentina.

Colectivo de Gestión

Mariano Resels, Gustavo Guevara, Katharina Zinsmeister, Leónidas Cerruti,
Rubén Lozano, Hernán Ouviaña, Juan Grigera

Coordinación artística
Juan Carlos Romero

Composición y Diagramación:
Taller del Sur

Isotipos de tapa:

Basta. Tinta. Clorindo Testa. 1995

Grabado. Carlos Alonso. 1966

Toda correspondencia deberá
dirigirse a:

Casilla de Correos Nº 167, 6-B.

(1406) Buenos Aires, Argentina

Email: cdsel@amet.com.ar

Cuadernos del Sur, número 31

publicado por:

Editorial Tierra del Fuego

Argentina, abril de 2001.



Cuadernos del Sur

incluye los sumarios de sus
ediciones en la base de datos de
Latbook (libros y revistas)

Disponible en Internet
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

Indice

EDITORIAL:	Foro Social Mundial: Recuperando la esperanza	7
	Crisis	
JOACHIM HIRSCH	Adiós a la política	15
EDUARDO LUCITA	Politizar la resistencia.....	31
RUBEN LOZANO/ PATRICIO BRODSKY	Apuntes sobre la representación política. ¿Renegación del sujeto?	43
EZLN:	Comunicado de la comandancia rebelde desde Nurio	49
JOHN HOLLOWAY:	El capital se mueve	55
	Turbulencias	
ROBERT BRENNER	La economía de la turbulencia global.....	71
CLAUDIO KATZ	La teoría de la crisis en el nuevo debate Brenner	79
ALBERTO BONNET	Competencia, lucha de clases y crisis	94
BEN FINE/ COSTAS LAPAVITSAS/ DIMITRIS MILONAKIS	Indagando la economía mundial: dos pasos atrás.....	117

José Lungarzo 1922 – 2001

Obrero metalúrgico, militante sindical, dirigente político, Juan en su larga vida partidaria y clandestina, murió de modo inesperado: le falló el corazón, justamente a él que tanto corazón tenía y que tanto valor había demostrado.

A Juan le tocó entrar y caer en este siglo, en un momento negro, tras haber participado en más de cincuenta años de luchas para imponer la luz y alejar las tinieblas, como infatigable tejedor de ideas y organizaciones. Se fue a los 78 años, calladamente, como los proletarios, cumplida su tarea, con lo que tenía: sus ropas gastadas y sus herramientas, las teóricas, con las que seguía reparando gentes, construyendo utopías, y las materiales, con las que arreglaba los motores de los lujos ajenos.

Hombre de hilar fino, tan fino que muchas veces le costaba concretar, sus últimos esfuerzos estuvieron puestos en reanimar los grupos socialistas independientes buscando sintetizar su experiencia de intransigencia en los principios y flexibilidad en la práctica del marxismo revolucionario.

No figuró nunca en nuestro Comité Editorial ni en nuestro Consejo de Redacción, así el lo quiso, pero fue desde el inicio mismo de *Cuadernos del Sur* uno de sus principales sostenedores, con su pasión por las ideas y sus lecturas críticas, con su sencillez y su tenacidad, era un Compañero de consulta indispensable.

Con su riquísima humanidad, José (Juan) será siempre un imprescindible.

Comité Editorial
Buenos Aires, abril 2001

25 años
24 de Marzo
1976/2001
MEMORIA
VERDAD
JUSTICIA

Comité Editorial
Consejo de Redacción

Postales de la Comuna

1871 - 2001

El historiador siempre olvida algunos detalles llenos de color

Antonin Artaud

1. Corría 1871 en la ciudad de París. El calor del fuego arreciaba las frentes de numerosos transeúntes de la calle principal, que llevaba a la plaza principal. Algunas banderas rojas y negras flameaban al compás del viento, como preanunciando quién sabe qué acontecimiento inolvidable. En un pequeño banco, un joven se aprestaba a introducir suavemente unos gramos de pólvora en su escopeta. Respiraba una y otra vez por su boca, ya que desde muy pequeño se acostumbró a hacerlo de esa manera. En numerosas ocasiones, había intentado contenerse cerrando sus labios, pero el ejercicio siempre terminaba siendo en vano. Lo cierto es que esa mañana, en pleno apogeo insurreccional, se disponía a realizar un certero disparo. Su objetivo era el reloj de la ciudad. "El tiempo -pensaba- ya no será el mismo después de este evento tan glorioso". Había, pues, que detenerlo. No dudó un instante más. Apuntó su desgastado rifle y presionó el gatillo como quien acaricia a una amante. La bala salió despedida, relampagueante y voraz. El disparo había dado en el blanco. Las agujas sangraban heridas de muerte, y los envejecidos números masticaban con igual rabia el hecho. Nacía una nueva época, y ese disparo no era más que el *réquiem*, escrito en el aire, para un agonizante tiempo homogéneo.

2. Las mujeres trasladaban los escombros. Los hombres, los pocos fusiles que aún quedaban con balas. A las puertas de París, las tropas de Thiers acechaban como un lobo indómito. Dentro de un barril, muerto de miedo, se escondía un vagabundo llamado Louis. El había visto, por primera vez, bailar hasta el amanecer a los ancianos y niños de la ciudad. No entendía muy bien qué significa eso de la "abolición del Estado", pero se sentía muy a gusto con quienes lo pregonaban a gritos por las calles, en especial con aquellos más radicalizados que, movidos por su ira, habían destrozado a mazazos la antigua iglesia del pueblo, esa misma que le negaba en tiempos pasados asilo. De ahí que, afrontando su temor extremo, decidió ayudar en las precarias barricadas, armadas a lo largo de su enorme morada a cielo abierto. La palabra libertad era en aquel ámbito más concreta y material que nunca, y eso Louis lo sabía, aún sin haber leído a Proudhon, Marx o Blanqui. "¿Sabes que es la revolución?", susurró al oído de una rubia muchacha, cuya cintura denotaba el germen de una vida nueva. La joven, dubitativa, no arriesgó definición alguna. Sonriendo, Louis le dijo: "es el orgasmo del pueblo, y lo más grandioso es que se está consumando en mi propia habitación".

Hernán Ouviaña



Recuperando la esperanza

“¿Cómo será el mundo que vendrá, cómo será el Siglo XXI?, Somos gente del siglo pasado, es tiempo de imaginar el siglo que vendrá. Qué tal si ejercemos la fantasía de soñar.

El televisor dejará de ser el miembro más importante de la familia y será tratado como una máquina del pasado. En ningún país habrá servicio militar. Los políticos no tendrán caras tristes. El mundo ya no estará en guerra contra los pobres, la comunicación dejará de ser un negocio porque es un derecho humano. La educación no será un privilegio de quienes puedan pagarla. La Justicia y la Libertad serán hermanas siamesas que ya no estarán condenadas a marchar por separado. Una mujer negra será presidenta de Brasil y en EEUU una mujer negra será presidenta. En la Argentina ‘las locas de Plaza de Mayo’ serán consideradas ejemplos de salud mental. Seremos compatriotas de todos aquellos que tengan aspiraciones de justicia. Cada noche será vivida como la última y cada día como si fuese el primero.”

*Texto de Eduardo Galeano leído en la sesión inaugural del
Foro Social Mundial – Porto Alegre 2001.*

Un mundo de mundos pareció configurarse en la multicolor pluralidad democrática que durante seis intensos días se expresó en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, para decir con sus voz colectiva que “Otro mundo es posible”.

Trabajadores ocupados y desocupados; campesinos, indígenas y afro-

americanos; feministas, ambientalistas y ecologistas; jóvenes, estudiantes e intelectuales..., dejaron allí testimonio que el encuentro reflejaba, como un espejo, las innumerables luchas que cotidianamente recorren el mundo resistiendo esta fase de la mundialización capitalista que es la globalización neoliberal.

Más de 900 organizaciones socia-

les y políticas; casi 16.500 inscriptos; 200 parlamentarios provenientes de 29 países; 1.600 periodistas acreditados; 18.000 personas diarias en el predio; 450 talleres y sesiones de debates, son una muestra del éxito de la convocatoria, pero también de la capacidad de los organizadores, que combinó creativamente una estructura sólida capaz de contener la multiplicidad de actividades con la anarquía propia y saludable de quienes están dispuestos a cambiar el orden de cosas impuesto.

El FSM ha sido importante no sólo por el número de asistentes –de hecho nunca hubo un evento que reuniera la cantidad de movimientos y organizaciones sociales que allí hubo– sino por su repercusión mundial. El hecho que algunos de los grandes “patrones” del mundo reunidos en Davos tuvieran que aceptar la teleconferencia con Porto Alegre es un indicador más que emblemático.

Que el Foro Social Mundial se realizara en Porto Alegre no ha sido solo confrontar el sur al norte. Sino fundamentalmente realizarlo en una ciudad que puede mostrar al mundo, luego de 12 años de estar gobernada por el PT, un modelo de gestión de la cosa pública no sólo diferente sino exitoso y legitimado socialmente por la participación democrática de los ciudadanos.

Pero el éxito del FSM no es resultado de un rayo caído de un cielo

sereno. Tiene bases materiales y reconoce antecedentes. La “Conferencia Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo” (1996) convocada por el zapatismo debe situarse como un punto de partida ineludible, la postergación por la OCDE (en 1998) del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) fue un indicador de posibilidades, pero ha sido desde la Batalla de Seattle (1999), que hizo fracasar la ronda del milenio de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que una nueva situación se ha abierto paso a nivel mundial.

En sólo un año una oleada de luchas se ha derramado por el mundo (Washington, Praga; Seúl, Bangkok; Niza; París..) abonando el sendero que llevó a Porto Alegre en los primeros días de este año 2001. El fin de la guerra fría y la política de enfrentamiento entre “campos”; la pérdida de legitimidad social del neoliberalismo y la agudización de las contradicciones interimperialistas son elementos constitutivos de este cambio a nivel mundial que se verifica desde la última década, y que acelera los procesos, abriendo espacios en los que un internacionalismo de nuevo tipo se está configurando rápidamente.

Comprender este proceso de confluencia, que alberga una fuerte heterogeneidad social y que supera las formas de resistencias tradicionales, resulta indispensable al mo-

mento de trazar un balance objetivo del FSM y sus potencialidades. Porque hasta ahora el movimiento había demostrado un gran capacidad para neutralizar, para desorganizar, las convenciones de los poderosos del mundo. ¿Pero, cuál era su orientación futura? ¿Cuáles eran sus objetivos y su capacidad real para promover cambios en la situación general?

En Porto Alegre el debate superó el de las formas de resistencia para avanzar en la constitución de una alianza mundial contra el neoliberalismo y sus consecuencias. Allí el FSM logró concentrar fuerzas e intelecto, en calidad y cantidad suficientes, como para intentar avanzar en el diseño de un mundo diferente, como para poner a debate un proyecto alternativo.

¿Por qué ha sido posible ahora? Es que el neoliberalismo en su arrollador avance dejó un saldo de consecuencias y reivindicaciones comunes en casi todos los países.

En efecto:

Incrementó fuertemente las desigualdades y la precariedad, promoviendo una caída estructural de las condiciones de vida y existencia de los explotados, oprimidos y excluidos;

• Concentró y fortaleció el poder de las corporaciones multinacionales frente a los Estados-nación, poniendo en crisis las instituciones de la democracia representativa;

Generó un nivel de endeudamiento en casi todos los países subdesarrollados que condiciona totalmente a los administradores de turno.

- Potenció la agresión al ambiente hasta llevar al borde del colapso el equilibrio ecológico;

- Incentivó los valores individuales y la competencia, acentuando el sexismo, el racismo y la xenofobia, posponiendo los valores solidarios y el respeto por las diferencias.

Son estos núcleos de consecuencias comunes los que constituyen la base material para un internacionalismo de nuevo tipo. Son estos núcleos de consecuencias los que permiten que por primera vez en décadas estén dadas las condiciones para luchar por objetivos comunes.

Claro está que Porto Alegre también mostró que esta alianza social mundial que se está constituyendo, necesita ser profundizada y aun reforzada, definiendo sus perfiles ideológicos:

- El caso del sindicalismo es por demás emblemático. En el FSM estuvieron presentes delegaciones del sindicalismo argentino, obviamente del brasileño, los norteamericanos, los coreanos y sudafricanos, pero muy poco del europeo. El conjunto



Foro Social Mundial



muestra una débil representación del sindicalismo a escala mundial, e integrarlos es un verdadero desafío.

- El movimiento campesino, que ha tenido una representación muy amplia y numerosa, mostró una fuerte organización a nivel mundial. Sin embargo su propuesta de soberanía alimentaria, y hasta cierto punto de defensa de la propiedad agraria familiar y del “derecho a vender en nuestros propios mercados” genera contradicciones al interior del propio movimiento y en las delegaciones de diversos países.

- La fuerte presencia del feminismo que no obstante su despliegue no logró imponer sus propuestas de legalización del aborto.

- No se puede dejar de señalar que frente a los avances hegemónicos del imperialismo estadounidense y su imposición del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) haya sectores que impulsen un fortalecimiento del MERCOSUR, como si este fuera ajeno a los intereses de las grandes corporaciones de la región.

- La relación entre movimiento social y representación política es otra cuestión a zanjar. Tanto como numerosa fue la presencia de organizaciones sociales, débil fue la presencia de partidos. Contradictoriamente

el FSM ha dejado en evidencia que para su organización y desarrollo han sido fundamentales las ONG's; las organizaciones sociales y sindicales, pero también que la existencia del PT, y sus gobiernos en Porto Alegre y en el Estado de Rio Grande do Sul, tuvieron un papel central.

El Foro Social Mundial de Porto Alegre 2001 expresó un reagrupamiento de fuerzas sociales y de personalidades que va más allá de intereses corporativos y nacionales, aunque muchos de estos movimientos no tienen definiciones antisistema o anticapitalistas.

Existe el riesgo de que algunos movimientos puedan ser fácilmente cooptados por variantes sociales del neoliberalismo; o que las ONG's terminen siendo utilizadas como elementos de apoyo para viabilizar determinadas políticas de los organismos internacionales. Pero también es cierto que conviven allí movimientos claramente antisistema en los que quienes se reivindican del socialismo deben apoyarse para darle a esta resistencia internacional antineoliberal una perspectiva anticapitalista.

Es claro que estas contradicciones estuvieron presentes al momento de definir la continuidad del Foro en los años venideros, y sus futuras sedes. Y también lo estuvieron cuando se debió resolver un documento final que lo sintetizara, y que no pudo ser porque “..no hay posi-

bilidad de albergar en un solo documento la diversidad de las problemáticas planteadas”.

No obstante un numeroso grupo de organizaciones sociales, sindicales, políticas y culturales, entre las que se encuentra *Cuadernos del Sur*, logró consensuar un documento, el “Llamamiento de Porto Alegre a las próximas movilizaciones”.

Este documento parte del conjunto de las reivindicaciones sectoriales

para articularlas en una proto-plataforma común y establece un calendario de actividades y acciones comunes -la primera es *la Batalla contra el ALCA* que tendrá lugar en Buenos Aires y en Quebec, en el presente mes de abril- que darán vida concreta al FSM hasta su próxima convocatoria en Porto Alegre 2002.

Eduardo Lucita
Buenos Aires, abril del 2001



realidad Económica

/ADE

Hipólito Yrigoyen 1116 (1088) Buenos Aires

Crisis de representación: ¿qué crisis?

La discusión en torno a la crisis de representación ha cobrado un notable impulso en los últimos años. Democracia delegativa, ahuecamiento de los mecanismos de participación, erosión de las instituciones políticas, o desprestigio de los partidos políticos tradicionales, son todos términos que, de una manera u otra, aluden a una misma problemática.

¿Qué se entiende por representación? ¿puede acotarse la acción de la transformación a la mera delegación política, esto es, a decidir cada dos o cuatro años quién decidirá por nosotros? ¿debe, por el contrario, politizarse lo social? ¿o más bien la acción tendría que orientarse hacia la socialización de la política?, son sólo algunos de los interrogantes que sobrevuelan el debate. Los tres trabajos presentados a continuación intentan indagar, desde un espacio crítico, en los por qué de este creciente desencanto por la política, buscando esbozar al menos algunas posibles respuestas. Más allá de las disparidades teóricas, comparten en conjunto una misma preocupación: cómo entender la presente crisis de representación en paralelo a un incremento de las luchas sociales y políticas.

El artículo de Joachin Hirsch envía al cementerio de la historia a la política vinculada al poder del Estado, propugnando el nacimiento de un "reformismo radical" que, de la mano de los nuevos movimientos sociales, revitalice la lucha socialista en base al desarrollo de posiciones de contrapoder y estructuras independientes vinculadas a nivel internacional.

El texto de Eduardo Lucita se interroga sobre las condiciones de posibilidad para gestar una nueva representación política del conjunto de los trabajadores y las clases subalternas, asumiendo que los partidos políticos han internalizado la crisis del Estado "intervencionista" y, por tanto, ya no se muestran aptos para mediar en la relación Estado/sociedad civil.¹

Por último, las notas escritas por Rubén Lozano y Patricio Brodsky buscan impugnar teóricamente la llamada "crisis de representación", articulan-

do los conceptos de sujeto, crisis, hegemonía y re-presentación. De lo que se trata, dirán los autores, es de que el sujeto represente la crisis, poniéndola en acto a través de la praxis transformadora.

"No hay que sudar calentura ajena" fue la respuesta de numerosos revolucionarios ante el colapso de los regímenes del este. La frase puede ser resignificada para el debate actual. Hay que encontrar, sí, los nudos anticapitalistas que se inscriben en el creciente repudio por parte de vastos sectores sociales hacia la representación formal e institucionalizada.

Desde esta perspectiva, debemos ser conscientes que, como expresara Alberto Bonnet en un reciente artículo referido al tema,² "la alternativa que enfrentamos se resuelve entre un mercado anómico de votantes escindidos por la violencia traumática del capital o un sujeto autónomo y autorganizado".

Hernán Ouviña

Notas

¹ Para un desarrollo de este punto, véase también el interesante artículo de Jean Marie Vincent y Toni Negri: *Por un nuevo modelo de representación política*, Cuadernos del Sur N°17, mayo de 1994.

² *Saber, creer y votar. 1999; elecciones menemistas*, Cuadernos del Sur N°29, noviembre de 1999.

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Ediciones FISyP Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas

Adiós a la política

Joachim Hirsch

La política solía entenderse tradicionalmente como algo relacionado con la transformación de condiciones y relaciones sociales, con luchas por intereses, con objetivos socioeconómicos y concepciones de orden. Se la consideraba democrática cuando los afectados podían participar en cierta forma de ella —aunque, por cierto, bajo las condiciones del capitalismo burgués, esta participación sólo pudiera darse de manera muy limitada.

Hoy, tanto la capacidad configuradora como también el carácter democrático de la política están cuestionados. La definición imperante de la política la reduce cada vez más claramente a la administración más o menos eficiente del orden existente, a la adecuación más o menos lograda a imperativos supuestamente objetivos e inamovibles, productos de una tecnología desencadenada o de un mercado mundial incontrolable.



La discusión política ya no gira alrededor de la definición de objetivos sociales alternativos, ni siquiera de intereses en conflicto, sino del gerenciamiento del status quo.¹

Y muchos de los que se identificaban antes con la izquierda y se consideraban de alguna manera opositores al sistema, hablan hoy de “civilizar” el capitalismo, de munirlo de elementos democráticos y de derechos humanos, lo cual alguna vez y, con toda razón, se decía incompatible por principio. Por otra parte, esta situación también está conduciendo a que cada vez sean menos los individuos con expectativas hacia el quehacer político, a que se imponga una percepción del escenario político como una sección poco entretenida del *show business* mediático y a que crezca la tendencia a juzgar al personal político menos por los resultados de su accionar que por su presencia, su simpatía o “credibilidad” actuaral.

El hecho de que la política se redujera a una suerte de administración de la competitividad nacional² se relaciona estrechamente con los cambios sociales ocurridos desde los años setenta a consecuencia de la crisis del capitalismo fordista de posguerra: por una parte, la reestructuración neoliberal denominada "globalización"; por la otra, el ocaso del "socialismo real" y, concomitantemente, el fin de la confrontación entre sistemas. Si fuera cierto que se llegaba al "fin de la historia", como en ese entonces se decía (Fukuyama), también implícitamente se hubiera alcanzado simultáneamente el fin de la política en mayúsculas. Pues, donde ya no existieran alternativas históricas, no quedaría nada para transformar y sólo habría que garantizar la permanencia del orden existente y asegurar su regular funcionamiento contra cualquier falla eventual. Las consecuencias sociales cada vez más catastróficas que precisamente este funcionamiento produce en el largo plazo se considerarían tan lamentables como inevitables. Así, quedaría sólo la esperanza de que la catástrofe sociopolítica, económica o ecológica tardase algo más en llegar.

Tales percepciones tienen un trasfondo empírico

real. Por un lado, el rotundo y definitivo fracaso de los grandes proyectos de transformación social del siglo XX, es decir, de los experimentos de transformar la sociedad por medio del Estado, tanto de los reformistas socialdemócratas como del socialismo estatal autoritario. Por el otro, existe la aparente paradoja de que aquellos estados que lograron con el triunfo del fordismo una capacidad bastante amplia de regulación en el sentido de un Estado benefactor keynesiano y de esta manera constituirse en el siglo XX materialmente como "Estados nacionales" con capacidad de integración económica y social, autolimiten ahora, "globalización" neoliberal mediante, radicalmente sus espacios de acción política y su potencial transformador. Este "repliegue" del Estado a una "gestión magra" [*lean management*] de la sociedad fue uno de los requisitos decisivos para que se impulsara una vasta y profunda reorganización de las condiciones de valorización del capital luego de la crisis del fordismo. Simultáneamente se fueron limitando sin embargo aún más las posibilidades de cohesionar y configurar las sociedades mediante políticas estatales.

Un componente de este



proceso de transformación es la internacionalización del Estado que se manifiesta en el desplazamiento creciente de las decisiones políticas relevantes hacia un sistema complejo de organizaciones políticas e instituciones internacionales y en la articulación directa de partes importantes del aparato estatal con los intereses de los mercados financieros internacionales de capitales sus instituciones (FMI, Banco Mundial, Grupo de los 7, etc.). En consecuencia, son esencialmente los ministerios de hacienda y los bancos centrales los que definen las políticas, otra razón cómo algunas áreas políticas decisivas se sustraen prácticamente a la influencia por las vías y los procedimientos usuales, o sea a las elecciones democráticas y a la legislación parlamentaria. Así, un ejemplo de las modificaciones institucionales más significativas de la transformación neoliberal de los aparatos estatales constituye la creciente autonomía y desvinculación de los bancos centrales con respecto a los procesos democráticos. A consecuencia de los procesos amplios de privatización y el poder creciente del capital transnacional, las decisiones políticas se desplazan cada vez más a sistemas mixtos de negociación poco transparentes y desligados en gran medida de los procesos democráticos formalizados.

La transformación de los Estados nacionales se vincula, por último,

con el surgimiento de un sistema mundial unipolar caracterizado por el predominio de un pequeño grupo de metrópolis, bajo la conducción de los EE.UU, sobre los Estados “débiles” de la periferia. En combinación con las consecuencias económicas y sociales del proceso de globalización se reducen así aún más los márgenes de acción política para cada Estado nacional, produciéndose al mismo tiempo nuevos conflictos: por un lado guerras civiles, masacres “étnicas”, intervenciones militares “humanitarias” tendientes a asegurar los intereses de los Estados fuertes frente a los débiles, y por el otro, “fundamentalismo” y “terrorismo”.

Así, el concepto tradicional de política pierde uno de sus fundamentos esenciales, aquél que concebía al Estado moderno como soberano dentro del ordenamiento “westfaliano”³ de Estados. Si hasta ahora la anarquía del universo de Estados era el principio determinante de la organización política del capitalismo global, actualmente lo está reemplazando la anarquía de un imperio casi omnímodo atravesado por conflictos y contradicciones complejas y controlado por un entramado jerárquicamente estructurado de organismos internacionales, consorcios multinacionales y no por último por organizaciones delictivas de tipo mafioso. Dentro de esta nueva “sociedad mundial” capi-

talista, el aparato que ejerce la violencia física de las metrópolis dominantes, encarnada por la OTAN, está llevando a cabo algo así como una guerra civil permanente. En esta nueva estructura política se van erosionando las condiciones tradicionales de la acción política, basadas en la capacidad de los Estados nacionales para decidir y establecer regulaciones de manera relativamente autónoma.

En conjunto se socavan así tendencialmente las instituciones liberal-democráticas, que se ven vaciadas de contenido ante la pérdida de sus márgenes de acción y la aparente falta de alternativas políticas. Pareciera que con el siglo XX finalizaría también la era de la democracia liberal-burguesa.

Crisis de representación y transformación de la política en un espectáculo mediático

El descenso de la capacidad transformadora de la política estatal, combinado con crecientes desigualdades y fragmentaciones sociales desemboca en una situación que podría definirse como una profunda crisis de representación. Ya a fines de los años 60 Johannes Agnoli hablaba, haciendo referencia a los "partidos de masas" fordistas, del surgimiento de un "virtual partido único" dentro del cual las discusiones sobre el orden y desarrollo de la sociedad desaparecerían frente a un

descarnado conflicto por el poder entre cuadros políticos que compiten entre sí. Este partido único virtual o autodenominada "comunidad solidaria de los democráticos" se ha vuelto bastante real. Se presenta como una clase política compuesta por fuerzas sostenedoras del Estado que es bastante homogénea en cuanto a sus hábitos y conciencia, que se guía preponderantemente por intereses relacionadas con prebendas materiales, carreras e intereses individuales en desmedro de los partidarios —y que es, en este sentido, efectivamente libre de toda ideología. La política para ella ya no es una "profesión" en el sentido weberiano,⁴ sino una "ocupación", un vehículo para su carrera personal o peor aún, simplemente la oportunidad para el enriquecimiento personal, ya sea en pequeña o a gran escala. Si Joseph Schumpeter aún definía lúcidamente la esencia intrínseca de la democracia liberal como una lucha de elites que compiten por la aprobación plebiscitaria, actualmente pareciera que esta competencia entre elites se fue sustituyendo por un monopolio de hecho, dando lugar a un sistema de corrupción estructural donde efectivamente las nociones de "izquierda" y "derecha" dejan de tener sentido.

Los orientaciones políticas de la clase gobernante ya casi no se relacionan con objetivos sociopolíticos, ni siquiera con los intereses de gru-

pos específicos del electorado, sino exclusivamente con la consolidación de cargos y carreras individuales. En este contexto, las elecciones y los intereses del electorado aparecen como interferencias molestas en el funcionamiento regular del aparato político. Por lo tanto, se trata de manipularlos tácticamente, de obviarlos o en lo posible de neutralizarlos mediante artilugios discursivos. En vez de compensar o mitigar las emergencias, discriminaciones y fragmentaciones de la sociedad, en crecimiento con la reestructuración neoliberal, el objetivo es transmitir a las afectadas que se trata de "imperativos objetivos", inmodificables e inevitables.

El principio neoliberal de austeridad define *ex ante* que es indispensable ahorrar y también en qué ahorrar: precisamente en los gastos relacionados con los sectores menos favorecidos de la sociedad. La política y la habilidad política se limitan entonces en transmitirles esta condición como inevitable.

La idea generalizada hasta hace poco de que un cierto grado de equidad y seguridad social es condición de existencia también de la democracia liberal, cedió ante el postulado de que la desigualdad genera rendimiento y éste a su vez crecimiento, sin tomar en cuenta de que hace rato que el crecimiento explosivo de las ganancias y la acumulación del capital dejó de implicar automática-

mente un creciente bienestar para las masas populares. Ocurre exactamente lo contrario. Pero esto implica que el predominio del principio de maximización de ganancias está entrando en un nuevo modo de contradicción en relación con la constitución democrática. La "contradicción de la constitución burguesa", a la que se refería Marx, se manifiesta en esta forma histórica distinta aún con mayor contundencia.

La clase política, ocupada con la administración de los "imperativos objetivos", se legitima cada vez menos a partir de su respuesta a intereses reales, sino por la consolidación de un universo discursivo que ante las condiciones económicas y políticas imperantes, va incorporando necesariamente ribetes racistas, nacionalistas y de una defensa chauvinista-populista del Estado de bienestar.⁵ De esta manera, la democracia liberal sigue perdiendo aún más sus significaciones universalistas y emanciparais; deja de ser un proceso social y un espacio de lucha por la libertad e igualdad para transformarse en el sostén del *status quo*. Así, especialmente las democracias de las metrópolis se transforman más que nunca en regímenes de *apartheid* social que se agotan en la defensa exacerbada contra todos aquéllos que pudiesen amenazar los privilegios aún persistentes.

Al renunciar a la invocación de necesidades e intereses reales y con

ella, a la movilización de contrapoderes democráticos, la clase política depende cada vez más e los que detentan el poder de hecho.

Al desligarse de los intereses reales de una sociedad en acelerada fragmentación, y orientarse hacia sus propios imperativos y las necesidades particulares de una "clase política" con creciente autonomía, la política se convierte cada vez más en una escenificación mediática, liquada en mero discurso y sometida a los mecanismos de una industria cultural y de comunicación de masas comercializada. Los partidos de masas tradicionales ya no son mediadores de una integración de las masas sustentada en lo material, como lo fueron en el fordismo, sino que se han vuelto algo así como aparatos estatales mediáticos. En el mercado de votos sólo venden fetiches de mercancía políticos en vez de valores de uso políticos. Los discursos políticos tienen la misma relación con el contenido efectivo de la política como la promesa de *libertad y aventuras* de la publicidad de cigarrillos con el contenido real del atado. Lo que cuenta es su presentación, el envase. Si éste no sirve, entonces quiere decir que hay "un problema de comunicación". Este término ya popularizado define con una franqueza sin igual la concepción de la política que caracteriza la democracia imperante de los imperativos objetivos.

La competencia monopólica de los aparatos partidarios tiene como objetivo primordial la diferenciación publicitaria del producto y la organización de debates televisivos de alto *rating* cuyo modo de presentación apenas disimula el consenso básico entre los contrincantes. Aquéllos que siguen creyendo en la diferencia de contenidos y sufren las consiguientes desilusiones, son considerados uno nostálgicos irre recuperables. Es un hecho que la política, tal como se la concebía antes, está efectivamente pasada de moda, cosa de "tradicionalistas" anticuados. En realidad no es posible incumplir las promesas electorales, ya que de hecho no se las hace verdaderamente pues de entrada están supeditadas a la administración de la competitividad nacional. Se acepta como sobreentendido que los ganadores de las elecciones retiren rápidamente sus promesas. En consecuencia, resultan más importante qué comida le gusta al candidato electo, cómo se viste y qué fuma que lo que hace, salvo los errores publicitarios que pueda cometer en relación a la presentación de su imagen. Si eso llega a ocurrir, se requiere la intervención de los departamentos de propaganda y los estilistas políticos.⁶

En Alemania, la coalición gobernante de socialdemócratas y verdes está empeñada en llevar a la perfección esta mutación del concepto de política. Logró llevar a su máxima

expresión la transformación de la política un evento mediático, desarticulando sistemáticamente el discurso de la praxis política. El ejemplo más elocuente es la guerra en Kosovo. Con un discurso moralista, cargado de consternación democrática por los derechos humanos se encubrió exitosamente el verdadero porqué del bombardeo: la conservación del orden mundial imperante de la OCDE y el control de las zonas de influencia geoestratégica en conflicto entre los bloques hegemónicos.

Por eso, en contraste con sus antecesores, los gobernantes actuales en su carácter de especialistas del discurso sí están interesados en discusiones críticas e incluso las fomentan. Un ejemplo significativo para la creciente autonomía de la política discursiva fue el lanzamiento del *paper*, conocido como *documento Schröder-Blair* que desató un debate virulento en los periódicos, como si efectivamente se tratara de marcar el rumbo programático para el próximo milenio y como si los asuntos políticos no estuviesen dominados por la mera táctica de retener el poder. En consecuencia, la escenificación mediática y el encendido debate intelectual terminaron por ser desmentidos en la práctica.⁷

De esta manera, la actual formación política gobernante logró lo que no pudo su antecesora liberal-conservadora y que finalmente ha-

bía hecho fracasar a esta última: la imposición de una nueva hegemonía cuya lógica consiste en vincular



la política de la reestructuración neoliberal y del "Estado defensor de la competitividad nacional"⁸ con un discurso moralista de democracia y derechos humanos encubridoras de las relaciones fácticas de poder, violencia y sometimiento. Así logró de una manera sorpresiva obtener la adhesión de fuerzas y espacios opositores, neutralizándolos política e intelectualmente. Esto se denomina la construcción de la hegemonía mediante la revolución pasiva y la cooptación de los intelectuales. Una figura paradigmática en este sentido es Jürgen Habermas, quien hizo en su momento un aporte importante para la democratización de la cultura política alemana, iniciando el famoso "debate histórico", y sostiene ahora, en el contexto la intervención a los Balcanes, precisamente el discurso normalizador y de depuración histórica que antes había combatido. En este cambio profundo de la estrategia discursiva, los Verdes como integrantes de la coalición de gobierno y convertidos conjuntamente con sus seguidores a la *realpolitik*, desempeñan sin duda un rol es-

tratégico. Se debe sobre todo a este aliado que Alemania pudiese lograr finalmente la admisión como miembro pleno en el círculo de las potencias imperiales, legitimándola precisamente con los “valores”, en base a los cuales los Verdes criticaban antes las relaciones existentes de explotación y dominación. Esto no hubiera sido posible sin redefinirlas como conceptos que sintetizan en un sentido cercano al “chauvinismo del bienestar”, el modo de producción y de vida metropolitano, incluyendo sus bases económicas y políticas de poder.

En el discurso público dominante, “democracia” y “derechos humanos” se definen simplemente a partir de la práctica del bloque imperial del “mundo de la OCDE” y éste legitima precisamente a partir de allí su mandato autoadjudicado de policía mundial, allende cualquier derecho internacional codificado.

¿La crisis como oportunidad?

Contra las proclamas de sus propagandistas académicos y políticos, la estrategia de reestructuración capitalista de la globalización neoliberal no hizo emerger una nueva “edad de oro”, similar a la del fordismo de mediados de siglo. Ésta fue de todos modos una excepción histórica, debida también a la competencia intersistémica surgida de la Revolución de Octubre rusa. La ola de racionalizaciones “economizan-

tes de trabajo” y la redistribución del ingreso a escala global, con la consecuencia de una creciente pauperización en avance, conducen a una crisis estructural de sobreproducción que se manifiesta en tendencias deflacionarias y en una autonomización acelerada del capital financiero especulativo. Ésta a su vez refuerza la presión, bajo el imperativo de la valorización de las acciones para los accionistas (*shareholder-value*), en el sentido de una mayor racionalización en la industria, tanto de bienes como de servicios. La expansión capitalista está efectuándose cada vez en mayor medida mediante megafusiones, cuyo objetivo principal consiste en la racionalización y el control de los mercados. Contrariamente al palabrerío incesante sobre competitividad y rendimiento, el capital monopólico nunca tuvo un desarrollo concreto tan perfecto como ahora. Esto ha llevado a un desacoplamiento estructural entre crecimiento y empleo y por ende a una situación en la que el ascenso vertiginoso de las ganancias difícilmente puede justificarse como condición para el bienestar general. De esta manera, el desacoplamiento estructural entre acumulación, crecimiento y empleo bajo las condiciones del régimen de acumulación postfordista socava también las bases materiales del contexto de legitimación que había sido uno de las razones del “triun-

fo" del capitalismo en la competencia intersistémica. La erosión de las economías "nacionales" tras la internacionalización postfordista del capital y de la producción no sólo puso en jaque el concepto de política "nacional" sino incluso el de "sociedad". Cuando aparecen hoy, en la discusión académica y política, conceptos tan difusos como "sociedad mundial" o "caída de las fronteras", se está expresando una incertidumbre creciente respecto a lo que puede entenderse como "pueblo" —en el sentido político de un *demos* democrático con capacidad para tomar decisiones colectivas—, en un contexto de crecientes divisiones y fragmentaciones sociales. La paradoja de que las corrientes y orientaciones nacionalistas se hagan más notorias a medida que la "nación" va perdiendo su fundamento económico y social, sólo lo es en apariencia. No se trata tampoco únicamente de una consecuencia de la falta de referentes y de "problemas de identidad", sino que adquiere una importancia creciente como instrumento de dominación frente a las



decrecientes posibilidades de integración social de carácter material. En cualquier caso, hace tiempo que

el barco de la causa popular bajo bandera del Estado-nación se ha averiado y está haciendo agua. Ya no sirve para la travesía hacia mejores costas, pero aparece en el mar tormentoso de la economía globalizada como un bote salvavidas que deberá defenderse tenazmente contra todo tipo de naufragos, ya que promete —en el mejor de los casos— algunos privilegios relativos, aunque no los garantice. La liberalización incontrolada de los mercados de capital y financieros implica al mismo tiempo la inestabilidad estructural del sistema económico global que, al desaparecer una regulación relativamente coherente del mercado mundial, sólo puede protegerse contra el derrumbe de la pirámide de créditos acumulados y la explosión de las burbujas especulativas mediante permanentes intervenciones de emergencia.

Las expulsión global de fuerza de trabajo al igual que la creciente desigualdad y pauperización social conducen a una creciente informalización y precarización de las relaciones laborales, con la consecuencia de que también en las metrópolis capitalistas ya es normal que imperen condiciones propias del tercer mundo. Por supuesto que esto no significa "el fin del trabajo", ya que su explotación por parte del capital sigue siendo la base principal de la sociedad existente; pero sí que experimenta un cambio profundo. Esto

en el sentido de que la relación capitalista de explotación se sustenta cada vez menos en el trabajo asalariado formalizado y más en las formas de trabajo autónomo (por lo menos en apariencia) como también en muchas otras modalidades de empleo precario en sectores informales en expansión. Éstos actúan como mercados para bienes trivializados de consumo masivo, como reserva de fuerza de trabajo barata, dócil y de aprovechamiento flexible, como una suerte de depósito provisorio para desocupados y vertedero para desechos ecológicos y sociales. No hay duda de que bajo el régimen de acumulación postfordista existe una tendencia a que cada vez más personas se vuelvan prescindibles para el proceso de revalorización capitalista y ni siquiera puedan disfrutar de una relación de explotación relativamente regulada. Contrariamente a una visión romántica de la "economía de subsistencia" y del "sector informal" cabe recordar que en ningún caso estos espacios están totalmente escindidos del contexto de la reproducción capitalista, sino que siguen articulados con él de manera específica. Si el trabajo doméstico no remunerado al igual que el trabajo asalariado a condiciones que no aseguran su reproducción, especialmente el femenino, constituyeron siempre una base decisiva de las relaciones de capital, hoy es notorio el incremento de estas modalidades

femeninas" y "domésticas" del trabajo bajo nuevas formas. De todos modos, el "sector informal" es extremadamente polifacético al comprender tanto a profesionales con buenos ingresos, sobre todo en el sector de servicios a las empresas, como a relaciones laborales y de vida en extremo degradadas y marginalizadas. Los primeros también aprovechan de los últimos, ya que le permite, por ejemplo, conseguir personal de servicio a bajo costo. Una de las lógicas del modo postfordista de acumulación y regulación consiste en profundizar las fronteras entre el trabajo asalariado formal, en los núcleos privilegiados y los diversos sectores "informales" al mismo tiempo que los permeabiliza y los mantiene flexibles.

No obstante, el hecho de que cada vez más seres humanos sean marginados económicamente y excluidos del contexto formalizado de valorización implica un nuevo contexto de crisis: cuanto menos la relación de capital garantice el trabajo y sustento, tanto más prescindible se hace el capital desde una visión inmanente al sistema. Por eso, las consecuencias sociales desastrosas de la llamada globalización hacen cada vez más evidente la crisis de hegemonía del capitalismo neoliberal. Lo que todavía lo sigue estabilizando y legitimando ideológicamente no son las promesas de una "sociedad mundial" mejor y más pacífica,

desmentidas hace tiempo en la práctica, sino la falta absoluta de una alternativa sociopolítica creíble. Esto se relaciona con el hecho de que desde el fin de la era socialdemócrata, las ideas y prácticas neoliberales se difundieron y arraigaron en casi todos los ámbitos de la sociedad y que tanto las desigualdades y divisiones sociales como la lucha de todos contra todos que impulsaron, dificultan enormemente la formulación de una opción sociopolítica. En consecuencia también está destinado al fracaso el proyecto de las socialdemocracias europeas neoliberales de crear un “neoliberalismo sustentable” mediante una mayor regulación e intervención estatal. Eso es así básicamente por la contradicción de querer preservar precisamente aquellas estructuras económicas de los “Estados competitivos”, que provocan la crisis.

Por otra parte, cabe suponer que las formas de conciencia y prácticas “neoliberales” que lograron imponerse en sectores y ámbitos sociales amplios desarrollan a su vez sus propias contradicciones. El repliegue estratégico del Estado como instancia de integración material de la sociedad socava también las ilusiones asociadas al mismo, mientras que la erosión de los lazos sociales materiales debe necesariamente debilitar las identificaciones nacionales como base de la dominación capitalista-burguesa. El abandono a su suer-

te de los seres humanos convertidos en sujetos de mercado “responsables por sí mismos” podría también intensificar su afán de libertad y autonomía; la compulsión a la movilidad extrema y al perfeccionamiento permanente, además de aumentar su utilidad como fuerza de trabajo, podría también incrementar sus competencias político-sociales con miras a una mayor autodeterminación. Y, por último, aquéllos que ya no tienen más nada que esperar del capital, se verán obligados tarde o temprano a desarrollar sus propias formas de vida y reproducción. Los procesos impulsados por el proyecto neoliberal de individualización y división no necesariamente se mantendrán dentro de cauces funcionales, sino que podrían desarrollar dinámicas políticas y sociales propias.

¿Qué implica hoy una política emancipadora?

Hasta ahora, los debates relativos a esta cuestión giran en mayor o menor medida en torno a concepciones que apuntan a la recomposición funcional de economías y Estados nacionales; estas se complementan en algunos casos con versiones democratizadas del concepto de “gobierno global” (*global governance*). Subyace la idea de que las estructuras fordistas de regulación estatal podrían recomponerse de una u otra forma a nivel nacional como internacional, obviando en gran

parte las causas de la crisis del capitalismo fordista y con éstas las del fracaso de las políticas reformistas



desde el Estado. Del mismo modo queda sin reconocer que la reestructuración neoliberal no representa de ninguna manera un accidente histórico, sino el retorno a la normalidad capitalista tras el fin de los movimientos revolucionarios y reformistas de masas del siglo XX. Se omite el hecho de que las crisis profundas son características estructurales del capitalismo y que esta formación social presenta una dinámica que tiene implícita una permanente recomposición de sus relaciones económicas, sociales y políticas.

Si todos estos aspectos se consideran seriamente, hay que plantearse si en la actualidad el pensamiento político crítico no debería por principio trascender las categorías tradicionales —es decir estatales—, superando la identificación de “política” con “Estado”, de “poder” con “poder estatal” y, consecuentemente, si una política emancipadora entonces realmente debe proponerse mejorar el Estado.

Difícilmente. Frente a las experiencias del fracaso del socialismo estatal, al reformismo estatal y a la

supresión tendencial de la democracia liberal con el proyecto de reestructuración neoliberal —aunque sea de todos modos bastante limitada respecto en cuanto a la autodeterminación que posibilita—, se requiere más bien de una profunda revisión del concepto de política. Sobre todo en cuanto sigue primando la identificación de política con Estado, el pensamiento en categorías fundamentalmente burguesas de Estado y nación, de lo privado y lo público, de lo político y no político (como lo “privado”), de representación y delegación.

De todos modos, el fracaso de los proyectos de Estado del siglo XX plantea la cuestión de si es posible lograr la transformación emancipadora de las sociedades a partir de una estrategia planificada centralmente y si fuera así, si debería ser así, tomando en cuenta el carácter autoritario por definición de un proyecto de este tipo. La culminación de las modificaciones socioeconómicas estructurales que se designan con el concepto de “globalización” consiste en que la relación del capital que había constituido con el desarrollo de la sociedad burguesa la base de la forma política dominante, del Estado y por ende, también de la democracia liberal, comienza ahora a entrar en contradicción con esta última.

Hoy por hoy, las decisiones políticas relevantes se toman cada vez

más en “sistemas de negociación” mixtos e intransparentes; los Estados pasan a depender más y más de complejos empresariales transnacionales; el mundo “unipolar” implica a su vez el dominio de los Estados “fuertes” que conforman la base operativa estratégica del capital internacional frente a los Estados dependientes y débiles. Si en el transcurso de esa evolución se cuestionase la forma burguesa capitalista específica de lo político —la “diferenciación” del Estado con respecto a la sociedad, la separación de lo “privado” y lo “público”, la relativa autonomía del Estado incluso frente a las clases económicamente dominantes— y se llegara efectivamente a una suerte de reprivatización del Estado, entonces también deberían revisarse las orientaciones políticas tradicionales. El Estado nacional integrado, que en el pasado no sólo era garante del desarrollo económico de sociedades identificables sino también marco institucional de procesos democrático-liberales, se transforma en parte integral de un conjunto complejo y transnacionalizado de aparatos políticos, cuyo deber principal reside en la ejecución de “imperativos objetivos económicos” y en velar por los intereses de los grupos financieros internacionales. Con lo cual, empero, el Estado cae como instancia y referencia institucional de una política democrática. Esta evolución no necesaria-

mente debe lamentarse si se consideran los límites estructurales que impone una sociedad constituida como Estado nacional capitalista a una auténtica autodeterminación democrática. Al contrario: la crisis del Estado y de la representación política puede contener también una oportunidad, lo mismo que el fracaso del reformismo estatal socialdemócrata podría despejar el camino para un “reformismo radical”.

Por supuesto, la política estatal no deja de ser importante, tanto a nivel nacional como internacional, porque crea condiciones, impone obligaciones y tiene a su disposición un potencial decisivo de violencia. Sin embargo, esto no significa dejarse seducir por una estrategia basada en el Estado y la política estatal, ya que bajo las condiciones vigentes, ésta no puede tener por principio efecto alguno y lleva, a lo sumo, a la reproducción de las estructuras existentes de dominación y explotación. Lo que se está necesitando, por el contrario, es desarrollar estructuras propias y opciones de poder alternativos frente a la política



dominante. La intención de darle un cariz democrático en el marco de las instituciones y procesos existen-

tes se vuelve cada vez más una quimera. Incidir en la política estatal a nivel nacional e internacional se logra ejerciendo influencia desde abajo y desde afuera, mediante el desarrollo articulado internacionalmente de espacios y movimientos autogestionarios de praxis política.

Esto también rige para las relaciones de poder económico. Desde hace mucho, las empresas transnacionales que operan a nivel mundial han logrado eludir un eventual control estatal. Además, el aparato productivo capitalista presenta una tecnestructura tan compleja, que las formas tradicionales de control político resultan prácticamente obsoletas. No es posible controlar democráticamente a redes burocráticas complejas, tecnológicamente muy bien equipadas y, menos aún, manejarlas.

Tomando en cuenta que desde la perspectiva global crece el grupo de seres humanos que el capital ni siquiera necesita como objeto de explotación y a quienes los Estados abandonan a su suerte, tratándolos a lo sumo como objetos de vigilancia, de controles, o en las intervenciones policiales contrainsurgentes, querer apelar al Estado o pretender renovarlo democráticamente en las estructuras tradicionales parece ilusorio. Hoy por hoy, una política democrática y emancipadora deberá consistir en el desarrollo de estructuras propias, con independencia

del Estado, estructuras autónomas de producción, socialización y políticas. El desafío está en el desarrollo de "economías de la vida real" (*real life economics*), como se las suele llamar con una nueva expresión por cierto también algo eufemística. Esto no vale sólo para la periferia capitalista donde a muchos mientras tanto ya no les queda otra alternativa para sobrevivir, sino que también para las metrópolis, a menos que se acepte una profundización de las nuevas estructuras imperialistas de desigualdad de una sociedad de *apartheid* global. Fácil no será, sin duda. Pues lo que se está necesitando es una profunda modificación de los modos de producción y de vida, de las pautas de consumo, de las concepciones dominantes sobre qué significa "vivir bien", de progreso y desarrollo. En vez de lamentar la falta de trabajo, se trataría de comprender que la creciente desocupación es el producto de una estrategia capitalista de racionalización, que se fundamenta en la destrucción de las bases naturales de la humanidad, que la profusión de mercancías producidas muy racionalmente bajo el régimen capitalista va cada vez más claramente en desmedro de la auténtica calidad de vida. No es que el trabajo se acabe, sino que bajo el dictado del proceso de revalorización capitalista se lo hace mal; es un dictado que impide la realización de trabajos necesarios y urgentes,

mientras que al mismo tiempo se está produciendo chatarra con cada vez mayor sofisticación publicitaria y esfuerzo humano.

EN SÍNTESIS: El desafío sigue siendo el que la envejecida "nueva izquierda" entretanto *aggiornada* a neoburguesía postmoderna ha olvidado con celo expreso: una profunda revolución cultural no sólo de la conciencia sino sobre todo de las relaciones sociales y de las prácticas concretas que subyacen a éstas. Sin esa revolución cultural, un futuro con condiciones medianamente humanas y civilizadas al seno de la "sociedad mundial" difícilmente se concrete.

Esto, sin embargo, no sucederá por generación espontánea en el curso de los procesos actuales de desintegración social, marginalización e informalización. Requiere de espacios políticos que ayuden a superar las tendencias de individualización, de fragmentación y de lucha organizada de todos contra todos a escala global; a elaborar experiencias concretas históricas y actuales a confrontar intereses reales opuestos y concepciones de orden divergentes. Es necesario dejar atrás la distinción entre movimiento "político" y "social"⁹ y de tal forma que el desarrollo de contextos organizativos y estructuras políticas autónomas se vinculen con el proyecto de revolucionar la vida cotidiana. Por eso es promisorio un nuevo tipo de movi-

miento político-social, como lo que al menos embrionariamente se conformó con los zapatistas mexicanos o los Sin Tierra brasileños. Estos enfoques y movimientos deberán evolucionar primero de manera descentralizada, a nivel local y regional, en el contexto de experiencias concretas y bajo las respectivas condiciones específicas. Pueden llegar a perdurar políticamente sólo cuando se logre articularlas entre sí, generando redes de cooperación socio-políticas autogestionarias que posibiliten desarrollar nuevas formas de acción solidaria a escala global. En vez de pretender mejorar el Estado e intervenir en la definición de la globalización capitalista, el desafío está en implementar un concepto diferente, directo y práctico de política.

Se requiere articular la liberación política con la social, que parta de experiencias y condiciones de vida concretas y trascienda al mismo tiempo las barreras nacionales y particularistas. Para esto no sirven ni los Estados ni los partidos de cualquier tipo, tampoco la versión dominante de sindicatos, en resumen, ninguna de las formas tradicionales de organización política.

Noviembre de 1999.

Traducción del alemán: Echart Dietrich y Dora de la Vega. Revisión: Katharina Zinsmeister.

Notas

¹ No es casual que, en 1998, un partido pudiera ganar las elecciones en Alemania con la promesa de hacer lo mismo que antes, sólo que algo mejor.

² Hirsch remite aquí un debate de amplia difusión en Alemania, relacionada con el atractivo que ésta posee como "localización" para la inversión productiva en el contexto de la globalización. Para que la economía nacional pueda ser competitiva frente a la de otros países, los defensores de la política de localización óptima (*Standortpolitik*) argumentan que es indispensable incrementar la tasa de valorización del capital aunque ello implique resignar logros sociales históricos. Véase al respecto Joachim Hirsch, *Der nationale Wettbewerbsstaat: Staat, Demokratie und Politik im globalen Kapitalismus*, Berlín y Amsterdam, Edition ID.Archiv, 1995. Un resumen en castellano se encuentra en Joachim Hirsch: *Globalización, capital y Estado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, 1996, pp. 83-130. (N.d.T.)

³ Con la paz de Westfalia (1648) se estableció el principio de soberanía territorial como ordenamiento político secular. (N.d.T.)

⁴ La conceptualización del político en Max Weber rescata la estrecha relación etimológica entre "*Beruf*" (profesión) y "*Berufung*" (vocación) en alemán. Véase Max Weber, "La política como vocación", en *El político y el científico* (Madrid: Alianza, 1967 [1919]), esp. pp. 122-130 (N. d. T.).

⁵ La falta de integración material y de consideración de los intereses reales se compensa así con la producción mediática de fantasmas (extranjer@s, parásitos del Estado de bienestar, "crimen organizado") y apelando a una difusa solidaridad entre los integrantes reales o supuestos de una "clase media" global.

⁶ Los administradores de los imperativos objetivos suelen hablar permanentemente de

una responsabilidad que por su propia cosmovisión no pueden tener de manera alguna. Es por eso que simplemente piden disculpas cuando algo no les sale bien, para luego continuar haciendo exactamente lo mismo. De esta manera, la "sociedad de la responsabilidad" (*Verantwortungsgesellschaft*) se convierte sin signos evidentes de ruptura en "la sociedad de la disculpabilidad" (*Entschuldigungsgesellschaft*). Lamentan las "víctimas sociales" y otros "daños colaterales" y derraman lágrimas de cocodrilo por las guerras que ellos mismos impulsaron. Al adquirir la política así el carácter y nivel de un talkshow en horario vespertino, se maquilla su escasa trascendencia efectiva como simbólica con la costosa puesta en escena de la "capital" Berlín, cuyo carácter es tanto más virtual cuanto más lejos se tomen e impongan las verdaderas decisiones, sea en las casas matrices de las multinacionales o en las plazas financieras globales.

⁷ Así, por ejemplo, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán mantiene un foro sobre "cuestiones globales" en el cual polític@s, expert@s, científic@s y por supuesto también las correspondientes "Organizaciones No Gubernamentales" (ONG) cultivan un discurso abierto y crítico sobre los problemas que enfrenta el mundo —provocados, por lo menos parcialmente por ellos mismos y de los cuales, por cierto, el resto del aparato ministerial puede hacer caso omiso. El gobierno ocupa incluso a un comisionado de derechos humanos; lo que no le impide suministrar tanques al régimen torturador turco por razones geoestratégicas e instrumentar una política migratoria y de asilo con rasgos propios de la barbarie.

⁸ Véase nota 1.

⁹ Como se la hace p. ej. al comparar los antiguos movimientos nacionales de liberación en la periferia con los "nuevos movimientos sociales" en las metrópolis.

Politizar la resistencia*

Eduardo Lucita

Uno

A principios de la década de los 90 tuvo lugar en la Ciudad de Rosario, Argentina, el 1er. Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del Siglo XX – El socialismo como pensamiento y perspectiva". En aquel Seminario uno de los temas que cruzó prácticamente a todas las comisiones y talleres lo fue el debate acerca de los cambios en curso en el capitalismo contemporáneo, su entidad, su magnitud e importancia política. Sus implicancias para la sociedad y para la izquierda en particular.

Tomadas en sus extremos dos grandes líneas de interpretación se expresaron allí. Una, sostenida por aquellas tendencias cuya política práctica llevaba a desconocer los cambios ya ocurridos y los en curso, o aun reconociéndolos les restaban importancia, no le asignaban entidad suficiente como para tener consecuencias en el plano de la dinámica social y política de la clase obrera y del conjunto del movimiento social.

Otra, que sostenía que el cambio ya se había operado, que las transformaciones ya se habían producido o estaban al borde de concretarse. El capital se encontraba así en condiciones de relanzar un nuevo período de acumulación y reproducción de capitales. De lo que se trataba entonces era de adaptarse a los cambios, de nadar a favor de la corriente y allí la intervención político-social tenía límites, que estaban precisamente impuestos por la nueva situación.

Las dos posiciones de aquel debate se apoyaban en datos de la realidad. Por un lado los cambios, ya ocurridos o en curso, eran constatables, por el otro la

* Ponencia presentada en el "III Encuentro por un nuevo pensamiento en Argentina". Buenos Aires, noviembre 2000.

reestructuración capitalista –que de eso se trataba– era tan desigual, fragmentada y contradictoria, que no parecía más que confirmar las dificultades del capital por imponer sus condiciones.

Desde mi perspectiva resultaba tan erróneo, y peligroso, negar los cambios o quitarles significación, como sostener que estos ya se habían impuesto definitivamente, que la nueva realidad ya convivía con nosotros y era inmutable.

Argumenté allí, siguiendo las líneas del debate sobre “¿Un nuevo Estado capitalista?”,¹ que las dos posiciones me parecían antidualécticas, porque no tenían en consideración la confrontación social. Esta no debía ser incorporada al análisis como una cuestión de mera reivindicación proteccionista frente a la ofensiva del capital, sino como expresión del desarrollo de la lucha de clases y por lo tanto de la relación de fuerzas sociales que ella determina y a través de la cual el cambio se concreta.

La cuestión entonces no era desconocer los cambios, tampoco sumarnos a los mismos, sino cómo entenderlos, descubrir su origen y dirección y finalmente cómo situarnos políticamente frente a ellos.

Dos

Casi una década más tarde la situación es muy otra. “El neoliberalismo como ideología ha constituido la ofensiva reaccionaria más exitosa lanzada por la burguesía en el Siglo XX”² y, en mi opinión, ha logrado sus objetivos.

Desde los inicios de su ofensiva a principios de los años ’70 ha atravesado por distintas etapas, que en un intento de periodización³ podríamos identificar como:

Una primera etapa (desde mediados de los ’70 hasta el ’82, crisis de la deuda) en lo que denomino “uso capitalista de la crisis”. Esto es, el aprovechamiento de las grietas y debilidades que la crisis provoca en la clase obrera y el conjunto de las clases subalternas para imponer modificaciones en el funcionamiento de la economía e inducir líneas de transformación profundas. Tal vez no es tanto lo que avanzó aquí el modelo sino lo que hizo retroceder a la alianza de la llamada burguesía nacional y el movimiento obrero organizado. Un segundo momento coincide con el primer período del regreso al orden constitucional (1983/1985) donde frente a la ausencia de alternativas, que no fueran meramente políticas, “la sociedad se va instalando en la crisis”. Una tercera etapa (1985/1989) que denominaremos de “búsqueda de hegemonía”, caracterizada por las disputas entre las distintas fracciones del bloque dominante, que en el caso argentino culmina en un inédito proceso hiperinflacionario, los saqueos y la retirada adelantada del

elenco gubernamental de turno. Una cuarta etapa (1989/1995) que caracterizamos como "hegemonía del capital financiero", aquí la caída del muro de Berlín primero y la implosión de la URSS después, dan nuevos aires y nuevo vigor al neoliberalismo a escala mundial. En Argentina esta etapa puede ser caracterizada como de "cierre de la crisis de hegemonía" –entendida en clave gramsciana como la capacidad de una fracción burguesa de ejercer un liderazgo capaz de llevar adelante un programa de reformas y compromisos previamente acordado–, se inicia con el 1er. mandato del Dr. Menem, pero adquiere toda su dimensión a partir del lanzamiento del Plan de Convertibilidad en 1991. Auge y asentamiento del modelo neoliberal, apoyado por una nueva coalición social que el periodismo llamaría una alianza de "pobres y ricos" y la desorientación y fragmentación del conjunto de las clases subalternas que, azotadas por el flagelo de la hiperinflación y el temor a un horizonte sin certezas, no ven otro futuro que el agravamiento de las condiciones en que viven y reproducen su existencia

A partir de los años 1995-1997, el modelo neoliberal comienza a dar muestras de agotamiento y de pérdida de legitimidad a escala mundial. En Argentina el "Santiagazo" es el primer indicio, crecen los cuestionamientos a los efectos sociales del modelo y se reabre la disputa al interior del bloque de clases dominante.

A mi juicio este agotamiento no es manifestación de su fracaso, sino de su éxito. Si el objetivo más general del neoliberalismo hubiera sido el relanzamiento de las fuerzas productivas a escala mundial, su fracaso resultaría indiscutible. Por el contrario si su objetivo concreto ha sido, como creo que efectivamente lo fue, instalar una relación de fuerzas duradera absolutamente desfavorable al conjunto de los explotados, no caben dudas de su éxito.

Como bien señala Holloway (1990) "... lo que se puede apreciar en los últimos 15 ó 20 años es la lucha denodada del capital, por imponer un nuevo modelo de dominación social y política."⁴

Política de privatizaciones, reforma del Estado, desregulación de los mercados, apertura indiscriminada de la economía, transformación de la garantía estatal de los servicios de la seguridad social y de los derechos elementales, como salud y vivienda, en simples mercancías sometidas a la fría ley del mercado. Son los fenómenos más salientes de un proceso de reestructuración capitalista a escala mundial. Este tuvo su origen en la crisis resultante del agotamiento del

modelo keynesiano y culmina con un formidable y acelerado proceso de concentración y centralización de capitales a escala mundial, un debilitamiento de los Estados-nación, que se muestran maniatados frente al libre flujo de los activos financieros, y un sometimiento de las naciones a los organismos financieros y reguladores del comercio internacional.

Tres

En nuestros países, la reestructuración del capital tuvo como presupuesto la desarticulación social y política de los trabajadores. Resultado de la ofensiva generalizada y sostenida del capital sobre el trabajo. Sostenida porque se extiende, sin solución de continuidad, desde mediados de los años '70 hasta nuestros días y generalizada porque se despliega sobre el conjunto de las conquistas sociales que los trabajadores y las clases subalternas habían levantado, generación tras generación, como barreras contra el avance del capital.

En la región, y particularmente en Argentina, la caída estructural de los salarios, la precarización y flexibilidad laboral, el despotismo patronal, la exclusión social y la expansión generalizada de la pobreza son los rasgos más salientes de este proceso de regresión social sin parangones en el siglo que finaliza. Sus efectos se fueron acumulando a través del tiempo, pero su impacto social sólo se hizo visible cuando su magnitud alcanzó un cierto nivel.

La uniformidad de las formas de gestión y uso de la fuerza de trabajo –propias de la producción en masa–, contribuyó a la unidad social de la clase obrera, a forjarle una conciencia de clase y a dotarla de una determinada identidad sindical, lo que en conjunto fortalecía el poder del trabajo; en tanto que una extendida red de solidaridades articulaba el tejido social, tanto en su interior como en la relación de los trabajadores con los sectores populares.

Claro está que el marco de los regímenes populistas se establecían claras limitaciones ideológicas a la autonomía social y a las posibilidades de que el movimiento disputara la hegemonía política-cultural de las clases dominantes.

Las transformaciones actuales provocan exactamente lo contrario. Fragmentan a la clase trabajadora, haciéndola cada vez más heterogénea, en tanto que la exclusión social y el individualismo creciente, que acompaña al



reino del mercado, concluyeron destruyendo la red de solidaridades y el tejido social del período anterior. El objetivo último del capital es así lograr una masa informe de ciudadanos que compitan entre sí por la yenta individual de la fuerza de trabajo.

El acelerado proceso de mundialización, nueva onda globalizadora por la cual el capital trasciende las fronteras del período anterior, contribuyó a la difusión de valores, conductas y modelos ideológicos en armonía con los cambios en las bases materiales de nuestras sociedades. El consumismo creciente, el individualismo, la xenofobia, el sexismo, todo un nuevo patrón cultural, cuya raíz puede rastrearse en el "americanismo", permeó las organizaciones sociales y políticas instalando en su interior nuevos contenidos de la subjetividad.

Así los cambios afectan tanto a la materialidad como a la subjetividad y tienen implicancias a nivel de la conciencia y en el comportamiento político de los sujetos sociales colectivos.

Cuatro

En este contexto general surgen renovadas dificultades para el rearmado de la red de solidaridades y la reorganización y la práctica misma del proyecto socialista.

Sin embargo nada es fatal ni definitivo en la historia.

Si a nivel mundial el colapso del estalinismo y el fin del enfrentamiento Este-Oeste concluyó con la política de enfrentamiento entre bloques, dejando al descubierto el verdadero antagonismo social: explotadores y explotados, oprimidos y opresores, a nivel regional y local la polarización social resultante de los cambios de las últimas décadas ha hecho a nuestras sociedades más clasistas, se va levantando el velo del populismo y retorna a primer plano el enfrentamiento entre bloques sociales antagónicos.

Por otra parte la reorganización de la economía sobre la base del modelo neoliberal hegemónico no muestra otra perspectiva que la exclusión de la producción y del consumo de porciones crecientes de nuestras sociedades, en tanto que la profundidad de la crisis requiere periódicamente rebajar el piso material en que viven y reproducen su existencia los explotados y oprimidos.

Así el neoliberalismo ha dejado al descubierto el carácter de dictadura de clase de su modelo.

Es de la comprensión de la ausencia de futuro, de la perspectiva de un

horizonte sin posibilidades, que está surgiendo en los hombres y mujeres que día a día sufren la explotación, la opresión y la marginación, una línea de resistencia, a veces explosiva, otras subyacente, que deja al descubierto una conflictividad social latente que se expande por todo el subcontinente. Desde las formas tradicionales, sustentadas en la contradicción capital-/trabajo, hasta aquellas que cruzan transversalmente a las clases y que se constituyen en movimientos sociales autónomos que adoptan formas de lucha y organización innovadoras.

Entre estas diversas formas de resistencia se destacan aquellas cuya continuidad y proyección política ha superado los límites de sus países: el EZLN en México; el MST en Brasil, y la persistencia del proyecto de las FARC en Colombia, pero estos no pueden opacar las huelgas generales y la experiencia asamblearia de los "piqueteros" en Argentina; la semiinsurrección indígena-campesina en Ecuador; las revueltas populares en Paraguay, Perú y Bolivia; las movilizaciones en Puerto Rico; las luchas estudiantiles en México y Argentina; las de los organismos de derechos humanos en numerosos países.

En nuestro país la resistencia muestra una serie de rasgos que, aún corriendo riesgos, es posible generalizar:

En primer lugar su **carácter disperso y episódico**. Con las excepciones ya señaladas los movimientos encuentras serias dificultades para darle continuidad a su resistencia. Como regla general estos procesos de lucha reales surgen en los bordes, cuando no al margen, del "espacio político" organizado. Lo hacen por una necesidad concreta, se definen más por sus acciones que por un programa, emergen en forma abrupta y explosiva y luego se desvanecen rápidamente.⁵

Si grandes son las dificultades para darle continuidad no menores son las que presenta su dispersión. La ausencia de centralización de las luchas a nivel local y su falta de coordinación regional es una evidencia que no se puede desconocer. Porque así de fragmentada e invertebrada es hasta ahora la resistencia, como así de desigual y fragmentador es el impacto social de la crisis.

Una segunda característica es que en la mayoría de los casos **se dan al margen de los organismos tradicionales**, bajo formas embrionarias de autoorganización y ejercicios de democracia y acción directas. Es que la mundialización del capital homogeiniza por arriba y fragmenta y escinde por abajo, pero al mismo tiempo diluye las formas de integración social propias del período pasado.

Por último y como consecuencia de lo anterior un **profundo proceso democratizador pareciera recorrer el movimiento social en general**. Con desigualdades y diferencias, este proceso sale a la luz en el curso mismo de

los conflictos, donde una y otra vez se insinúa que los sujetos sociales se muestran dispuestos a pesar con peso propio en las decisiones. Se expresa así un nuevo comportamiento social donde ni los Estados, ni las iglesias, ni los partidos, ni las cúpulas sindicales encuentran las condiciones anteriores para reemplazar la capacidad de pensar, de decidir y de hacer de los sujetos sociales por su propia cuenta.

Se abren así, aún con limitaciones, nuevos rumbos y nuevas posibilidades. Caminos todos por los que el movimiento obrero y las clases subalternas buscan recuperar/afirmar su autonomía e independencia política y darse direcciones propias.

Cinco

Aunque formando parte del mismo, la contrapartida de este proceso es la profunda crisis de representatividad que corroe a los partidos y a las instituciones del sistema de dominación social, que ha dejado al desnudo la crisis de las estructuras partidarias tradicionales que no se muestran ya aptas para mediar entre el Estado y la sociedad civil. En muchos casos se manifiesta como incapacidad para contener las reivindicaciones de una sociedad sometida a profundas transformaciones; en otros porque ni siquiera en su discurso pueden trazar un horizonte a la ansiedad de cambio de la gente o capitalizar el consenso pasivo que rutinariamente dan las urnas.

Frente a la carencia de liderazgos políticos aparece un retorno a formas caudillescas de la política, pero esta vez “aggiornadas” bajo la forma de “buenos y transparentes administradores”. Aparecen así nuevos estilos políticos que pueden o no provenir de las viejas estructuras partidarias, pero en abierta ruptura con la cultura y las tradiciones del período anterior.

En este marco el voto a los partidos, sus programas y sus métodos va careciendo de sentido, por la sencilla razón de que solo se proponen administrar mas o menos eficientemente el orden de cosas existente. El pragmatismo y el personalismo se han adueñado de la escena, las campañas abandonan cada vez más la viejas formas de la política, la modernidad tecnocrática impone la preeminencia de las imágenes sobre las palabras, el uso de los medios sobre las concentraciones. El condicionamiento estatal y la manipulación del electorado forman parte inseparable de toda esta lógica.

La crisis de representatividad se muestra así independiente de los niveles de participación electoral y del volumen de votos que arrastre cada partido.

Es que el nuevo modelo de acumulación y reproducción del capital ha determinado el agotamiento del “Estado intervencionista”⁶ propio del populismo, así como de los pactos y compromisos que lo constituían, y por lo

tanto ha reducido el “espacio político” tradicional de los partidos del sistema. En la actual mundialización –y el acelerado proceso de concentración y centralización de capitales que ella lleva implícita– son las corporaciones multinacionales y sus aliados locales quienes dominan la economía, y los gobiernos de nuestros países que, habiendo perdido gran parte de su margen de maniobras apenas si logran disputar el diseño de políticas al servicio del gran capital local y extranjero.

Seis

Solidaridad, cooperación, igualdad, cuestionamiento del orden existente, democratización, son los rasgos generales que surgen en cada conflicto –en lo que pueden estar prefigurándose valores para una nueva sociedad–, en ellos se asienta la fortaleza y potencialidad del movimiento; como contrapartida su debilidad se expresa en la hasta ahora impotencia para formular su propia representación política.⁷

Es esta una primera conclusión: **la carencia de instancias de representación política de los trabajadores y las clases subalternas.**

Una segunda conclusión es que desde la conflictividad social, por profunda que esta fuera, no pareciera que se puedan resolver los problemas de continuidad y centralización que pudieran vertebrar políticamente la resistencia, a escala local y regional.

En la actualidad está a la moda argumentar que, como resultado de la globalización, la implantación del Estado mínimo, la crisis de representatividad y el vaciamiento de las instituciones de la democracia parlamentaria, “la política ya no está más en el Estado”, que los partidos ya no juegan el rol asignado. Por el contrario “la política se encuentra en la sociedad” y se expresaría fragmentariamente en cada uno de los diversos episodios (“acontecimientos”) a que da lugar la lucha de clases.

Esta ponencia parte de otra lectura de la realidad: el orden neoliberal se muestra hoy profundamente ilegítimo. No puede recurrir a los consensos electorales pues ha vaciado las instituciones de la democracia representativa, tampoco puede apoyarse en consenso social pues ha incrementado brutalmente las desigualdades.⁸ No hay espacios para una política distribucionista, frente a ello los partidos han internalizado la crisis del “Estado intervencionista”.

Sin embargo el capital depende aún de los Estados, necesita de ellos para garantizar las condiciones de su



acumulación y reproducción. El Estado es funcional al orden social necesario en cada período. La interrelación entre ambos es más estrecha y visible que antes. Si esto es así, sostenemos que se abren nuevas posibilidades para la intervención política y para forjar nuevas formas de representación.



Pero esta intervención ya no será como las realizadas en el período anterior -presionar para que hubiera cambios en la política económica y en la distribución de la riqueza-, y esta es una tercera conclusión: lo que está planteado es disputar por una sociedad diferente a la que impone la lógica del capital. Disputar por imponer condiciones que respondan a las necesidades e intereses del conjunto de los explotados, oprimidos y marginados. Por forjar una alternativa política propia por fuera de la que imponen el capital y el mercado.

El *pensamiento crítico* es el núcleo central y punto de partida inexcusable para cualquier nuevo pensamiento, y si este alguna vez a de serlo lo será crítico, en primer lugar de nuestros actos y consecuencias.

Si algo ha quedado grabado a fuego en nuestro bagaje de experiencias es que no habrá posibilidades de disputar por una sociedad diferente sino se traza un balance sobre la experiencia política y social de los llamados "socialismo reales" y, en América latina y particularmente en nuestro país, sobre el verdadero significado de los regímenes populistas, su estatismo, y sus consecuencias sobre la conciencia de las masas obreras y populares.

Una cuarta conclusión: la experiencia nos muestra que no hay formas de intervención política espontáneas, ni se puede resolver la crisis de representatividad sin organización política.

La politización organizada de la resistencia está a la orden del día.

Siete

En los últimos tiempos y acompañando el agotamiento del modelo neoliberal un proceso internacional convergente de diversos movimientos y expresiones sociales, que tiene como eje el rechazo al orden ideológico y social neoliberal, está indicando un cambio en relación a la década pasada. Nuevas modalidades de coordinación y organización y nuevas formas de solidaridad internacional se hacen presentes en un escenario internacional, que sin abandonar el carácter defensivo de esta línea de resistencia, pareciera que en el plano internacional aparecen los prolegómenos de una contraofensiva.

Seattle, Washington, Londres, Seúl, Buenos Aires, Praga... Porto Alegre y el Foro Social Mundial que se prepara para Enero del 2001... La protesta se internacionaliza, y el internacionalismo cobra nuevas formas.

Son coaliciones sociales amplias, que incluyen trabajadores; estudiantes; ecologistas; feministas; antiautoritarios; desocupados; defensores de las minorías étnicas y sexuales; militantes por la anulación de la deuda del Tercer Mundo, todos rechazan la mundialización capitalista, el gobierno de las transnacionales y sus efectos sociales y culturales.

Las protestas se levantan contra los organismos internacionales y las corporaciones que tratan a la vida de las personas como simples mercancías, que no toman en cuenta las necesidades e intereses de la mayoría de la población, que ponen al mercado y al dinero como la medida de valor de todos los valores, que borran las culturas nacionales, que construyen una mundialización en contra de todos y de todas, los que constituimos la mayoría de la humanidad.

Pero, ¿hasta donde este proceso general es reflejo de procesos sociales locales? ¿hasta donde poner el eje en lo internacional no suena a abstracto en relación a que la explotación y opresión se realiza en el marco de los Estados-nación? ¿Cómo articular las resistencias en el plano local e internacional, vertebrando las primeras y fortaleciendo las segundas?

Si a pesar de su agotamiento el neoliberalismo aún se mantiene es precisamente por la falta de alternativas políticas, y es en el terreno de la política donde debemos buscar las respuestas.

En esto es necesario ser claros: la autonomía del movimiento social y su independencia frente al Estado, los partidos y organizaciones políticas –esenciales para su constitución– no pueden resultar una barrera a la politización del propio movimiento.

Negarse a que el movimiento tenga expresión política organizada propia es favorecer que quede entrampado en políticas y alternativas que no sólo no respondan a sus necesidades e intereses, sino que pueden ser decididamente contrarios a él.

En Argentina tenemos sobradas y nefastas experiencias de esto, de ahí la importancia del eje convocante de este III Encuentro “Movimiento social y representación política”

Muchos de los debates actuales giran en torno a la implantación de una suerte de neoregulacionismo y la recuperación de un Estado-nación que funcione, a dotar de racionalidad a sus políticas, a una recuperación de la economía nacional. No hay comprensión acerca de que el neoliberalismo no es una fatalidad histórica, sino que ha sido una respuesta del capital an-

te el fracaso del Estado intervencionista. Por el contrario el neoliberalismo representa el retorno a la normalidad capitalista luego de la excepcionalidad histórica de los dorados años 50 y 60 y de la liquidación de los movimientos de masas del siglo XX.

La crisis, como dice Elmar Altvater, no es más que la exacerbación de la normalidad burguesa, pero al mismo tiempo brinda nuevas oportunidades.

El neoliberalismo ha puesto límites infranqueables a los mecanismos redistributivos que fueran el centro de las políticas del compromiso social y de los regímenes populistas en América latina, su contrapartida es que su avance arrollador ha generado problemáticas y exigencias sociales similares en nuestros países, y hoy los movimientos comienzan a encontrar mejores condiciones para converger y coordinar la resistencia bajo formas internacionalistas, con consignas y propuestas comunes.

Esta es otra conclusión: no hay posibilidad de reconstruir el movimiento local si no lo es desde una perspectiva internacional.

No es esta un época de grandes programas. Atravesamos un tiempo en que la lucha reivindicativa por demandas y derechos sociales básicos y elementales -empleo, salario universal garantizado, salud, educación, vivienda digna, respeto a las libertades públicas y DD.HH.- es potencialmente anticapitalista, simplemente porque la actual lógica de acumulación del capital tiene dificultades para satisfacerlas y el régimen pierde legitimidad social.

Apoyarse en los elementos decididamente anticapitalistas que hay en estos movimientos locales e internacionales, vincular esas demandas con el potencial emancipador de la clase obrera y darle una perspectiva de transformación radical de nuestras sociedades, es una forma concreta de vertebrar la resistencia al neoliberalismo y orientarla en una perspectiva anticapitalista y por el socialismo.

Buenos Aires, septiembre 2000.

Notas

¹ Este debate fue reflejado en las páginas del volumen "Los estudios sobre el estado y la reestructuración capitalista" en Fichas temáticas de *Cuadernos del Sur* n° 4, Bs.As. 1992.

² Ver Borón, Atilio "Réquiem para el neoliberalismo" en *Periferias* n°3 Bs.As., 1997

³ Los cortes diacrónicos que aquí se proponen corren con los riesgos y arbitrariedades de toda periodización, forman parte de un estudio más amplio sobre las etapas del neoliberalismo en el caso argentino que estoy realizando, y cuyos rasgos he tratado de generalizar con los riesgos que implica.

⁴ Holloway, John "La rosa roja de Nissam", en *Cuadernos del Sur* n°7, Bs.As, 1988

⁵ Si bien en otro contexto Lenin en su art. "Tres crisis" señala "... el rasgo común es el descontento, su indignación contra el gobierno y revela una nueva forma de manifestación, de un tipo más complejo, de movimientos por oleadas, que suben velozmente y descienden de un modo súbito". Citado por Beba Balvé en su artículo "1969. Hegemonía proletaria y hegemonía burguesa" en *Cuadernos del Sur* n°17, Bs.As. 1994.

⁶ Utilizo "Estado intervencionista" para distinguirlo de lo que en terminos genéricos se denomina "Estado benefactor", para ser más precisos deberíamos utilizar: Estado de compromiso social en Europa; Estado populista en América latina; Estado clientelista en África; Estado del dirigismo económico en Asia.

⁷ Tal vez debiéramos hablar de consenso pasivo o negativo para identificar aquel consenso que surge del temor a la inflación o a la ingobernabilidad

⁸ Sobre nuevas formas de representación política ver: Negri, Antonio y Vincent, Jean Marie "Por un nuevo modelo de representación política" en *Cuadernos del Sur* n°17, Bs.As, 1994.

Para relaciones entre movimiento social y político ver: Gilly, Adolfo "Paisaje después de una derrota", ponencia presentada al Foro de San Pablo, México, 1993 y Hirsch, Joachim y Dietrich, Eckart "¿Existe una política 'nacional' de izquierda?" ponencia presentada en Encuentro para un Nuevo Pensamiento, Bs.As., 1999. También Borón, Atilio "Clases sociales y movimientos sociales en el capitalismo contemporáneo", ponencia presentada al Foro de San Pablo, México, 1993, Hirsch Joachim "Adios a la política" (Véase en este mismo número de *Cuadernos del Sur*).

HERRAMIENTA

Revista de debate y crítica marxista

En quioscos y librerías del centro - Facultad de Filosofía
y Letras - Ciencias Sociales

Suscripción por 3 números: \$ 20

Chile 1362 - 1098 Capital Federal - Tel./Fax: 381-2976

e-mail: herram@pinos.com

Cheques o giros a nombre de Andres Mendez

Apuntes sobre la re-presentación política. Renegación del sujeto?

Patricio A. Brodsky / Rubén R. Lozano

I. Introducción

En los últimos años se habla insistentemente acerca de una supuesta "crisis de representación".

Algunos autores entienden por crisis de representación a la supuesta incapacidad de los partidos políticos de encarnar en sí a los valores comunes de toda la sociedad. En estos autores habría una especie de "espíritu general de la época" que los partidos ya no estarían encarnando. Otros hacen mención a la crisis del sistema de representación en términos, en los cuales no solo se verían involucrados los partidos políticos, sino todas las instituciones sociales y políticas (sindicatos, organismos de derechos humanos, clubes barriales, etc.).

Esta idea de que existe una "crisis

de representación" se basa en la apatía generalizada que existiría en la "sociedad civil" en relación con la "sociedad política", un descreimiento en "los políticos" y una creencia que estos últimos son todos "corruptos" y defienden sus intereses particulares.

Nuestro trabajo tiene la intención de problematizar el tema en cuestión, interrogar e interrogarnos, para de esta manera, iniciar un señalamiento sobre ciertos "soportes" argumentales. Tal vez, generar disparadores de pensamiento que permitan cuestionar la inercia conceptual de aquellos análisis políticos que continúan fortaleciendo la práctica discursiva y las categorías centrales de un pensamiento hegemónico.

♦ ¿Podemos considerar la "crisis de representación" sin remitirnos a la problemática de la hegemonía político-cultural? En otras palabras: ¿Es posible la "crisis de representación" sin un proceso que implique la ruptura del consenso?



- ◆ ¿La “crisis de representación” implica necesariamente “crisis de hegemonía”?
- ◆ ¿La “crisis de representación” posibilitaría la ruptura de la creencia, en tanto afirmación, en la representatividad política?
- ◆ A partir de la “crisis de representación”, ¿se puede hablar de crisis en el proceso de constitución del Discurso Político Hegemónico, es decir, es probable la conformación de un Discurso Político Contrahegemónico?
- ◆ ¿Qué sujeto social está implicado en la noción de representación? ¿Cuál es la racionalidad que constituye a este sujeto? ¿Qué discurso lo funda y da fundamento?

2. Sujeto re-presentado o sujetado a la representación

Al considerar la cuestión de la “crisis de representación” se dan por aceptadas y asumidas determinadas nociones.

Quizás resulte interesante mencionar algunas de sus connotaciones que, simultáneamente, conforma y despliega la lógica de la representación:

- a) Construcción inscripta en un conjunto de prácticas sociales, discurso homogeneizante, en la articulación de sentido implicada en toda enunciación. Por ejemplo, en las afirmaciones como: “...en representación de los intereses del Estado...”; “...en repre-

sentación del pueblo...”, “...en representación de los trabajadores...”; “...en representación de la clase obrera...”. ¿Cómo quedan constituidas, en estos enunciados, las subjetividades sociales? ¿Qué imaginario sociocultural se instituye? ¿La representación, incluye o excluye a la construcción “sujeto social”? ¿Qué vínculos se establecen entre representante-representado?

- b) Dentro en un marco histórico-social, podemos señalar que –actualmente– la representación política remite a la composición de un régimen democrático-liberal, a los límites de su imaginario, a su universalización más abstracta. Una norma-condición imprescindible de este establece que sólo se gobierna a través de sus representantes, es decir, la delegación de soberanía, constructora de la denominada “voluntad general”. ¿Se trata de una delegación de soberanía o la representación se conforma con y por esta soberanía?
- c) En este mismo proceso podemos reconocer el entramado de una sustitución, la configuración de un orden centralizador, conformado en una “figura” totalizadora: estos sujetos sociales están permanentemente abarcados por sus representantes, sujetos “omnipresentes” en una “ausencia” que los contiene y detiene.

Ahora bien, en esta institución social se encontrarían conjugados los siguientes aspectos:

1. Los sujetos representados son considerados en tanto unidad plena de una consciencia universal. El registro de la representación y la composición de sus signos podrían pensarse como orden del ser sustancializado en una abstracción: lógica inmediatamente identitaria. A pesar de las complejidades que lo integran, las diferencias y sus particularidades serían subsumidas o solo reconocidas en una operación discursiva que tacha sus singularidades. Lo singular es rechazado, descartado en el armado totalista y sistemático de la representación.
2. La representación y la identidad inmediata de ese sujeto universal están remitidas a un supuesto: el sujeto compuesto en la representación política es un *sujeto sujetado*. Un sujeto resignado a una práctica fragmentada-fragmentadora, solo reconocible en la dialéctica desesperada de una delegación constante, incapaz de instituir una praxis transformadora.
3. Podemos pensar que la dinámica de la representación significa una renuncia anticipada, renuncia a intervenir en una confrontación de fuerzas sociales que es la que posibilita la institución de los sujetos; y, por lo tanto, no ser instituido en la sujeción de la representación.
4. Sujeto que se ha serializado en la producción simbólica de la representación, en la rigidez de una Historia que ha *borrado* los detalles, para abocarse generosamente a las generalidades de un "sentido común", de lo ya pensado. Reproductor de un imaginario que también ha sujetado y domesticado a la crítica, la ha convertido en *posibilismo crítico o en crítica adecuada* al imperativo de la realidad.
5. El *sujeto sujetado* a la representación social se encontraría encerrado en unas prácticas sociales que resaltan su condición de "sujeto libre". Sin embargo, su libertad se constituiría en una dimensión fetichizante-fetichizada, *renegación* reasumida en una universalidad abstracta. "Sujeto libre e igual", delimitado como mera identidad político-jurídica. Ha perdido o ha sido desdibujada su capacidad para relacionarse con los otros, mero sujeto de derecho, idéntico a sí mismo, siempre subsumido en la sociedad política y sus instituciones.
6. La construcción discursiva de la representación apela a una racionalidad analítica liquidadora, configurada inmediatamente en saber-certeza. Esta, en sus "representaciones" capta; muestra; describe; cuantifica; y genera un conocimiento explicativo, comple-

to, descubridor de *la* esencia agazapada o escondida en la apariencia distorsionadora de *la* falsa consciencia.

7. La homogeneización de la representación se encuentra circunscrita en una serie de prácticas cotidianas que confirmarían la rutina de las certidumbres: simple toma de consciencia, objetivación de la realidad desplegada en el pensamiento único de una racionalidad operativa. Quizás, acen tuando estas cuestiones, podríamos considerar que la representación fortalecería o requeriría para su ampliación la continuidad de una fragmentación masificadora.
8. En la totalidad de la representación, la subjetivación discursiva, en el intento de decodificar la realidad, se ha convertido en comunicación exhaustiva, en código cerrado de la lógica de un discurso completo y transparente, "palabra vacía", pero siempre generadora de un sentido, de una hegemonía social. Así, más allá de las formulaciones, el sujeto social *representado* es solo reconocimiento que va a fortalecer la mismidad de una identidad prefigurada, recortada por una racionalidad instrumental.

3. ¿Crisis de la representación o representación de la crisis

Entendemos por crisis de representación a un proceso donde entran en conflicto los sujetos repre-

sentados con sus representantes. Este conflicto ha de expresarse en las limitaciones al establecimiento de una relación de delegación.

Concebimos a la representación como el establecimiento de una hegemonía, hegemonía de la democracia representativa. Podemos pensarlo como hegemonía de un discurso y de una práctica social constituyente.

Cuando los representados pierden la confianza en sus representantes y como efecto de ello se niegan a cederles su representación –y solo en ese caso– estaríamos en presencia de una crisis en el sistema representativo. En tanto no exista esa limitación para establecer la dominación estaríamos en presencia de una crisis de coyuntura. Sin embargo, ciertos autores interpretan las crisis coyunturales como crisis estructurales. Las "alteraciones" son asimiladas con aquellas situaciones que ponen en tela de juicio la red de relaciones sociales establecidas. Es decir, buscan y encuentran la crisis de representación en la representación de la crisis.

En esta visión, el concepto de crisis hace referencia al ámbito de lo económico, siendo lo "cultural" solo superestructura de lo "objetivo" (lo económico, la base, la estructura material, etc.). Estas posiciones cosifican en un determinismo reduccionista y mecánicamente lineal las *relaciones económicas*, como si estas pudieran ser desmembradas del conjunto de las *relaciones sociales*. Así, en

“última instancia”, la crisis de hegemonía es solo reflejo de la crisis económica, la imposibilidad de establecer una dominación política se debe a la dificultad de establecer una supremacía económica. Economía y política forman una dualidad que en su imposición agota una compleja y conflictiva trama social.

La crisis de cóyuntura que atravesamos refiere a la pérdida relativa de credibilidad de algunos políticos y de algunas instituciones estatales (Senado, Justicia, etc.). Decimos que esta pérdida es relativa porque el régimen de democracia bipartidista opera como reafirmador de la cosificación de los sujetos ofreciéndoles la alternativa del “voto castigo” para mantener el sistema representativo dentro de la alienación cosificada del sujeto jurídico (libertad en términos jurídico-políticos), pero incapaz de superar las contradicciones que lo entranpan en el propio sistema representativo, manteniéndolo en la alternativa incesante de elegir “variaciones de lo mismo”, prefiriendo una u otra oferta electoral según varíe la coyuntura.

Existe un pensamiento extendido por el cual el consenso es un “enga-

ño” en contra de los propios “intereses materiales” de las clases subalternas que otorgan dicho consenso. Además esto es acompañado de una visión por la cual a las “masas” las clases hegemónicas las tienen “embaucadas” con una “falsa ideología” y lo que se debe hacer es “descorrer” el velo que oculta “la verdad”, planteando la existencia de una “falsa conciencia” a ser “corregida”.

La conciencia no puede ser ni “verdadera” ni “falsa” ya que no existe una “realidad inmanente” u oculta que habría que “develar”. La conciencia es la forma en que los sujetos se representan su relación con la naturaleza y con los demás sujetos. En este sentido la conciencia no puede ser ni verdadera ni falsa, solo “es”, no existe una forma única de entenderse a sí mismo en estas relaciones. Quienes plantean la bipolaridad verdadero-falso reducen este problema a un mero esquema. Criticamos esta noción de falsa conciencia porque ella implicará una “verdad trascendental” que es externa a los sujetos y que esta “allí” para ser descubierta a través del proceso de “toma de conciencia”.

dialéctica

Secretaría General C.E.FyL. • Revista de Filosofía y Teoría Social



1871 - 2001

EZLN:

Comunicado de la *comandancia* rebelde desde Nurio

Nos quieren hacer espectáculo, solo noticia pasajera
Marcos

Hermano es quien sabe ser hermano

El mensaje de la comandancia general del EZLN que publica Cuadernos del Sur, leído en Nurio por el subcomandante Marcos, es uno de los más notables documentos del movimiento zapatista desde los días de la toma de San Cristóbal de las Casas, en el ya lejano enero de 1994. A partir de la historia y los agravios, pinta otra vez la raya: ellos y nosotros.

Un día antes, el mensaje a la nación del presidente Vicente Fox empieza hablando de "mis hermanas y hermanos indígenas de todas las regiones de México", y termina diciendo: "Está naciendo una nueva luz en México. La luz de la verdad, la luz del amor". Mientras tanto, su gobierno mantiene decenas de miles de soldados sobre los pueblos y las comunidades indígenas de México y con cuantagotas, uno a uno, suelta cada tanto algunos presos, moneditas de cambio, como si cada día y cada mes y cada año de cárcel y de cerco militar no contaran para esos, sus "hermanos y hermanas indígenas de México".

Frente a ese poder que no respeta las palabras, la verdad ni la historia, los indígenas enumeran uno a uno los agravios, los de cada día y los de todos los tiempos, y hablan a México desde donde están y desde lo que son. Vale la pena escuchar una y otra vez lo que su mensaje dice. No es mensaje de guerra, pero tampoco es de rendición. No hay soberbia en su voz, no hay insulto, pero tampoco hay falsa humildad. Ustedes son ustedes, y nosotros, nosotros. Hermano no es cualquiera. Hermano es quien sabe ser hermano.

Mientras tanto, vámonos respetando, den ya las tres señales y empecemos, si esta vez es en serio, a conversar.

Adolfo Gilly

El ser indígena es un delito penal, ausente en los códigos

Pueblo de Nurio. Hermanos y hermanas purépechas. Hermanos y hermanas del Congreso Nacional Indígena. Hermanos y hermanas de la sociedad civil nacional. Hermanos y hermanas de la sociedad civil internacional:

Por mi voz habla la voz del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

La historia que nos congregó estos días no es nueva. Los agravios que nos convocan no son nuevos. No es nueva nuestra lucha. Ni dolores ni combates tienen tiempo ni dueño. En ellos nacimos y son de todos. El dolor nos une y nos hace uno, aunque muchos somos. Estos dolores somos.

Hermano, hermana amuzgo: se burlan de nuestro vestido, de nuestras costumbres, de nuestra cultura, de todo lo que nos hace ser nosotros a nosotros. Convierten la identidad en una vergüenza.

Hermano, hermana cora: persiguen nuestra historia persiguiéndonos a nosotros. Mucho tiempos perseguidos, indígenas somos para que el perseguidor tenga sentido.

Hermano, hermana cuicateco: nos ahogan con sus mentiras. Para afuera mienten y nos hacen una imagen de desidia y desánimo. Para adentro mienten y nos hacen una imagen de resignación e inmovilidad.

Hermano, hermana chiapa: truncan nuestro nombre. De otra forma nos nombran olvidando nuestra historia, y nos obligan a llamarnos como ellos nos llaman y no como nos llamamos de por sí.

Hermano, hermana chinanteco: nuestras viviendas carecen de todos los servicios. Vivimos en la miseria, en la miseria morimos y en la miseria nacen y crecen nuestros hijos. Nuestras casas son ataúdes donde nuestras familias se amontonan. No tenemos agua potable, no tenemos energía eléctrica, no tenemos drenaje, no tenemos materiales.

Hermano, hermana chocholteco: nuestras comunidades se amontonan afuera de las rutas vistas. Reniegan de nuestra existencia y, como no pueden acabarnos, entonces nos esconden de ellos y de los otros.

Hermano, hermana chol: nos arrancan la querencia con miseria, y debemos caminar mucho, lejos de los nuestros, para que nuestros brazos al poderoso sirvan, a cambio de una miseria que volverá a arrancarnos la querencia.

Hermano, hermana chontal: de muchas formas nos hacen la guerra. En veces con bala, en veces con engaño, en veces con pobreza, en veces con cárceles. Siempre con olvidos.

Hermano, hermana guarijío: la memoria es un delito hoy. Nosotros somos memoria. Somos indígenas. Somos delincuentes. Nuestra sangre llena

cárceles y cementerios. Esta es la sentencia: prisión y tumba para la memoria.

Hermano, hermana huasteco: Vivimos menos años que ellos, nos enfermamos más que ellos, el doble de nuestros niños mueren si nos medimos con ellos, tenemos más accidentes que ellos. Más muerte tenemos. Pero menos hospitales tenemos, menos doctores tenemos, menos enfermeras tenemos, menos medicinas tenemos, menos vida tenemos.

Hermano, hermana huave: nuestro trabajo está mal pagado. Coyotes y caciques se alían para robarnos en los precios. Largas y dolorosas jornadas de trabajo se convierten en apenas unas monedas que no alcanzarán para nada.

Hermano, hermana kikapú: con trabajo trabajamos para tener trabajo que trabajo nos dé y así poder trabajar nuestro trabajo.

Hermano, hermana kukapá: La música de nuestra palabra ruido es para su oído, y sus ruidos quieren convertir en música para nuestros oídos.

Hermano, hermana mame: en rincón vivimos y en él nos arrinconan. Más pequeño y más pequeño es el aire que nos queda, y el suelo y el cielo.

Hermano, hermana matlatzinca: la historia es clara: nosotros ponemos los muertos, la sangre, el dolor, nuestras casas y campos destruidos, nuestra gente muerta muriendo muertes mortales.

Hermano, hermana maya: no tenemos maestros porque no tenemos escuelas, y no tenemos escuelas porque no tenemos maestros. Los programas educativos gubernamentales consisten en enseñar la ignorancia a nuestra gente.

Hermano, hermana mazahua: contaminan el agua, la convierten en mercancía, la roban, la venden. Dejan sin alimento a la tierra para que de sed muera la tierra.

Hermano, hermana mayo: hacen que nos enfrentemos entre nosotros. Siembran la discordia entre nosotros y ponen la muerte del hermano en la mano del hermano.

Hermano, hermana mazateco: nuestra alimentación es poca y mala. Conocemos la carne, la leche y el huevo por el nombre, pero esos nombres siempre faltan a nuestras mesas. Lo único que abunda en nuestras mesas son las bocas hambrientas de nuestros hijos y de nosotros.

Hermano, hermana mixe: como mujeres tres veces somos matadas. Matadas como pobres. Matadas como indígenas. Matadas como mujeres. Tres veces nos matan.

Hermano, hermana mixteco: el alcohol es veneno para nuestra sangre, y

el precio que por el veneno pagamos sólo sirve para engordar al poderoso. Pedimos alimentos y obtenemos alcohol, que nuestra alegría corrompe y termina por entristecer nuestro corazón.

Hermano, hermana nahua: si sufrimos injusticias y arbitrariedades y protestamos, somos reprimidos. Si exigimos nuestros derechos, somos reprimidos. Si hablamos, somos reprimidos. Si nos organizamos, somos reprimidos. Si resistimos, somos reprimidos. Siempre es la represión la respuesta que recibimos. Nunca recibimos el oído atento, la palabra sincera, la generosidad hermana. Siempre la amenaza, la cárcel, la muerte.

Hermano, hermana ñahñu: nuestro color significa para el poderoso debilidad, retraso, ignorancia, rencor malévolo, chiste malo, gesto de desprecio.

Hermano, hermana o'odham: nos quieren comprar la dignidad, única cosa que sin precio queda. Si no pueden hacerlo, entonces la persiguen, la encarcelan, la matan.

Hermano, hermana pame: toman nuestras tierras para sembrar y cosechar la muerte que se hace dulce en las venas y pulmones. Ellos toman las ganancias, nosotros la carne para el presidio.

Hermano, hermana popoluca: Nosotros los indígenas, aunque mucho trabajamos, no progresamos. Y el que no trabaja progresa a costa de nuestra miseria. Nosotros trabajamos y cosechamos pobreza, el rico no trabaja y en premio recibe riquezas.

Hermano, hermana purépecha: nuestra lengua es perseguida. La temen por lo que dice y denuncia. La temen porque permite ver a la historia pasada. La temen porque en el hoy se rebela. La temen porque anuncia un mañana. Nuestra lengua temen, por eso la persiguen y matan.

Hermano, hermana rarámuri: quien para el poder vale en nuestras tierras no somos nosotros, sino los recursos que hay en ella. Así, el árbol se hace muerte para hacerse madera, y la madera se hace dinero y el dinero bonanza para el poderoso, desgracia para nosotros.

Hermano, hermana tenek: somos un objeto de decoración, un adorno vistoso y olvidado en una esquina de la sociedad. Somos un cuadro, una foto, un tejido, una artesanía, nunca un ser humano.

Hermano, hermana tlahuica: nuestros niños crecen educados en el temor. Temen crecer, temen ser indios, temen al otro que no es indio, temen ser niños.

Hermano, hermana tlapaneco: no nos quieren dar más espacio que el de los museos de las cosas antiguas, pasadas, que quedaron atrás en un ayer ya muy lejano.

Hermano, hermana tojolabal: nuestros pueblos se llenan de ejércitos que ocupan nuestras tierras, destruyen nuestros bosques, contaminan nuestras aguas, profanan nuestros templos, desmantelan nuestras viviendas, introducen la droga, el alcohol, la prostitución; nos persiguen con perros de caza, aviones, helicópteros, tanques de guerra, miles de soldados.

Hermano, hermana totonaco: la justicia para nosotros o es broma cruel y descarada o panteón o rejas o desaparición. El ser indígena es un delito penal que no está escrito en ningún código, pero está en la cabeza de los policías y jueces.

Hermano, hermana triqui: la humillación es el futuro que nos ofrecen. En él siempre habremos de bajar la cabeza ante el poderoso, ser objeto de burlas y desprecio, ser inferiores, olvidables.

Hermano, hermana tzeltal: nuestras tierras buenas son ocupadas por el rico y nos avientan a los pedregales, donde a la tierra apenas se le arranca un suspiro.

Hermano, hermana tzotzil: para matarnos financian organizan, arman y entrenan grupos paramilitares. Y luego presentan sus matanzas como si fuera un pleito entre campesinos, como "conflictos intercomunitarios", como si la mano que mata fuera morena y no como de por sí es; es decir, del color del dinero.

Hermano, hermana wixaritari-huichol: nos roban nuestras tierras y el poderoso esconde su robo detrás de leyes hechas para servirles a ellos y perjudicarnos a nosotros. Por gracia de la ley del poderoso convierten en delito nuestra vida y nuestra historia.

Hermano, hermana yaqui: el poder de allá arriba busca comprarnos la conciencia, corrompemos para convertimos en esclavos, en serviles animales que escondan la justicia detrás de la mentira.

Hermano, hermana zapoteco: la política económica del poderoso nos obliga a abandonar nuestra tierra y emigrar a Estados Unidos. Además de dejar atrás a nuestras familias, nuestra historia, nuestra cultura, nuestra casa, nuestra tierra, nuestras amistades, nuestro pueblo, debemos enfrentar el racismo armado de la policía fronteriza y los rancheros fascistas. La muerte nos obliga a dejar nuestra tierra y al imos debemos enfrentar a la muerte.

Hermano, hermana zoque: nos acorralan para que traicionemos la sangre que nos da vida, para que sirvamos al poderoso en la sucia tarea de borrar el color de la tierra.

Hermanos y hermanas de los pueblos indios que hoy nos estamos: no somos para el poder más que una cifra en sus cuentas. Somos un número

molesto. Un número en una balanza. Para desaparecernos nos miden. Para medir su tiempo y su costo. Para explotarnos nos miden. Para medir su tiempo y su ganancia. Para controlarnos nos miden. Para medir su tiempo y su gasto.

Hermanos y hermanas: Hoy nos quieren poner de moda. Hoy nos quieren hacer espectáculo, noticia pasajera. Hoy nos quieren volver momentáneos, instantáneos, fugaces, desechables, prescindibles, olvidables. ¿cuándo ha sido moda la historia? ¿Cuándo ha estado en venta la memoria? ¿Cuándo la raíz es de un aparador pasajera? ¿Cuándo el pasado es momentáneo? ¿Cuándo la sabiduría es soluble e instantánea? ¿Cuándo la firmeza es fugaz? ¿Cuándo son desechables los cimientos? ¿Cuándo se prescinde del mañana? ¿Cuándo se olvida que son porque somos?

Cuarenta pueblos indios, de los 57 que andan en México, fuimos recibidos en la casa del purépecha. Fue en Nurio, Michoacán. Que así lo consiguen nuestros escritores.

Nos reunió el dolor y la esperanza. El dolor y la esperanza nos hará caminar de nuevo, como ayer, como siempre.

Pero ahora no vamos solos. Ni solos de nosotros. Ni solos de los otros.

Ahora marcharemos de nuevo, pero los siete días que nos llevarán a la tierra que se crece para arriba, a la que hace leyes, temblarán con todos los indígenas que somos.

Si el dolor nos unió, si nos une la esperanza, nada tendrá sentido si no nos une el mañana.

¡Democracia! ¡Libertad! ¡Justicia!

Desde la comunidad purépecha de Nurio, Michoacán.

Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

México, 4 de marzo del 2001.



El capital se mueve

John Holloway

I

El capital se mueve.

Esta afirmación es tan obvia que parece que no tiene sentido escribirla, mucho menos dedicarle el título de un artículo. Sin embargo...

En la interpretación obvia, de sentido común, la frase 'el capital se mueve' es comparable con la frase 'el perro se mueve'. El perro, normalmente quieto, se levanta y se mueve. El capital, normalmente en un lugar, se levanta y se mueve. El capital británico se exporta y se invierte en Africa. El capital japonés sale de Japón y fluye a los Estados Unidos. El capital, como el perro, se entiende como algo basicamente fijo, pero capaz de moverse. El capital está ligado, pero capaz de desligarse. En este sentido: la Volkswagen tiene una fábrica automotriz en Puebla, pero sabemos que puede cerrar su fábrica y mover su capital a otro lugar. El capital es capaz de moverse, pero se define en primer lugar en términos de su ligazón: ligazón a una empresa (Volkswagen), ligazón a una rama económica (la industria automotriz) y ligazón a un lugar (Puebla, Alemania). Siguiendo el mismo razonamiento, se refiere muchas veces al capital invertido en la industria textil como 'capital textil', al capital invertido en la banca como 'capital banquero', al capital que es propiedad de los mexicanos como capital mexicano, de los estadounidenses como 'capital estadounidense'. Aunque no se pone en cuestión la capacidad del capital de moverse, de desligarse de un propietario particular o de una rama económica particular, el movimiento del capital se considera como secundario a su definición inicial en términos de su ligazón o fijeza.

En todos estos ejemplos, el capital está tratado como una cosa, una cosa que puede ser la propiedad de alguien, una cosa que normalmente está ligada a un lugar en particular, a una empresa, una rama de actividad económica: una cosa que puede ser movida de un lugar a otro, de una empresa a otra, de una rama económica a otra.

Todo esto es obvio, pero una vez que tratamos de quitarle al capital su calidad de ser cosa, se vuelve menos obvio. ¿Por qué quisieramos quitarle al capital su calidad de cosa? ¿Por qué no sería suficiente el análisis obvio del movimiento del capital? Depende de lo que queremos entender. Si queremos entender como economistas el desarrollo capitalista, o si queremos entender cómo el capital domina a la sociedad, entonces no hay probablemente ninguna razón para cuestionar el carácter de cosa del capital. Pero si queremos entender no la dominación y la reproducción del capital, sino la vulnerabilidad y la ruptura del capital; si, en otras palabras, queremos entender no como funciona el capitalismo, sino como puede ser destruido, entonces tenemos que abrir el capital-como-cosa, romper la ilusión/realidad de "el capital es, el capital se mueve, el capital domina, así son las cosas". Fue por eso que Marx dedicó gran parte de su vida a mostrar que el capital no es una cosa, sino una relación social, una relación social que existe en la forma fetichizada de una cosa.

Si el capital se entiende como una relación social y no como una cosa, entonces ¿qué significa decir que 'el capital se mueve'? El movimiento del capital sólo puede significar la movilidad, o tal vez mejor, el flujo o la fluidez de las relaciones sociales del capitalismo, de las relaciones de poder bajo el capitalismo.

Lo que la movilidad de las relaciones sociales del capitalismo quiere decir se puede ver a través del contraste entre capitalismo y feudalismo. Bajo el feudalismo, la relación de dominación/explotación era una relación directa y personal. El siervo estaba ligado a un señor en particular, y el señor estaba restringido a la explotación de los siervos que había heredado o que podía subyugar de otra forma. Ambos lados de la división de clases estaban ligados: el siervo estaba ligado a un señor particular, y el señor estaba ligado a un grupo particular de siervos. Si el señor era cruel, el siervo no podía decidir irse a trabajar por otro señor. Si los siervos eran flojos, incapacitados o de otro modo insubordinados, el señor los podía disciplinar pero no los podía simplemente despedir. La relación entre siervo y señor tenía un carácter fijo, inmóvil. El descontento que resultaba de la relación se expresaba a través de las revueltas y los escapes de los siervos, y la búsqueda por parte de los señores de otras formas de expandir su poder y su riqueza. La relación personal e inmóvil de servidumbre feudal se mostró inadecuada como forma de contener y explotar el poder del trabajo. Los siervos huyeron a las ciudades, los señores feudales aceptaron la monetarización de la relación de dominación.

La transición del feudalismo al capitalismo fue por lo tanto un movi-

miento de liberación *por ambos lados de la división de clases*. Los dos lados huyeron el uno del otro: los siervos huyeron de los señores (el aspecto que enfatiza la teoría liberal), pero también los señores huyeron de los siervos, a través del movimiento de su riqueza monetarizada. Los lados huyeron de una relación de dominación que se había revelado inadecuada como forma de dominación: los dos lados huyeron a la libertad.

La huida a la libertad es la esencia de la transición del feudalismo al capitalismo. Pero hay aquí dos sentidos diferentes y opuestos de la libertad, por supuesto (un dualismo que es la contradicción central de la teoría liberal). La huida de los siervos fue la huida de la subordinación al señor, la huida de aquellos que, por una razón u otra, ya no aceptaban la vieja subordinación, la huida de los insubordinados de la subordinación. La huida de los señores fue todo lo contrario: cuando convirtieron su riqueza en dinero, estaban huyendo de la insuficiencia de la subordinación, huyendo de la *insubordinación*. Por un lado la huida de los insubordinados, por otro lado la huida de la insubordinación: visto de cualquier de los dos lados, la insubordinación del trabajo fue la fuerza motriz de la nueva movilidad de la relación de clase, es decir de la huida mutua de siervo y señor.

La huida de los insubordinados y de la insubordinación del trabajo, la repulsión mutua de las dos clases no disolvió la relación de clase. Para ambos, siervo y señor, la huida a la libertad se enfrentó con la reafirmación de la liga de dependencia mutua. Los siervos liberados encontraron que no tenían la libertad de dejar de trabajar bajo mando ajeno, ya que eso hubiera implicado el hambre. Ya que los antiguos siervos no disponían de los medios de producción, fueron obligados a trabajar por un amo. Para sobrevivir, se tuvieron que subordinar otra vez. Sin embargo, eso no fue un regreso a la vieja relación: ya no estaban ligados a un amo en particular, sino tenían la libertad de moverse, de dejar a un amo e irse a trabajar por otro. La transición del feudalismo al capitalismo implicó la despersonalización, desarticulación o licuefacción de las relaciones de dominación. La relación de dominación no fue abolida por la disolución de los lazos de servidumbre personal, pero sí sufrió un cambio fundamental de forma. El lazo que ligaba al siervo a un amo particular fue disuelto y remplazado por una relación móvil, fluida, desarticulada de subordinación a la clase capitalista. La huida de la (in)subordinación entró en la definición misma de la relación clasista.

Por el otro lado de la sociedad, los antiguos señores que habían convertido su riqueza en dinero encontraron también que la libertad no era todo lo que se habían imaginado, ya que todavía dependían de la explotación, y por lo tanto de la subordinación de los explotados, de los trabajadores, sus

antiguos siervos. La huida de la insubordinación no es una solución para los señores-convertidos-en-capitalistas, ya que la expansión de su riqueza depende de la subordinación del trabajo. Tienen la libertad de abandonar la explotación directa de cualquier grupo particular de trabajadores (por cualquier motivo, flojera, capacitación inapropiada, lo que sea) y de establecer lazos directos de explotación con otro grupo de trabajadores o simplemente de participar a través de la inversión no productiva en la explotación del trabajo. Cualquiera que sea la forma de su relación particular con el proceso de explotación, la expansión de su riqueza no puede ser más que una parte de la expansión total de riqueza producida por los trabajadores. Igual que en el caso de sus antiguos siervos, la huida a la libertad se revela como una huida a una nueva forma de dependencia. De la misma manera en la cual la huida de los siervos de la subordinación los devuelve a una nueva forma de subordinación, la huida de los señores de la insubordinación los lleva a la necesidad de enfrentar esa insubordinación. Sin embargo, la relación se ha cambiado, ya que la huida del capital de la insubordinación se ha convertido en un elemento central de su lucha para imponer la subordinación (como se puede ver, por ejemplo, en la amenaza constante de cerrar una fábrica o de quebrar). La huida de la insubordinación ha llegado a ser lo que define la nueva relación de clase. La insubordinación del trabajo es el eje sobre el cual gira la definición del capital como capital. El desasosiego de la insubordinación es el movimiento del capital.

Desde el principio, la nueva relación de clase, la relación entre capitalistas y trabajadores (o, mejor, ya que es una relación despersonalizada, la relación entre capital y trabajo) es una relación de huida y dependencia mutuas: huida de los insubordinados y de la insubordinación, dependencia de la re-subordinación. El capital, por su definición misma, huye del trabajo insubordinado para buscar más y más riqueza, pero nunca puede escapar de su dependencia de la subordinación del trabajo. El trabajo, desde el principio, huye del capital para buscar autonomía, desahogo, humanidad, pero puede escapar de su dependencia y de su subordinación ante el capital sólo destruyéndolo, destruyendo la apropiación privada de los productos del trabajo, y destruyendo así su propia existencia como trabajo. La relación entre capital y trabajo, por lo tanto, es una relación de huida y dependencia mutuas, pero no una relación simétrica: el trabajo puede escapar, el capital no. El capital depende del trabajo en una forma en la cual el trabajo no depende del capital. El capital, sin el trabajo, deja de existir: el trabajo, sin el capital, se convierte en creatividad práctica, en práctica creativa, humanidad.

El siervo (ahora trabajador) y el señor (ahora capitalista) siguen siendo los

dos polos antagónicos de una relación de dominación-y-lucha, pero esta relación ya no es la misma. La insubordinación del trabajo se ha metido en la definición misma de la relación como desasosiego, movilidad, liquidez, flujo, fluidez, huida constante. La relación de clase se ha convertido en una relación móvil que cambia todo el tiempo, en la cual todos los capitalistas participan en la explotación de todos los trabajadores y todos los trabajadores contribuyen a la reproducción del capital, en la cual los padrones de explotación se cambian constantemente, kaleidoscopicamente.

En la transición al capitalismo, la dialéctica de la insubordinación/subordinación que es el núcleo de cualquier relación de clase adquiere una forma distintiva el movimiento antagónico de la huida de los insubordinados y de la insubordinación hacia la subordinación renovada. Este movimiento antagónico se expresa en las categorías familiares de la economía política: en la existencia de la fuerza de trabajo y de los productos del trabajo como mercancías, en la existencia del valor, del dinero, del capital. Estas categorías, que muchas veces son entendidas como la expresión de la legalidad del desarrollo capitalista, expresan en realidad la presencia definidora de la insubordinación del trabajo dentro de la relación capitalista de subordinación, es decir, el caos al centro de la dominación capitalista.

Todo eso parece ser de cabeza. No estamos acostumbrados a pensar en el valor, por ejemplo, en estos términos. Es más común pensar en el valor como estableciendo el orden (la 'ley' del valor), como liga social en una sociedad de productores autónomos. Esto es cierto, pero solamente si se enfatiza la crítica a la teoría liberal. La noción de la 'ley del valor' dice en efecto: 'a pesar de las apariencias, los productores aparentemente autónomos de la sociedad capitalista están ligados por una conexión social que opera detrás de sus espaldas la ley del valor'. Si, al contrario, partimos no de la apariencia del individualismo fragmentado, sino de la irrupción histórica de la insubordinación del trabajo, entonces el valor expresa la fragmentación impuesta por esta irrupción sobre la dominación más cohesiva del feudalismo. La ley del valor es al mismo tiempo la ilegalidad del valor, la pérdida de cualquier control social sobre el desarrollo de la sociedad, la presencia de la insubordinación dentro de la subordinación. El valor es la categoría de la economía política que sintetiza la huida contradictoria de los insubordinados y de la insubordinación, de la misma forma que la libertad es la expresión categorial de la misma huida en la teoría política liberal.

El valor, en la forma de dinero, es la nueva liquidez de la relación de clase. Es el hecho que las relaciones sociales llegan a ser establecidas a través del dinero que hace posible que el trabajador se cambie de un amo a otro,

en cada caso vendiendo su fuerza de trabajo por cierta cantidad de dinero. Es el hecho que el señor convertido en capitalista puede cambiar su riqueza en dinero que le hace posible abandonar un grupo de trabajadores y voltearse a otro y participar en la explotación global del trabajo.

El dinero no sólo hace líquida la relación de clase: al mismo tiempo la transforma y fetichiza. Le da a la relación de clase su propio color, dando a la relación de subordinación/insubordinación la apariencia de una relación entre ricos y pobres, una relación de desigualdad entre aquellos que tienen y aquellos que no tienen dinero en lugar de una relación de antagonismo. Transforma la relación antagónica de subordinación/insubordinación en una relación de dinero, transforma la huida de los insubordinados y de la insubordinación que define la relación capital-trabajo en el movimiento de dinero, es decir el movimiento del capital (en el sentido de 'el perro se mueve').

La frase trivial con la cual empezamos el artículo, 'el capital se mueve', ha adquirido un nuevo sentido. Es una tautología. 'El capital se mueve' no significa que el capital normalmente está quieto y ahora se mueve, sino que el capital está constituido por el movimiento.

II

A primera vista, sin embargo, la relación capital-trabajo no es tan fluida. Aunque los trabajadores tienen la libertad de vender su fuerza de trabajo al explotador que ellos escojan, no existen en moción perpetua: muchas veces están empleados por un capitalista particular durante meses o años. Aunque el capitalista tiene la libertad de mover su capital a donde él quiera, mucho capital está atado a fábricas, a mercancías, al empleo de trabajadores específicos, invertido en lugares específicos o en ramas económicas específicas, vinculado con empresas específicas. Aunque la relación que liga trabajo y capital es una relación a-territorial, la mayoría de los trabajadores y de los capitalistas pasan mucha de su vida en un lugar y tienen ligazones territoriales. Si enfocamos una empresa, o una rama, o un lugar, o si enfocamos un trabajador o un grupo de trabajadores, entonces el capital no aparece como moción pura: aparece como algo fijo pero capaz de moción.

La relación capital-trabajo, en otras palabras, existe en una forma institucional o estática. Los trabajadores no tienen una relación inmediata con el capital como tal, sino con un capitalista, normalmente una empresa. Las empresas no explotan inmediatamente al trabajo como tal, sino a los traba-

jadores que emplean. La moción pura de la relación capital-trabajo existe en una forma que parece detenerla, una forma que la institucionaliza. El poder en la sociedad capitalista no parece ser la expresión de una relación de huida-y-dependencia entre capital y trabajo: el poder parece adherir a empresas, grupos empresariales, personas específicas, estados y otras instituciones. Los poderosos, por nebulosos que sean, parecen tener una identidad: aun los más reclusos pueden ser identificados por un investigador persistente.

Si el poder existe en forma institucional, entonces el argumento que la relación capital-trabajo es constitutivamente fluida se puede entender sólo como crítica, como crítica explosiva y destructiva.

Regresando a la frase inicial, 'el capital se mueve': la primera interpretación (el capital, antes quieto o ligado de alguna manera, se mueve) implica una visión institucional del poder. El capital se define por su afiliación institucional (Volkswagen, capital estadounidense), es decir por su falta de movimiento, antes de que su movimiento sea considerado. Se asume que el marco institucional (la compañía o el estado) tiene prioridad sobre el movimiento del capital. Así, por ejemplo, la noción de un 'capital mexicano' implica una definición anterior de 'México' que establece un marco de autoridad dentro del cual se puede hablar de la noción del 'capital mexicano'. A 'México' como categoría social (como conceptualización de las relaciones sociales) se le da prioridad teórica sobre el concepto de 'capital', aunque eso normalmente es asumido, raramente expresado o teorizado. La primera interpretación de 'el capital se mueve' no da sólo cierta definición del capital, sino implica una visión más general de las relaciones sociales, una visión que define las relaciones sociales en términos de su institucionalización.

La visión institucional del poder (la visión del poder como ligado con, o la propiedad de, ciertas instituciones) implica una interpretación 'de arriba hacia abajo' del poder: el poder es algo que algunas personas 'tienen', y de la cual otras están excluidas. Así, por ejemplo, en la tradición leninista, se asume que el estado 'tiene' poder, un poder que puede ser 'tomado' por la clase trabajadora. La visión institucional del poder está vinculado con una comprensión del poder como dominación, o subordinación.

La segunda interpretación (el capital está constituido por el movimiento) no es simplemente diferente de la primera. Hace estallar a la primera interpretación. Dice, en efecto, que, contrario a las apariencias, las relaciones sociales (las relaciones de poder clasista) no son institucionales. El capital se constituye por su movimiento, por la no fijeza de las relaciones sociales. Todas las instituciones que parecen 'tener poder' son simplemente el modo de

existencia de una relación social sobre la cual no tienen ningún control la relación de huida y dependencia que es la relación entre capital y trabajo. Todas las grandes instituciones de poder que parecen ser tan sólidas están flotando sobre una relación móvil en la cual el trabajo finalmente es todopoderoso. Decir que el capital está constituido por el movimiento es criticar la autopresentación institucional del poder.

En otras palabras: partir de la comprensión del capital como movilidad es partir no de la estabilidad sino de la inestabilidad de las relaciones capitalistas de poder. Si la primera interpretación entiende al capital en términos de la subordinación del trabajo, la segunda lo entiende en términos del movimiento antagónico de la insubordinación/subordinación del trabajo. Una vez que la insubordinación está colocada en el centro de la imagen, una vez que se entiende que la insubordinación define el capital y define la forma de la subordinación, una vez que se ve que la huida de los insubordinados y de la insubordinación constituye el capital, entonces se hace claro que no es posible entender el poder como hacia abajo, ni como ligado a una institución específica. Si la insubordinación define la forma de la subordinación, entonces no es posible nunca discutir la insubordinación y la subordinación por separado.

Todo esto se puede expresar en términos más tradicionales, en términos de la relación entre la producción y la circulación. La primera interpretación da prioridad a la producción (la fijeza del capital), y asume que la circulación es secundaria, y externa a la producción; la segunda interpretación entiende al capital en términos de la unidad interna entre circulación y producción (la unidad de la huida de los insubordinados y de la insubordinación y de la imposición de la subordinación).

La distinción se puede ver también en términos de la definición de la clase. La concepción que ve la producción como primaria y la circulación como secundaria tiende a conducir a una definición de la clase trabajadora como la clase de personas subordinadas en la producción, es decir el proletariado industrial. Si el capital se entiende en términos de la unidad de la producción y la circulación (o la unidad de la huida de los insubordinados y de la insubordinación), entonces la imagen que se presenta es otra. El capital vive subordinando y luego huyendo de la insubordinación que es inseparable de la subordinación: chupa el trabajo para explotarlo y lo escupe por incomedible. El antagonismo que define a la clase trabajadora no es el antagonismo de subordinación sino de subordinación/insubordinación: los trabajadores no somos las víctimas subordinadas sino los insubordinados quienes repelen al capital y a quienes tiene que subordinar. Si el capital vive chupan-

do y escupiendo, entonces la clase trabajadora puede ser definida precisamente como los chupados y escupidos de la tierra.

La crítica es la expresión teórica del desasosiego de la insubordinación. Ya que la crítica es el establecimiento teórico de la interconexión entre los fenómenos sociales, y la huida de los insubordinados y de la insubordinación (el movimiento del capital) es el establecimiento práctico de la misma interconexión, la crítica es nada más que la expresión teórica de esta huida. Prácticamente, el movimiento desasosegado del capital destruye sin fin las instituciones del poder. Teóricamente, el marxismo, como expresión más desarrollada de la insubordinación del trabajo, destruye sin fin las categorías del pensamiento.

III

El argumento desarrollado aquí implica una crítica a muchas de las categorías de análisis empleadas por la tradición marxista ortodoxa.

Ha sido común en aquella tradición analizar el capital en términos de su fijeza o ligazón, y no en términos de su movimiento. Esto se refleja, por ejemplo, en el concepto del 'capital nacional', como en capital estadounidense, capital japonés, capital mexicano. El concepto de un capital nacional juega un papel central en las teorías del imperialismo, que normalmente está entendido en términos de la dominación del capital estadounidense (u otro), o en términos del conflicto interimperialista (como en el conflicto entre capital estadounidense y capital japonés, por ejemplo), o en términos de la exportación del capital de los países 'centrales' a los países 'periféricos'.

Todos estos análisis se construyen sobre un concepto del capital definido en términos de su fijeza. Si el capital está constituido por su fluidez, es difícil ver como estas teorías se pueden defender. Si el movimiento del capital es la unidad contradictoria de la huida de los insubordinados y de la insubordinación y la re-subordinación del trabajo, entonces no es obvio porque o cómo este movimiento debería de ser analizado en términos de una 'nación'. Desde el principio, el movimiento de los trabajadores para buscar otros ambientes de explotación ha sido un movimiento que cruza fronteras. Desde el principio, la huida del capital del trabajo insubordinado para buscar medios de expandirse ha sido un movimiento mundial. La búsqueda mundial por el capital de ganancias más altas implica que existe una tendencia mundial a la nivelación de la tasa de ganancia, o, en otras palabras, una repartición en todo el mundo de la plusvalía producida por los trabajadores

del mundo. En este contexto no tiene sentido tomar un concepto como 'capital nacional' (o economía nacional) como base para entender el desarrollo del capitalismo.

El concepto de 'capital nacional' sólo se puede justificar en la medida en la cual existen obstáculos al flujo global del capital, es decir a la repartición global de la plusvalía, obstáculos a la huida de los insubordinados y de la insubordinación. Los estados son los más importantes de estos obstáculos. Cuando el modo feudal de subordinar al trabajo se derrumbó, significó no sólo la liberación de siervo y señor, sino también el colapso del modo establecido de mantener el orden social, sin el cual una sociedad de clases no se puede concebir. El nuevo modo de mantener el orden (el estado) se desarrolló separado del proceso inmediato de producción, una condición necesaria para la existencia del trabajo 'libre'. Historicamente se organizó sobre una base territorial. Los estados capitalistas se desarrollaron sobre todo como medio de imponer restricciones territoriales en la huida de los trabajadores de la subordinación, a través de la legislación y administración de las leyes controlando lo que se definió como vagabundaje (la huida sin restricción de los insubordinados).

Los nuevos aparatos de orden público (los estados) se desarrollaron como conjuntos más o menos coordinados de obstáculos al movimiento de trabajo y capital. Las leyes sobre el vagabundaje tienen su equivalente moderno en las leyes que controlan la migración (y por lo tanto la ciudadanía) y en todo el arsenal de regulaciones que restringen o inhiben de una manera u otra el movimiento de los trabajadores (y sin las cuales el capitalismo hoy probablemente no podría sobrevivir). La restricción territorial es un principio central del mantenimiento del orden en la sociedad capitalista.

Las restricciones al movimiento del capital han tomado formas diferentes. Ya que todos los estados dependen para su misma reproducción de la acumulación del capital, como fuente de ingreso (a través de los impuestos) y como bases del orden social, todos los estados compiten para atraer el capital a su territorio o para retener el capital dentro de su territorio. Mientras las restricciones estatales al movimiento de los trabajadores (la huida de la subordinación) aspiran en general (no siempre) a excluir los trabajadores, las restricciones al movimiento del capital (la huida de la insubordinación) normalmente tienen como objetivo atraer o retener el capital. Restricciones de este tipo incluyen medidas que obstaculizan directamente el movimiento del capital (obstáculos a la exportación de dinero, por ejemplo), pero en general toman la forma de medidas que promueven condiciones favorables a la subordinación del trabajo y la acumulación del capital dentro del terri-

torio estatal: la supresión de la oposición, la regulación de los sindicatos, la imposición de aranceles, la concesión de contratos para obras públicas, el pago de subvenciones, la protección de monopolios, la promoción de los intereses de las empresas operando dentro del territorio nacional a través de la diplomacia y la guerra. Todas estas medidas tienen como objetivo asegurar condiciones particularmente favorables para la acumulación del capital dentro del territorio estatal, y son, por lo tanto, intervenciones en la nivelación mundial de la tasa de ganancia (la repartición mundial de la plusvalía). Todas son medidas que adquieren su significado del movimiento mundial del capital. Los estados nacionales se pueden entender como tantos obstáculos al flujo mundial del capital, tantas presas tratando en competencia el uno con el otro de divertir (atraer y retener) el flujo mundial en su propia dirección, tantas válvulas intentando aprovechar del movimiento de un flujo que ellos no controlan.

En la medida en la cual los estados obstaculizan el flujo del capital (la huida de la insubordinación), se forman lazos entre capitales específicos y estados nacionales específicos. Estos lazos tienen muchas veces algo que ver con el origen nacional de los propietarios del capital en cuestión, pero no es necesariamente así. Muchas empresas grandes mantienen vínculos muy estrechos con varios estados: discriminan según sus intereses, no según sus sentimientos nacionales. Los estados también siguen sus intereses: en general no discriminan entre capitales según su origen nacional o la nacionalidad de sus dueños. Los vínculos que existen entre empresas y estados pueden tener una influencia importante en las acciones de las empresas y de los estados. Sin embargo, no constituyen los capitales como 'capital nacional'. De necesidad, las empresas y los estados son mucho más oportunistas que lo que sugiere el concepto de un 'capital nacional'. Las empresas, para sobrevivir, tienen que tratar de aumentar sus ganancias al máximo. Si eso implica invertir su capital en varios países, lo harán, en general, y buscarán y recibirán el apoyo de todos los estados implicados. Los estados, para mantener el orden y sus ingresos, tienen que tratar de atraer y retener el capital dentro de sus fronteras: la 'nacionalidad' del capital es, en general, una cuestión de indiferencia absoluta. Las empresas que actúan por sentimiento nacional simplemente no atraerán una parte proporcional de la plusvalía global. Los estados que confunden los intereses del estado con los intereses de los capitalistas locales (lo que pasa seguido donde hay lazos estrechos entre políticos y capitalistas) encontrarán normalmente que lleguen a ser menos atractivos como ubicaciones para la acumulación del capital. Las alianzas entre estados específicos y grupos específicos de capitalistas (de

cualquier nacionalidad) pueden jugar un papel importante en la competencia mundial para atraer una parte de la plusvalía total producida, pero tales alianzas son inevitablemente inestables y, de todas formas, no pueden ser tomadas como una base para la explicación del desarrollo capitalista.

El capital no conoce ni bandera, ni himno nacional, ni sentimiento nacional, si no es como medida de imponer la subordinación del trabajo. Todo capital se nutre de la extracción mundial de la plusvalía: no hay otra fuente posible para la expansión capitalista. Las empresas atraen una porción de esa plusvalía o desaparecen. Los estados compiten para atraer y retener una porción del capital a través de la creación de condiciones favorables a la acumulación del capital o se caen en crisis y caos. La nivelación mundial de la tasa de ganancia (la repartición mundial de la plusvalía) no está controlada por ninguna empresa, ningún estado: todas las empresas, todos los estados, todos los políticos son los sirvientes del capital.

Ni el estado nacional, ni la rivalidad entre estados es, por lo tanto, una categoría adecuada para entender el desarrollo del capitalismo, ni a nivel mundial, ni en cualquier territorio local (estado, región, pueblo, lo que sea). La única manera de entender el desarrollo capitalista, sea político, sea económico, es a través de una comprensión de la extracción de la plusvalía, o, en otras palabras, la lucha de clases que es la unidad contradictoria entre la huida de los insubordinados y de la insubordinación y la subordinación del trabajo.

IV

El movimiento del capital es la unidad dialéctica de la huida de los insubordinados y de la insubordinación y la imposición de la subordinación. Es más común expresar esto como la unidad dialéctica de la circulación y la producción, pero estos términos no ponen énfasis en el hecho que ambas, la circulación y la producción, son lucha de clases, y que son diferenciadas en el tiempo y en el espacio. La huida de los insubordinados y de la insubordinación y la imposición de la subordinación son crucialmente distintos en términos temporales y espaciales: esto es fundamental para cualquier discusión del desarrollo histórico del capitalismo.

La existencia del capital depende de la subordinación del trabajo. Para que el capital exista, el trabajo abstracto, productor de valor, tiene que ser impuesto al trabajo vivo; el trabajo tiene que ser sujetado al mando capitalista y obligado a producir plusvalía en cantidad suficiente para asegurar la reproducción expandida del capital. Los periodos de acumulación sostenida son periodos de subordinación sostenida del trabajo.

En tales periodos de acumulación/subordinación sostenida, la insubordinación del trabajo y por lo tanto la huida del capital están presentes, por supuesto, pero su importancia es menos obvia. Con todas las reservas que una generalización de este tipo implica, se puede decir que es la combinación de acumulación y subordinación que da su color al periodo, y a las concepciones de la sociedad y del desarrollo social que predominan. En particular, la importancia relativa de la subordinación del trabajo (y por consiguiente del capital en su forma de capital productivo) da apoyo a la comprensión institucional del capitalismo, según la cual el capital (y el poder en general) se entiende como básicamente estático.

El periodo de expansión de la posguerra (aproximadamente 1945-1974) es el ejemplo más obvio de un periodo de este tipo en el cual la subordinación del trabajo prevalecía. La insubordinación previa (el periodo largo de conflicto en la primera parte de este siglo, del cual 1917 fue la luz más brillante) había sido superada finalmente por la combinación de la depresión, el fascismo y la guerra, y una nueva subordinación establecida que creó la base para la acumulación renovada del capital, que, a su vez, creó una base para el mantenimiento de la subordinación (o al menos la contención de la insubordinación) que era característica de esos años. Con el tiempo, sin embargo, la explotación del trabajo llegó a ser más y más cara para el capital (lo que Marx llama alza en la composición orgánica del capital) y la contención de la insubordinación llegó a ser cada vez menos efectiva. El movimiento llamado muchas veces '1968' fue la segunda gran huida del siglo de la subordinación, y el capital respondió como el capital tiene que responder, huyendo a su vez de la insubordinación del trabajo.

A partir de los últimos años de los sesenta y principios de los años setenta, es la huida de los insubordinados y de la insubordinación que se establece como momento dominante del desarrollo capitalista. El capital se convierte en su forma líquida de dinero, rompe sus vínculos institucionales (con fábricas, estados, ramas de actividad económica) y se mueve por el mundo en la búsqueda de medios para expandirse. No hay ni internacionalización ni globalización del capital, ya que el capital es de por sí mundial, pero sí hay una intensificación del desasosiego mundial del capital que aparece como globalización. Los vínculos entre grupos capitalistas y estados específicos se rompen, la política de la 'economía nacional' (el keynesianismo, las políticas de substitución de importaciones) es abandonada, todos los conceptos políticos, económicos, culturales que eran parte del patrón previo de pronto se caen de la moda. El dinero, la forma del capital en toda su pureza líquida y obscena, reina supremo, como norma cultural,

como dogma económico, como principio de la organización de estado y sociedad. El torrente de capital líquido destruye el mundo viejo, ahogando en el proceso toda la vieja tontería asesina del socialismo (o liberación) en un país.

La huida de la insubordinación no es, sin embargo, la misma cosa que la reimposición de la subordinación. Entre 1917 y 1945, hubo toda una historia mundial de tragedia y de ensangrentamiento sin precedente: nunca antes había la restructuración del capital costado tanto horror. La huida del capital que ha moldeado el mundo en los últimos veintitantos años no parece haber logrado una nueva subordinación del trabajo suficiente para crear una base para un nuevo periodo de expansión capitalista. A pesar de todo lo que se dice de la restructuración del proceso de trabajo y de la nueva sumisión del trabajo, la importancia todavía del flujo de capital líquido y la expansión continua del crédito y de la deuda como forma de mantener el capitalismo sugieren que la sociedad (todavía) no ha sido restructurado lo suficiente para asegurar un nuevo periodo de subordinación-y-acumulación. Lo que una restructuración adecuada podría significar es indicado (pero en escala pequeña) por los horrores de los años noventa (Ruanda, Bosnia). Posiblemente, la única forma de evitar un desarrollo de este tipo es a través de la realización teórica y práctica del poder del trabajo insubordinado, la fuerza del 'ya basta' mundial.

Nota:

Muchas gracias a Ana Esther Ceceña: sin su presión paciente/impaciente, este artículo probablemente no hubiera sido escrito.

Para una expansión de algunos de los argumentos contenidos en este artículo, especialmente en las secciones III y IV, véanse:

W. Bonefeld (1993), *The Recomposition of the British State*, Dartmouth, Aldershot.

W. Bonefeld y J. Holloway (1994), "Dinero y Lucha de Clases", en J. Arzuaga y J. Holloway (coord), *Dinero Global y Estado Nacional*, Editorial Coyoacán, México, D.F.

J. Holloway (1992), "La Reforma del Estado", *Perfiles Latinoamericanos*, no. 1., México D.F.

C. Marx, *El Capital*, esp. Vol III, cap. 10.

El autor es profesor/investigador en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla.

Turbulencia global: el capital del Siglo XXI

La publicación del ensayo de Robert Brenner *The economics of global turbulence* (*New Left Review* 229) en 1998 fue una buena noticia en el campo del marxismo porque el mismo presentó un interesante estudio de la evolución de la economía mundial de posguerra y de su crisis y, además, porque suscitó una extensa y rica polémica en la que participaron varios de los intelectuales marxistas más importantes de la actualidad.

Una intervención previa de Brenner a propósito de la discusión historiográfica sobre la transición del feudalismo al capitalismo en los años 80 ya había dado lugar a otro importante debate. En esta oportunidad, sin embargo, Brenner desató una controversia sobre la marcha del capitalismo contemporáneo y sus perspectivas, una controversia que continúa desarrollándose en las páginas de las mejores revistas marxistas (*Historical Materials*, *Monthly Review*, *Review of Radical Political Economy*, *Capital and Class*, *Against the Current*, etc.) y nutriéndose de los aportes de muchos de los intelectuales marxistas más lúcidos de nuestros días (Carchedi, Husson, Freeman, Bonefeld, Shaikh, Fine, Meiksins-Wood, etc.).

Apenas iniciada esta controversia, nosotros publicamos un breve artículo (“¿Del neoliberalismo a la depresión?”, *Cuadernos del Sur* 28, mayo de 1999) en el que Brenner sintetizaba las perspectivas que se seguían de su ensayo a propósito de la coyuntura económica mundial de entonces. Pero la riqueza del rumbo seguido desde entonces por este “nuevo debate Brenner” nos decidió a publicar, en este nuevo número de *Cuadernos del Sur*, un dossier entero dedicado al mismo. Incluimos entonces a continuación una síntesis de la línea argumentativa central de *The economics...*, realizada por el propio Brenner en respuesta a dos de sus críticos, y tres artículos que introducen sendas visiones críticas acerca del ensayo de Brenner en su conjunto. En la próxima entrega de *Cuadernos del Sur* complementaremos este dossier con una serie de trabajos que contienen distintas evaluaciones acerca de la coyuntura económica mundial, retomando así la discusión de las perspectivas abiertas en este sentido por el ensayo de Brenner.

Alberto Bonnet

L'ACTUALITÉ.

G. GAHLARD TILLY.

PARIS.

A VERSAILLES !!!

N°3... AVRIL 1871.

AVRIL 1871... N°3.



La economía de la turbulencia global (síntesis)*

Robert Brenner

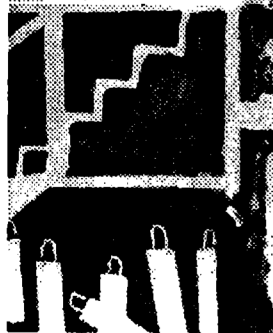
Buscando explicar la caída en la tasa de ganancia, mi punto de partida es la anarquía de la producción capitalista y, en particular, la presión competitiva sobre las empresas capitalistas para recortar costos como la verdadera condición para su supervivencia. Las tendencias resultantes hacia la acumulación de capital y hacia la innovación están, por supuesto, en las raíces de la capacidad del capitalismo, sin precedentes históricos, para desarrollar las fuerzas productivas. Pero, dado que estas se desarrollan de una manera no planificada y competitiva, sostengo que están también en el base de las tendencias del capitalismo a sufrir crisis periódicas y estancamiento. Esto es así porque los capitalistas individuales no tienen interés en, y en cualquier caso

son incapaces de, tener en cuenta el efecto agregado de sus acciones, específicamente el impacto destructivo de sus recortes de costos sobre los capitales ya existentes y sobre la capacidad de estos capitales de arrojar beneficios. Así, cuando los capitalistas recortan costos, tienden a surgir problemas insolubles porque a menudo vuelven obsoleto el capital fijo que sus rivales introdujeron antes, evitando por ende que aquellos propietarios realicen la tasa de beneficio esperada y necesaria. Las plantas y los equipos que inicialmente representan la técnica (socialmente necesaria) más moderna, pero que necesitan ser operados durante un largo período para recuperar sus costos y proporcionar retornos suficientes, se convierten así en insuficientemente rentables frente a los nuevos y

* Tomado de R. Brenner: "Competition and class: a reply to Foster and McNally", en *Monthly Review* 51 (3), 1999. La publicación del ensayo de Brenner en español ya fue anunciada por Akal Ediciones.

más bajos precios que resultaron de la introducción prematura de capital fijo nuevo y aún más productivo.

Más específicamente (y combinando, a fines de ser breve, los aspectos conceptuales e históricos de mi argumento), intento demostrar que la clave de la caída de la tasa de ganancia y su fracaso a largo plazo en recuperarse, fue el surgimiento y la persistencia de una sobrecapacidad y sobreproducción *a escala del sistema en su conjunto*, especialmente en la industria, a partir de mediados de la década de los 60. La sobrecapacidad y sobreproducción, sosten- go, emergieron como un proceso de desarrollo desigual marcado por la interacción entre las economías de rápido crecimiento y de desarrollo más tardío de Japón, Europa y (más tarde) Asia del Este, y las economías de crecimiento más lento y de desarrollo más temprano de Estados Unidos y el Reino Unido, lo que considero que es un determinante central *tanto* del largo boom *como* del largo declive. Las economías industriales de desarrollo tardío japonesa, alemana occidental y otras



fueron entonces capaces de crecer rápidamente durante el boom en virtud de su capacidad de explotar las ventajas de ser tecnoló-

gicamente seguidoras, atrasadas socioeconómicamente y hegemónicas militar y financieramente por los Estados Unidos. Ellas adoptaron tecnología norteamericana barata pero avanzada con el fin de ponerse al día (*catch-up*). Después de reprimir o contener los levantamientos obreros militantes de los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estas economías aprovecharon las enormes cantidades de trabajadores desempleados de sus sectores rurales, que todavía estaban relativamente atrasados, para mantener el crecimiento de los salarios relativamente bajo comparado con el crecimiento de la productividad. Evitaron los pesados gastos militares improductivos encarados por los Estados Unidos. Y pusieron énfasis en la industria doméstica, apoyada por sus bancos y gobiernos, en lugar de en la internacionalización de sus economías mediante la expansión de ultramar de sus corporaciones y bancos multinacionales.

Durante la primera parte de la etapa de posguerra, las economías alemana y japonesa en particular funcionaron como ejes de grandes economías regionales en Europa y Asia del Este. Hicieron uso de sus costos laborales mucho más bajos; de sus avanzadas instituciones económicas para regular las relaciones entre industrias, entre finanzas e industria y entre capital y trabajo; de

sus tipos de cambio subvaluados; y de su proteccionismo para enriquecerse a expensas de las economías norteamericana (y británica) de altos salarios, orientadas al libre cambio y dirigidas hacia el plano internacional. Las autoridades de EEUU aceptaron libremente este patrón de evolución económica internacional porque les permitía no sólo asegurar la creación de mercados para sus industrias de base doméstica, que al comienzo fueron avasalladoramente dominantes, sino también para preparar el camino a la penetración en gran escala de las economías europeas a través de la inversión directa de sus grandes corporaciones multinacionales, al tiempo que llevaban adelante una de las más intensas olas de expansión militar-imperial que el mundo haya visto. De hecho, los productores norteamericanos sufrieron relativamente poco daño por la competencia internacional intensificada, porque habían comenzado con una enorme ventaja tecnológica y fueron capaces de dominar el gran mercado doméstico de EEUU, aún mientras cedían grandes porciones de sus mercados de ultramar a los productores extranjeros. Las multinacionales norteamericanas fueron en parte capaces de compensar las declinantes participaciones en las exportaciones usando el dólar sobrevaluado para comprar activos baratos en todo el mundo.

Sin embargo, el desarrollo desi-

gual producido por el crecimiento de la división mundial del trabajo no continuó por mucho tiempo teniendo sólo efectos favorables. Entre 1965 y 1973, los industriales situados especialmente en Japón, pero también en Alemania y en otras partes de Europa Occidental, combinaron técnicas relativamente avanzadas con salarios relativamente bajos para reducir drásticamente sus costos relativos *vis a vis* los de Estados Unidos. Sobre esta base, se apropiaron de manera dramática de crecientes porciones del mercado mundial e impusieron en él sus precios relativamente bajos, mientras que tenían éxito, gracias a sus costos relativamente reducidos, en mantener sus viejas tasas de beneficio. Sus competidores norteamericanos se encontraron haciendo frente a precios de un crecimiento más lento para su producto y al mismo tiempo prisioneros de costos inflexibles como resultado de quedar atrapados con un capital fijo comprometido con una tecnología que repentinamente quedó fuera de moda. Aquellos que ya no pudieron realizar la tasa de beneficio previa o promedio, aún sólo sobre su capital circulante, i.e., sobre las nuevas inversiones en trabajo, materias primas y bienes



intermedios que eran necesarias para operar su capital fijo (plantas y equipamientos), tuvieron que deshacerse de capacidad productiva. Otros, a fin de permanecer en sus mercados, no tuvieron otra opción que aceptar tasas de beneficios significativamente reducidas sobre su capital fijo, puesto que no podían aumentar los precios sobre los costos en la medida en que lo hacían antes.

Como consecuencia de la inesperada irrupción en el mercado de bienes japoneses y alemanes de precios más bajos, los productores industriales norteamericanos fueron incapaces de realizar la tasa de beneficio previa, establecida sobre sus inversiones de capital fijo cuando la demanda excedía a la oferta en sus líneas. El resultado fue la sobrecapacidad y la sobreproducción a escala del sistema, que se manifestó en una declinante tasa de retorno sobre el stock de capital en la industria. Entre 1965 y 1973, el sector industrial norteamericano sostuvo una caída en la tasa de beneficio sobre su stock de capital que excedió el 40 por ciento. Simultáneamente, las tasas de beneficio de las economías industriales líderes japonesa y europeas, tomadas en su conjunto, fueron difícilmente capaces de mantenerse (al menos aproximadamente hasta 1969-70). El saldo fue que, en los mismos años, la tasa de beneficio de los sectores manufactureros

de las economías del G7 tomadas en conjunto (representativos de la industria mundial en su totalidad) cayó cerca del 25 por ciento.

Las economías japonesa, alemana y otras europeas no permanecieron inmunes ante el declive agregado de la rentabilidad. En los tardíos 60 y tempranos 70 emergieron enormes déficits de balance de pagos norteamericanos (y superávits de balance de pagos japoneses y alemanes) como los concomitantes naturales de la declinación de la competitividad y rentabilidad norteamericanas y empujaron al sistema monetario mundial a la crisis. Entre 1971 y 1973, tuvo que descartarse el sistema de Bretton Woods de tipos de cambio fijos y el dólar tuvo que ser profundamente devaluado, mientras que el *marco* y el *yen* fueron correspondientemente revaluados. Los industriales japoneses y alemanes se enfrentaron a costos relativos ampliamente crecientes comparados con los de sus rivales norteamericanos y fueron obligados a cargar con una parte mucho más grande de la caída en la rentabilidad agregada de la que había afectado a las economías industriales del G7. Pero una evidencia del grado en el que la sobrecapacidad y la sobreproducción habían apresado en este punto a la industria mundial fue el hecho de que los productores norteamericanos, aunque beneficiados por la caída del dólar, fueron incapaces de

acercarse a la restauración de sus tasas de beneficio de la época del boom.

Aún así, una cosa es explicar de esta manera la caída inicial de la rentabilidad y otra muy distinta es explicar por qué no hubo recuperación durante tanto tiempo. En particular, ¿por qué las firmas que sufrían una rentabilidad descendente en sus líneas no desplazaron medios de producción hacia otras líneas de beneficios más altos con el fin de aliviar la sobrecapacidad y la sobreproducción? Yo creo que hay básicamente tres respuestas a esta pregunta.

Primero, las grandes corporaciones de los Estados Unidos, Alemania y Japón que dominaron la industria mundial tenían mejores perspectivas de mantener e incrementar su rentabilidad buscando incrementar su competitividad en sus propias industrias que relocalizando medios de producción en otras líneas. Poseían grandes montos de capital fijo ya pagado que podían usar "gratuitamente". En consecuencia, al menos por un tiempo, pudieron realizar tasas de beneficio más altas sobre sus nuevas inversiones en capital circulante (trabajo, materias primas, bienes semi-elaborados) en sus propias industrias que las que podían realizar sobre inversiones en otras industrias. Aunque sufrieron tasas de beneficio reducidas sobre su capital total, sin embargo para ellas tenía sentido permanecer en el lugar.

Además, estas corporaciones mantenían relaciones establecidas desde hacía largo tiempo con proveedores y clientes que no podían ser reproducidas fácilmente o sin grandes costos en otras líneas. Quizás más importante, durante un largo período habían desarrollado un conocimiento de la producción difícilmente ganado que podían aplicar sólo en sus propias industrias. Durante los 70 y después, las corporaciones de EEUU, Japón y Alemania encontraron más promisorio la lucha que el cambio y generalmente no abandonaron sus posiciones a menos que fueran forzadas. Con la ayuda de gobiernos que las apoyaban y/o de financistas bancarios afines, buscaron transformar e impulsar la producción para competir mejor. El resultado fue una salida insuficiente.

Segundo, a pesar de la rentabilidad reducida en las líneas industriales mundiales, el proceso de desarrollo desigual continuó. Productores emergentes de bajos costos, con base especialmente en Asia del Este, encontraron rentable entrar en varias de aquellas líneas, tal como sus predecesores de Japón habían hecho una vez en circunstancias análogas. Hubo demasiada entrada, exacerbando más la sobrecapacidad y la sobreproducción.

Tercero, las políticas keynesianas, que devinieron casi universales en los 70, contribuyeron de hecho a la perpetuación de la sobrecapacidad y

la sobreproducción, ayudando a evitar una recuperación decisiva de la rentabilidad y, a su vez, de la acumulación de capital. La demanda incrementada, el gasto deficitario y el crédito fácil permitieron que muchas firmas de altos costos y bajos beneficios, que de otra manera hubieran ido a la quiebra, continuaran en el negocio y mantuvieran posiciones que podían haber sido ocupadas por productores de costos más bajos y beneficios más altos. Pero, dados sus bajos excedentes, tales firmas debilitadas difícilmente podían encarar una gran inversión de capital o expansión. Más bien, en respuesta a un incremento en la demanda agregada resultante de las políticas keynesianas, fueron capaces de originar un incremento más pequeño de la oferta que en el pasado, de manera que los siempre crecientes déficits públicos de los 70 originaron aumentos acelerados de los precios más que incrementos en el producto. El keynesianismo fue entonces indiscutiblemente necesario para mantener a la economía mundial en marcha. Pero incrementó la inflación y, precisamente evitando la áspera medicina de la depresión que había abierto históricamente el camino a nuevas recuperaciones, redujo a largo plazo el dinamismo potencial del sistema.



Fue sólo con la administración de Clinton que la economía mundial fue capaz por fin de romper decisivamente con el keynesianismo. Volcker, Carter y Reagan habían introducido, por supuesto, un vicioso experimento de austeridad monetarista a comienzos de los 80. Pero el crédito profundamente restringido había amenazado con precipitar un crack y tuvo que ser contrarrestado por déficits keynesiano-militaristas. Sin embargo, la acumulación récord de deuda del gobierno, frente al régimen de dinero escaso de la Reserva Federal, originó tasas reales récords de interés que compensaron los avances de la rentabilidad que habían sido asegurados durante la importante restructuración de las firmas de altos costos/bajos beneficios, que tuvo lugar en la década de los 80. Ante la posibilidad de enfrentarse con una revuelta en Wall Street si buscaba más déficits, Clinton probablemente no tuvo otra opción que virar hacia el equilibrio presupuestario. Puesto que Europa ya se había movido en esa dirección en tanto se preparaba para la unificación monetaria, una austeridad monetaria y fiscal completamente madura dominó por fin la economía mundial en los 90.

La austeridad macroeconómica casi universal ha llevado las contra-

dicciones acumuladas de las dos décadas previas al primer plano. Ha reducido el crecimiento de la demanda interna en toda la economía mundial, forzando a los productores de todas partes a cambiar profundamente su orientación hacia las exportaciones. Fue inevitable entonces una consiguiente intensificación de la competencia internacional, lo que allanó el camino a una seria exacerbación de la sobrecapacidad y la sobreproducción internacional ya existente en la industria y a un estancamiento más profundo y una inestabilidad intensificada a lo largo de la década.

En este contexto, la economía norteamericana logró expandir —un- que mucho menos dinámicamente de lo que indica la propaganda— y asegurar una revitalización importante de la rentabilidad, en especial en el sector industrial, que todavía tiene una importancia crítica. Pero la industria norteamericana logró su recuperación de la rentabilidad en gran medida a través de una revitalización de la competitividad, que fue asegurada no sólo por la continua restructuración de los medios de producción redundantes y de altos costos en las líneas industriales, sino también sobre la base de una empujada caída del dólar en relación con el *yen* y el *marco* y un congelamiento de una década del crecimiento salarial. Así, el incrementado dinamismo de la economía nor-

teamericana se logró, en una medida importante, al costo de una extensa recesión en grandes partes de la economía mundial durante la mayor parte de la década, particularmente en las economías industriales orientadas hacia las exportaciones, de repente mucho menos competitivas, de Japón y Alemania. En este contexto, autoridades monetarias independientes buscaron aumentar sus retornos en un mundo que estaba escaso de oportunidades de inversión real rentables pero inundado de liquidez (la cual había surgido del rescate de la Fed a las corporaciones y los bancos sobre-expandidos durante la recesión de 1990-91). Enviaron masas de dinero a corto plazo a Asia del Este, el único centro de crecimiento verdaderamente dinámico en los 90, recalentando esas economías. Esto empeoró los problemas subyacentes de sobrecapacidad y sobreproducción y sentó las bases para la crisis económica internacional de 1997-98.

El dramático descenso en tres fases de la tasa de interés, impulsado por Alan Greenspan en el otoño de 1998, cortó rápidamente la profundización de la crisis mundial señalando a los mercados de títulos que la Fed permanecería detrás del valor de sus acciones. El importante boom (que comenzó más o menos en 1996) que así se perpetuó ha sido en gran parte conducido por el enorme crecimiento del consumo interno.

Este, a su vez, derivó del “efecto riqueza” resultante del boom bursátil que rompió los récords, que dio surgimiento a grandes ganancias de capital, a tasas de ahorro marcadamente reducidas y al espectacular crecimiento de la deuda privada tanto de las corporaciones como de los consumidores. El acelerado crecimiento del consumo norteamericano ha estado también detrás de los déficits récords de cuenta corriente norteamericanos que han permitido poner en marcha a la economía mundial.

En efecto, una nueva forma de estímulo artificial a la demanda a través de déficits *privados* hecho posible por la Fed ha sido sustituto de los viejos déficits públicos keynesianos. Pero, puesto que el problema subyacente de la sobrecapacidad y la sobreproducción a escala del sistema no ha sido resuelto, es solo el boom del mercado bursátil, apuntalando el boom del consumo, lo que hoy se interpone entre la economía internacional y una nueva recesión o algo peor.

La teoría de la crisis en el nuevo debate Brenner

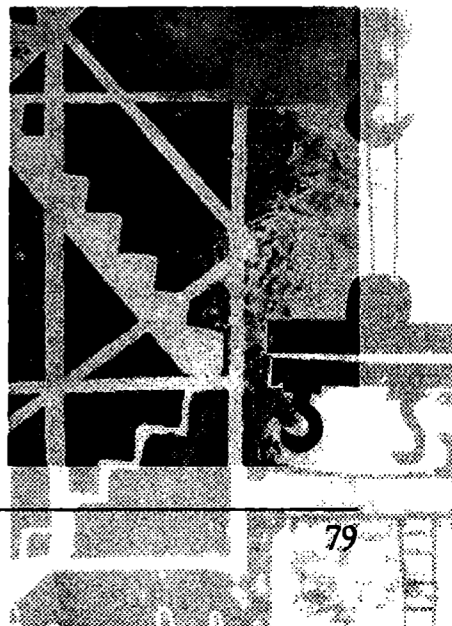
Claudio Katz

El ensayo de Brenner,¹ que apareció en 1998 en el clima de colapso económico creado por la crisis asiática, tuvo una repercusión inusual en la prensa internacional. Precedido por un desmesurado elogio de sus editores de la *New Left Review* ("Marx ha encontrado su sucesor"), el texto precipitó un "segundo debate Brenner" que continúa la controversia historiográfica protagonizada por el mismo autor en los años 80. En esa discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo, Brenner remarcó la importancia de las relaciones de producción y la gravitación de la lucha de clases frente a interpretaciones crudamente estructuralistas o unilateralmente demográficas y comerciales de ese proceso.

El ensayo actual contiene una teoría de la crisis, de las características del capitalismo contemporáneo y una opinión sobre la coyuntura económica internacional. En los tres planos aparecen observaciones originales, apoyadas en sólidos fundamentos empíricos. Los debates que ha generado revitalizan las categorías marxistas, relegadas por el auge actual de nociones keynesianas y regulacionistas. En vez de polemizar en torno a modelos, formas de acumulación o gestiones monetarias se discute sobre el valor, la tasa de ganancia y la irracionalidad del mercado.

Las tesis de Brenner

Para el historiador Brenner el capitalismo es un sistema económico carente de planificación y sometido a crisis de sobreproducción, que son provocadas por la compulsión competitiva a reducir costos. Plantea esta teoría de la crisis frente a la tesis del "estrangulamiento del beneficio por la lucha obrera" (*profit squeeze*) y en oposición a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (que atribuye esta declinación al aumento de la



composición orgánica del capital, es decir el incremento de la proporción de inversión en maquinaria en comparación al costo de la mano de obra). Estima que la primer interpretación omite la existencia de numerosos procesos compensatorios del aumento salarial (innovación, movilidad de los capitales, inmigración) y sugiere que el segundo enfoque es erróneo y ultra-determinista.

Para Brenner la falta de coordinación que impone la competencia es la verdadera causa de la crisis y considera que las depresiones se potencian cuando las plantas y equipos envejecidos subsisten sin destruirse en proporción a su depreciación. Evalúa que esta permanencia de capitales fijos obsoletos se ha vuelto muy común porque las empresas con grandes inversiones y estrechas relaciones técnicas con sus proveedores no pueden afrontar la velocidad del cambio tecnológico, el desgaste anticipado de sus equipos o el cambio de sector. Se mantienen en el mercado soportando menores tasas de ganancias y provocando el incontrolable aumento de la sobreproducción. A escala internacional, las economías más afectadas por esta dificultad para financiar la amortización adelantada de los equipos tienden a perder posiciones frente a los países que producen con menores costos.

Brenner señala que la competencia mundial entraña serias desventajas para el imperialismo que "llegó primero" porque sus seguidores aprovechan la imitación tecnológica, el menor costo salarial y la ausencia de los gastos militares. Las potencias que emergen afianzan su especialización exportadora y refuerzan la protección de sus mercados internos para desafiar al líder. Siguiendo este patrón de desarrollo desigual entre países avanzados, Brenner explica los cambios de hegemonía en las dos etapas en que divide al capitalismo contemporáneo: el boom de posguerra y el estancamiento posterior. Estima que entre 1945 y 1965, Estados Unidos encabezó el crecimiento pero perdiendo su preponderancia absoluta frente a Japón y Alemania. Entre 1965 y 1979 estos países socavaron el liderazgo norteamericano pero la rivalidad derivó en sobreproducción general y la posterior irrupción de las economías del sudeste asiático sólo ha multiplicado el excedente de mercancías.

Brenner² estima que en las últimas dos décadas la política monetaria se ha convertido en el principal instrumento de la batalla comercial. A través de una drástica devaluación del dólar (40% frente al marco, 60 % frente al yen) y una reducción de los costos salariales (suba del 0,5 % anual frente al 3% de Alemania y 2,9 % de Japón), Estados Unidos recuperó terreno entre y 1985 y 1995 mejoró su rentabilidad. En su análisis más reciente considera que el repunte norteamericano se apoya en el aumento de la productividad y en el saneamiento del sistema financiero que acompañó al gran atro-

pello contra las conquistas sociales. Pero Brenner³ interpreta que esta reactivación es frágil, ya que ningún indicador de esta recuperación alcanza los promedios de posguerra. La recuperación se sostuvo primero en el desplazamiento de competidores (dólar barato entre 1995-98) y posteriormente en la afluencia de capitales externos para financiar el consumo y la especulación bursátil (dólar alto entre 1998 y 2000).

Aunque Brenner abandonó su tesis inicial de una declinación industrial norteamericana en favor del sector financiero⁴ sugiere que el endeudamiento comercial y la burbuja financiera norteamericanos desembocarán en un largo estancamiento, semejante al padecido por Japón desde principios del 90.⁵ Considera que la crisis asiática desencadenó una recesión generalizada, equivalente fuera de Estados Unidos y Europa a la situación de los años 30 y que será muy difícil de contrarrestar. Afirma que la intensidad de esta crisis es paralela al extraordinario nivel alcanzado por la sobreproducción.

Competencia, sobreproducción y obsolescencia

Brenner desarrolla su enfoque de la “crisis por sobre-competencia” en oposición a la teoría del capital monopolista que postula la atenuación de la concurrencia en el capitalismo contemporáneo. Por eso un defensor de esta tesis⁶ le cuestiona su omisión del control oligopólico que ejercen las corporaciones sobre el proceso productivo. Pero Brenner subraya correctamente el carácter temporario de esta manipulación y brinda evidencias empíricas de la transitoriedad que tuvo la “administración de los precios” en la economía norteamericana durante los años 50. Demuestra que el manejo discrecional de los mercados y productos fue severamente erosionado por la concurrencia japonesa y alemana, pero además destaca que la vigencia de la concurrencia es una condición del funcionamiento del capital y una causa de su crisis. Prueba que si la expansión de la producción tiende a desbordar los límites del mercado es porque la compulsión competitiva erosiona las concertaciones oligopólicas.

Pero la vinculación directa entre competencia y caída de la tasa de ganancia que establece Brenner es insuficiente, porque si bien a través de la concurrencia se consuman todos los procesos del capital (especialmente la redistribución del beneficio entre los distintos sectores empresarios), esta competencia no es la causa de la declinación general del lucro. Adam Smith postuló esta explicación y Marx la refutó, demostrando que la concurrencia provoca solo recesiones temporales y sectoriales.⁷

Los desajustes derivados de la ausencia de coordinación que analiza Brenner fueron estudiados por varios marxistas a principios del siglo XX (Tu-

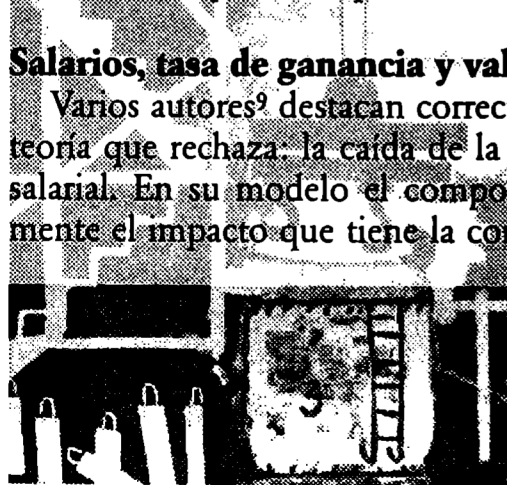
gan, Hilferding, Bujarin) bajo la denominación de crisis de desproporcionalidad. Estos desequilibrios obedecen a la falta de correspondencia entre la oferta y la demanda sectoriales (por ejemplo, entre bienes de producción y bienes de consumo) y no desembocan en la depresión de largo plazo que se indaga en la *"Turbulencia de la economía global"*. La anarquía de la producción expresa una contradicción que explica las razones últimas de todos los desajustes del mercado o los desequilibrios sectoriales específicos, pero no es la causa concreta de las crisis generales.

Brenner remarca acertadamente que la subsistencia de capitales fijos obsoletos potencia la sobreproducción y al mencionar esta perdurabilidad resalta un rasgo del capitalismo contemporáneo: el rescate estatal de las empresas en quiebra y la socialización de sus pérdidas. Sin embargo este salvataje no elimina la "depreciación moral" de las plantas y los equipos envejecidos que impone la competencia porque ningún capitalista espera renovar la maquinaria al final de su vida útil y por eso la amortización anticipada es considerada un dato previo de la inversión. Además, el stock de capital nunca es homogéneo, sino que contiene variadas "cosechas" que se renuevan en distintos tiempos y de manera parcial. Este proceso —tradicionalmente conceptualizado como fundamento de la teoría del ciclo— no ha desaparecido.⁸

Brenner exagera el efecto de la obsolescencia del capital fijo al omitir que la competencia mantiene en pie el proceso depurador de los capitales. Mientras que por un lado considera que la competencia es el motor central de la crisis, por otra parte relativiza su impacto desvalorizador de los capitales envejecidos. Rechaza el estancacionismo de los teóricos del capital monopolista pero acepta su diagnóstico de un límite estructural a los efectos de la competencia, por lo menos en el plano del capital fijo.

Salarios, tasa de ganancia y valor

Varios autores⁹ destacan correctamente que Brenner se desliza hacia una teoría que rechaza: la caída de la tasa de ganancia por efecto del aumento salarial. En su modelo el comportamiento del salario determina efectivamente el impacto que tiene la competencia sobre el beneficio, porque este último declina sólo cuando la competencia genera —en cierto país o sector— mayores costos salariales. Por ejemplo, para explicar la recuperación de la tasa de ganancia norteamericana en 1985-95 asigna un papel central al retraso de los

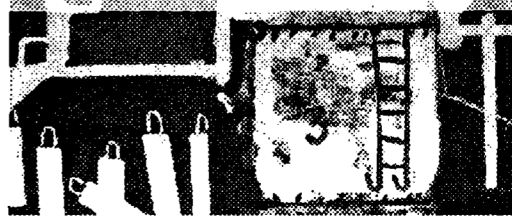


aumentos salariales en ese país frente a Alemania y Japón. Pero Brenner mismo indica varias veces porqué la explicación salarial es incorrecta. Esta interpretación solo esclarece los vaivenes de la rentabilidad en el corto plazo o en los sectores empresarios “mano de obra intensivos”, pero no es la causa de una declinación de la tasa de ganancias de varias décadas.

Para comprender este proceso hay que recurrir a un principio que Brenner considera “fundamentalista” y “malthussiano”: la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (TDTG). Sus calificativos críticos podrían quizás aplicarse a las versiones más burdas de esta teoría, pero no a sus formulaciones contemporáneas. En estas visiones (Dumenil-Levy, Mandel) la declinación de la tasa de ganancia nunca es derivada automáticamente del aumento de la composición orgánica del capital, sino de la convergencia de este proceso con el conjunto de las fuerzas que inciden sobre el proceso de valorización. Esta teoría es indispensable para conectar las tendencias de la acumulación en el largo plazo con la acción concreta de la competencia y para evitar explicaciones circulares de la sobreproducción por la propia sobreproducción.

Lo sorprendente es que Brenner no se opone a la ley de Marx defendiendo la teoría de la crisis tradicionalmente opuesta y basada en la contracción del consumo y además, coloca la caída de la tasa de ganancia en el centro de su análisis. Por eso, en realidad describe esta declinación de forma bastante análoga a la TDTG, aunque sin conceptualizarla en sus términos. Le asigna al incremento del capital fijo un efecto semejante al aumento de la composición orgánica del capital y su presentación de la perdurabilidad de los capitales fijos obsoletos se parece bastante a una fracasada acción de la principal fuerza contrarrestante de la ley (el abaratamiento del capital constante). Esta familiaridad es percibida por quienes subrayan la compatibilidad del enfoque de Brenner con este principio.¹⁰ Pero el rechazo de la TDTG elimina todos los nexos analíticos que se necesitan para explicar porqué la ausencia de coordinación desemboca en crisis generales.

Gran parte de las dificultades del análisis de Brenner provienen de su postura dubitativa frente a la teoría marxista del valor. Afirma que defiende la explicación del comportamiento de los precios en función del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías, pero al mismo tiempo reivindica los enfoques más hostiles a esta caracterización (por ejemplo, el teorema de Okishio). Esta vacilación le impide explicar por-



qué la “ceguera del mercado” es en última instancia un resultado de la regulación desequilibrada de los precios que impone la acción de la ley del valor.

Al demostrar que la crisis surge del movimiento intrínseco de la acumulación y no de gestiones monetarias inoportunas o de políticas económicas desacertadas, Brenner recupera la crítica radical al capitalismo. Pero al mantenerse en la esfera superficial de la competencia no logra formular una teoría de la crisis y por eso recurre a las explicaciones sustitutivas (*profit squeeze*, tipo de cambio) que objeta en su presentación teórica.

Enfoque “vertical” y “horizontal”: una falsa oposición

Algunos autores¹¹ estiman que Brenner reemplaza el antagonismo entre el capital y el trabajo (conflicto vertical) por la confrontación competitiva entre capitalistas (disputa horizontal). Plantean que sustituye el análisis de la explotación por el estudio del fenómeno secundario de la competencia, atribuyendo únicamente a los empresarios un papel relevante en el proceso económico. Brenner rechaza esta acusación y afirma que tampoco sus críticos incorporan la lucha social en sus teorías económicas. Señala que la relación capital-trabajo es un presupuesto común de todas las interpretaciones marxistas, que no alcanza para investigar cómo la competencia determina el curso de la acumulación y la crisis. También destaca que históricamente las relaciones “mercado-dependientes” aparecieron antes de la proletarianización (y podrían eventualmente reproducirse en situaciones transitorias de “socialismo de mercado”), lo que permite analizarlas con cierta autonomía de la relación salarial.¹²

Al poner de relieve que el estudio del capitalismo exige investigar objetivamente las leyes económicas, esta defensa metodológica es correcta porque además recuerda que el presupuesto de la explotación está claramente incluido en el enfoque de Brenner. La dinámica de la acumulación debe indagarse a un nivel de abstracción diferente a la confrontación clasista, teniendo en cuenta que si bien el capitalismo se asienta en la extracción de plusvalía, su evolución no depende exclusivamente de esta expropiación. Si se reducen todas las apreciaciones económicas a evaluar el estado de la lucha de clases, no se puede zanjar ninguna discusión sobre la tasa de ganancia, la realización del valor o la desproporcionalidad. El antagonismo entre explotadores y explotados es una condición necesaria pero no suficiente del análisis marxista.

Aunque Brenner no “fetichiza la competencia”, su relato diluye la incidencia de la acción de los trabajadores y omite caracterizar los grandes

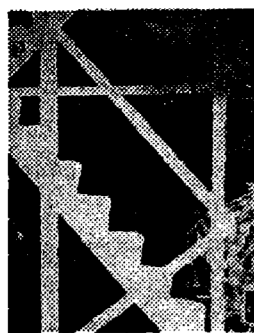
el aborto de la revolución social europea, el macartismo en Estados Unidos o el disciplinamiento de la clase obrera japonesa no tienen influencia sobre el crecimiento de posguerra. Tampoco gravitan sobre el movimiento porcentual del beneficio las rebeliones de los 70 y la contraofensiva patronal de los 80. Ni siquiera se considera que el colapso de la Unión Soviética y la restauración capitalista del Este europeo constituyen elementos significativos del contexto económico actual.

Se podría suponer que en el ensayo de Brenner está implícita una derrota histórica de los trabajadores.¹³ Pero esta caracterización es incorrecta, porque la clase obrera no desapareció del escenario de los países centrales en la posguerra y fue protagonista de las sublevaciones que indujeron el giro contemporáneo del capital hacia el neoliberalismo. En realidad, el enfoque de Brenner tiene rasgos economicistas cuando se concentra únicamente en el análisis del comportamiento del beneficio, los salarios y la inflación. Para caracterizar las etapas de este sistema hay que integrar el análisis “vertical” y “horizontal”, precisando como influyen los triunfos y las derrotas estratégicas de las clases dominantes y dominadas sobre las principales variables económicas.

“Desventaja del primero”, imperialismo y mundialización

Brenner combina su “teoría de la sobre-competencia” con un modelo historiográfico que asigna a las potencias seguidoras la posibilidad de usufructuar de los beneficios ya costeados por el líder. Por eso contrasta los avances de Japón y Alemania en los 60 (reducción de costos y aumento de la productividad) con el reacomodamiento coyuntural de Estados Unidos en los 80 (devaluación del dólar para aumentar exportaciones y manejo financiero para atraer capitales extranjeros).

Este enfoque tiene cierta semejanza con la teoría del *catch up* que postulan los autores sistémicos (Wallerstein, Braudel, Arrighi) porque si bien la tesis de Brenner se basa en la teoría marxista del desarrollo desigual y combinado, carece de la dimensión dialéctica de esta concepción.¹⁴ Al suponer que los seguidores aprovechan las realizaciones de la potencia inicial ignora que “llegar primero” no sólo entraña costos. También brinda mayores posibilidades de recuperación hegemónica. No es fácil para las potencias retrasadas compensar las ventajas logradas por el imperialismo que se adelantó en el plano geográfico y militar. Por eso Alemania y Japón encontraron un techo a su avance de las últimas décadas, mientras Estados Unidos retomó la iniciativa en el plano de la inversión y la productividad a partir de su primacía político-militar.



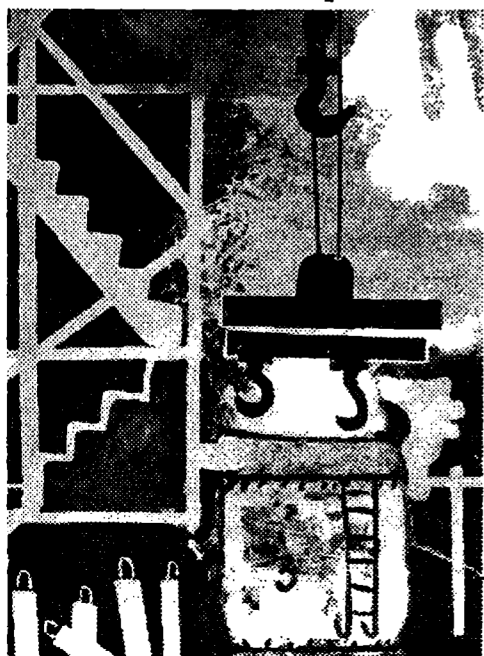
Los errores de Brenner obedecen, en parte, a la escasa importancia que le asigna a la noción de imperialismo. Relega por completo del análisis las relaciones centro-periferia y por ello no capta la importancia que ha tenido la supremacía imperialista en el resurgimiento norteamericano. Omite que Estados Unidos ha sido el principal beneficiario del proceso de recolonización de América Latina, África y parte de Asia, porque "al llegar primero" logró ventajas para usufructuar en mayor medida de la explotación de los mercados cautivos, las materias primas baratas y la fuerza de trabajo sometida.

Brenner tampoco asigna importancia al proceso de mundialización. Mantiene un esquema clásico de rivalidad inter-imperialista (aunque centrado en la competencia de costos y no en la conquista de mercados y regiones), cuando es evidente que la confrontación comercial desde la posguerra es cualitativamente diferente al choque bélico del período precedente. Plantear una teoría de la crisis exclusivamente centrada en la competencia implica ignorar que la disputa inter-imperialista no tiene la dimensión del pasado, porque es mayor el entrelazamiento y los intereses comunes entre los concurrentes.

Brenner tampoco registra la nueva gravitación que tienen las empresas transnacionales, la mayor movilidad internacional del capital, ni el cuadro de concertación que se ha establecido en torno a los organismos internacionales. Enfatiza un aspecto de la confrontación comercial-cambiaria, sin notar que a través de los "acuerdos y contra-acuerdos Plaza" Estados Unidos no sólo impuso sus intereses exportadores, sino también los mecanis-

mos para financiar su reorganización industrial. Y pudo aprovechar este privilegio porque detenta la hegemonía imperialista, en el marco de una mayor internacionalización del capital.

Brenner no aborda esta problemática desde una perspectiva histórica, porque carece de una teoría de la periodización histórica del capitalismo. A diferencia por ejemplo de Mandel, no contextualiza la competencia inter-imperialista en la dinámica del capitalismo tardío, ni combina las contradicciones "endógenas" de la reproducción del capital con el impacto "exógeno" de la lucha de clases. Por eso dedu-



ce rudimentariamente la tasa de ganancia de la concurrencia, en lugar de interpretarla como un producto complejo de todas las fuerzas económico-políticas en juego. Su modelo de rivalidad competitiva está muy focalizado en el análisis del pasado y no brinda pistas para evaluar la dinámica futura del capitalismo.



Las transformaciones de la etapa

La tesis central de la *"Economía de la turbulencia global"* es la caída de la tasa de beneficio como consecuencia de la sobreproducción. Sin embargo, en los textos más recientes Brenner estimó que entre 1986 y 1995 la tasa de ganancia en Estados Unidos se incrementó un 65 %. Este cambio no es un dato menor, porque en lugar de discutir las razones de la caída de esa variable correspondería analizar por qué este indicador se ha recompuesto.¹⁵

Brenner explica esta recuperación por la capacidad de Estados Unidos para imponer políticas cambiarias que deterioran la competitividad de sus rivales. Pero por otra parte, acepta que la mejora de la rentabilidad no ha sido un fenómeno coyuntural y monetario, sino que se nutre de fuertes avances en la inversión y la productividad. Por lo tanto, no es un acontecimiento de corto plazo como evaluó inicialmente. Si se comparan los artículos que escribió en 1995, 1998 y 2000 sus cambios de opinión en este terreno son muy perceptibles.

Brenner también moderó su impresión negativa de las transformaciones tecnológicas. Mientras que al principio rechazaba enfáticamente el impacto revolucionario de las nuevas tecnologías de la información, luego ha tendido a aceptar que la recuperación económica norteamericana obedece en cierta medida a la aplicación de la informática a los procesos industriales. Como ocurre con muchos marxistas que polemizan con las fantasías de "la nueva economía digital", Brenner se limita a refutar los mitos "cyber-optimistas" sin indagar la dimensión objetiva de la revolución informática. No acepta, por ejemplo, la noción de revolución tecnológica, ni compara el cambio actual con los antecedentes del vapor o la electricidad.

Brenner supone que una nueva fase de crecimiento sólo podría emerger luego de una desvalorización masiva del capital comparable a la ocurrida durante 1914-45. Pero este curso de los acontecimientos no es la única opción abierta. Fue la alternativa predominante durante la primera mitad del siglo XX, pero no la secuencia prevaleciente durante la "belle époque" de 1890-1910. En el rígido esquema de "sobreproducción exacerbada por la

obsolescencia del capital fijo” solo se contempla la primer alternativa, mediante un razonamiento en términos de “estallido o no estallido de una depresión tipo 1929”.¹⁶

Este abordaje no permite registrar el proceso combinado de reestructuración y crisis del capital que se viene consumando en la última década y que explica más claramente la recuperación de la tasa de ganancia norteamericana, a partir del repunte de la inversión y la productividad que siguió al aumento de la explotación, al debilitamiento de los sindicatos y a la mayor movilidad internacional del capital. Estas transformaciones no mantienen inmovilizados a los capitales fijos, sino que han viabilizado importantes depuraciones de capital a través de crisis que impactaron más a las economías que retroceden (Japón, cierta parte de Europa) que al principal centro imperialista (Estados Unidos) o a las naciones que aumentan su presencia en el mercado mundial (China). El efecto devastador de este proceso se ha concentrado más claramente en la periferia (Latinoamérica, África, la mayor parte de Asia, los “ex países socialistas”).

La mirada de Brenner no capta la complejidad y diversidad de la reestructuración del capital en curso. Su acierto radica en indicar, que a diferencia de la posguerra esta transformación aumenta la fractura social en las naciones que prosperan y multiplica la degradación de los países que retroceden.

Oscilaciones teóricas y diagnóstico de la coyuntura

Del análisis inicial centrado en el carácter explosivo y generalizado de la coyuntura económica internacional que planteó en su ensayo, Brenner ha pasado en sus textos más recientes a una visión focalizada en la dificultad de Estados Unidos para procesar el fin del ciclo reactivante. Las contradicciones acumuladas luego del período de dólar caro, endeudamiento artificial e hiperconsumo (1995-99) que siguió a la etapa anterior de recuperación a costa de los rivales de Europa y Japón (1985-95), obligan a un nuevo giro hacia el dólar barato y el auge exportador. Brenner calcula que esta readaptación puede desencadenar una larga recesión semejante a la padecida por Japón desde principios de los 90, pero también plantea que el cambio puede concretarse sin grandes conmociones. Su diagnóstico reproduce la discusión actual en torno al “aterrizaje suave o forzoso” de la economía norteamericana que es el punto clave del momento porque la forma de esta desaceleración definirá la coyuntura y también el relanzamiento o recaída de Europa y Japón.

Pero en cualquier alternativa es muy probable que el retroceso de los países periféricos se mantenga como el eslabón más débil del circuito finan-

ciero internacional. En la última década las crisis no han tendido a generalizarse sino a profundizar la fractura polarizante del mercado mundial. Este rasgo ha sido predominante desde el colapso de la deuda latinoamericana en 1982 y se verificó en el tequila mexicano del 85 y en la cesación de pagos pospuesta de Rusia, Brasil y Argentina en 1999-2000. Esta localización de la crisis se acentúa en las naciones que soportan mayores derrumbes del precio de sus materias primas o frenéticas huidas del capital hacia las inversiones más seguras del centro.

El enfoque de Brenner no destaca este rumbo dualizante de la crisis porque se mantiene pendiente de una generalización al estilo 1930, sin notar que incluso el severo descalabro asiático de 1997-98 no irradió —como podría imaginarse— a los grandes países imperialistas. La crisis presenta un carácter fracturado y desigual que no encaja dentro del modelo tradicional de depresión global que con muchas oscilaciones postula Brenner.

Su punto de partida centrado en la sobreproducción constituye un logro porque evita la típica descripción de conspiraciones financieras y deduce el sobredimensionamiento bursátil del excedente de mercancías. Se puede objetar que desconsidera el papel del crédito y que no toma en cuenta las transformaciones registradas en el sector financiero. Pero frente al abrumador predominio de interpretaciones simplistas centradas en la especulación y el “casino bursátil”, la tesis de Brenner subraya adecuadamente que el origen de los desequilibrios actuales se encuentra en el funcionamiento anárquico del capital. Y a diferencia de muchos marxistas que se limitan a reconocer que el parasitismo financiero es un resultado de la sobreproducción para luego estudiar exclusivamente los problemas de los bancos, Brenner se toma en serio el principio de indagar en primer término las contradicciones del proceso productivo.

Su gran defecto es convertir un punto de partida adecuado en el único eje del análisis. Al deducir directamente la evolución de la tasa de ganancia de la competencia ignora dos elementos claves: la evolución de la composición orgánica en los países centrales y el comportamiento del poder adquisitivo en los países periféricos. La primer omisión le impide diferenciar las tendencias de corto y largo plazo de la tasa de ganancia y formular un diagnóstico claro de la etapa. El segundo olvido elimina de su enfoque el impacto negativo de los ajustes neoliberales sobre la demanda en los países dependientes, que han sufrido un proceso de empobrecimiento y contracción de mercados sin precedentes.

La insuficiencia del enfoque de Brenner se evidencia en su constante aproximación hacia otras teorías basadas en el comportamiento del salario

o la política cambiaria. Se desliza permanentemente de una tesis marxista muy general —la sobreproducción por la anarquía competitiva— al análisis macroeconómico de la política monetaria y fiscal. Como además, la lucha de clases está presente sólo como un presupuesto muy general, no introduce ninguna referencia al impacto que tiene la acción de los trabajadores sobre el signo de la coyuntura. No menciona, por ejemplo, las consecuencias económicas de la reanimación de la batalla social en Europa desde 1995, ni la revitalización posterior de la acción sindical en Estados Unidos. Tampoco alude a las rebeliones de la periferia o las movilizaciones internacionalistas de los últimos años.

El enfoque de Brenner es ambiguo. Cuestiona el estancacionismo, pero define un agotamiento económico estructural desde la mitad de los 70, alerta contra el catastrofismo pero se mantiene fiel a un diagnóstico de colapso semejante al 30, critica el keynesianismo-cortoplacista, pero se concentra en la observación de los movimientos coyunturales.

Metodología e implicancias políticas

Brenner recibió críticas metodológicas radicalmente opuestas. Algunos autores¹⁷ le objetan la ausencia de microfundamentación para explicar la conducta de los capitalistas. Pero otros (Lebowitz) lo acusan de afinidad con el individualismo metodológico y abandono del enfoque holista propio del marxismo. De estas dos críticas la segunda tiene ciertos fundamentos, porque se puede asociar su excesivo énfasis en la competencia con alguna afinidad con el marxismo analítico.

Sobre Brenner han recaído, además, críticas opuestas por su visión del análisis económico. Algunos (Laibman) cuestionan su carencia de rigor formal y sistematización cuantitativa, pero otros objetan su abandono del análisis de la lucha social tan presente en su enfoque historiográfico.¹⁸ También aquí es más negativa esta última desatención que la ausencia de modelización. Brenner evita la tendencia de muchos economistas críticos a adaptar su forma de análisis a los cánones impuestos por el *mainstream* y su excelente incursión como historiador en la economía reafirma que los marxistas detentan una gran capacidad para reunificar el pensamiento en las ciencias sociales. A su ensayo no le faltan formalizaciones, sino caracterizaciones políticas de la correlación de fuerzas entre las clases sociales.

Otro debate gira en torno a las consecuencias políticas de su interpretación, ya que por centrar su análisis en la competencia se podría deducir que postula atemperar los desequilibrios del capitalismo con medidas reformistas de control. Por eso se lo acusa de proponer estas regulaciones atentando con-

tra la acción solidaria y unificada de los trabajadores.¹⁹ Pero se podría formular esta misma crítica contra cualquier concepción marxista si se interpreta, por ejemplo, que los defensores del sub-consumo solo plantean mejorar el poder adquisitivo, o que los teóricos de la crisis de valorización solo pretenden recomponer la tasa de ganancia abaratando el capital constante, reduciendo los gastos improductivos o ampliando la economía armamentista.

Acusar a Brenner de reformismo es una simplificación inadmisible, porque nunca defiende la “competencia sana” contra la “competencia coercitiva” ni propone regularla. El eje de su texto es el cuestionamiento del capitalismo y la denuncia de la sobreproducción, en un momento de grandes ilusiones en las virtudes de la competencia. Los errores de Brenner no reducen el acierto de su crítica ni anulan su saludable intención socialista.

Febrero 2001

claudiok@arnet.com.ar

Otros textos del debate

Camejo, Peter. “On Brenner’s theory of crisis”, *Against the current*, n° 80, may-june 1999.

Durand, Maxime. “The economics of global turbulence”. *Imprecor*, n° 429, noviembre 1998, París.

Goldner, Loren. “A reply to Robert Brenner”, *Against the current*, n° 80, may-june 1999.

Ticktin, Hillel. “Accumulation and control or labor”, *Against the current*, n° 79, march/april 1999

Carchedi, Guiglielmo. “A missed opportunity: orthodox versus marxist crisis theories” *Historical Materialism*, n° 4, summer 1999.

Crotty, J. “Structural contradictions of the global neoliberal regime”. *Review of Radical Political Economics*, vol 32, n° 3, september 2000.

Freeman Alan. “Crisis and the poverty of nations”. *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999.

Harman Chirs. “Footnotes and fallacies. A comment on Brenner’s”. *Historical Materialism*, n° 4, summer 1999.

Mc Nally David. “Turbulence in the world economy”. *Monthly Review*, n° 2, vol 51, june 1999.

Shaik Anwar. “Explaining the global economic crisis” *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999.

Smith Murray. "The necessity of value theory". *Historical Materialism*, n° 4, summer 1999.

Weeks John. "Surfing the troubled waters of global turbulence" *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999.

Notas

¹ Brenner, Robert. "The economics of global turbulence". *New Left Review* 229, may-june 1998, London.

² Brenner, Robert. "The looming crisis of world capitalism". *Against the Current* n° 77, november/december 1998. Traducción en *Cuadernos del Sur*, n° 28, mayo 1999, Buenos Aires.

³ Brenner, Robert. "Competition and class: a reply to Foster and McNally". *Monthly Review*, vol 51, n° 7, december 1999, New York.

⁴ Brenner, Robert. "The politics of U.S. decline". *Against the Current*, september-october 1995, Detroit.

⁵ Brenner, Robert "The boom and the booble", *New Left Review*, n° 6, december 2000.

⁶ Foster, John Bellamy. "Is overcompetition the problem?". *Monthly Review*, n° 2, vol 51, june 1999.

⁷ Malloy y Post retoman esta crítica demostrando además, que la movilidad del capital contrarresta los desequilibrios parciales. Malloy, Mary, Post Charlie. "A reply to Robert Brenner" *Against the current*, n° 79, March/ April 1999. También: Malloy, Mary. On Brenner's politics os U.S. decline". *Against the Current*, July-august 1995.

⁸ Estos procesos son acertadamente subrayados por Clarke y Laibman. Clarke, Simon. "Capitalist competition and the tendency to overproduction". *Historical Materialism* n° 4, summer 1999, London. Laibman, David. "Perspectives on Brenner". *Historical Materialism* n° 4, summer 1999.

⁹ Especialmente Dumenil-Levy y Moseley. Duménil, Gérard; Lévy, Dominique. "Brenner on distribution". *Historical Materialism* n° 4, summer 1999. Moseley, Fred. "The decline of the rate of profit. Due to incresed competition or increased unproductive labour?", *Historical Materialism* n° 4, summer 1999.

¹⁰ Smith, Tony. "Brenner and crisis theory": Issues in systematic and historical dialectics" *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999.

¹¹ Especialmente Lebowitz, Michael. "In Brenner, evrything is reversed". *Historical Materialism*, n° 4, summer 1999 y Bonefeld, Werner. "Notes on competition, crises and class". *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999.

¹² Wood también sostiene estos argumentos a favor de Brenner. Wood, Meiksins Ellen. "Horizontal relations: a note on Brenner's theory", *Historical Materialism*, n° 4, summer 1999. También: Wood, Meiskins Ellen. "The politics of capitalism". *Monthly Review*, vol 51, n° 4, september 1999.

¹³ Walker plantea esta interpretación y Gindin puntualiza una crítica muy correcta a la omisión de la lucha social que caracteriza al ensayo de Brenner. Walker, Richard. "Capitalism's recurrent self-criticism: an evaluation of Bob Brenner's global turbulence" *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999. También: Walker, Richard. "Capital's global turbulence". *Against the current*, n° 78, january-february 1999. Gindin, Sam. "Turning points and starting points: Brenner, left turbulence and class politics", *Socialist Register*, 2001.

¹⁴ Callinicos remarca este punto. Callinicos, Alex. "Capitalism, competition and profits". *His-*

torical Materialism, n° 4, summer 1999. También: Callinicos, Alex. "El mundo capitalista ante el abismo". *Razón y revolución*, n° 5, otoño 1999, Buenos Aires.

¹⁵ Husson plantea esta óptica crítica y además calcula que la tasa de ganancia se recompuso entre 1981-82 hasta la actualidad en un 43% en Estados Unidos y en un 32% en Europa a partir de 1981-82. Husson, Michel. "Riding the long wave". *Historical Materialism*, n° 5, winter 1999.

¹⁶ Plantean esta crítica: Hossein Zadeh, Ismael; Gabb, Anthony, "Making sense of the current expansion of the US Economy. A long wave approach and a critique", *Review of Radical Political Economics*, vol 32, n° 3, september 2000.

¹⁷ Laibman, David. "Global turbulences and capitalist crisis" *Science and Society*, vol 63, n° 1, spring 1999, New York.

¹⁸ Esta es la opinión de Fine, Ben; Lapavistas, Costas; Milonakis, Dimitris. "Adressing the world economy: two steps back". *Capital and class*, n° 67, spring 1999, London.

¹⁹ Esta es la crítica de Kilmister Andy. "Simply wrong", *Socialist Outlook*, n° 20, 1999.

Competencia, lucha de clases y crisis. Acerca del nuevo debate Brenner

Alberto Bonnet

Introducción

La publicación de *The economics of global turbulence* a mediados de 1998 constituyó un acontecimiento intelectual importante.¹ Esto respondió a dos razones. Por una parte, este trabajo de Brenner constituye un ambicioso estudio de la evolución de la economía mundial de posguerra y de su crisis, caracterizado por su indiscutible calidad y profundidad intelectuales. Por otra parte, y debido a esa misma característica, el texto suscitó una amplia polémica entre los principales intelectuales marxistas –en particular, los anglosajones– de nuestros días. Bienvenidas sean ambas cosas que evidencian, dicho sea de paso, la continuada vitalidad del pensamiento marxista.

En este artículo analizaremos las principales líneas argumentativas de Brenner, poniendo especial énfasis en una serie de aspectos teóricos de sus explicaciones acerca de la dinámica de la economía de posguerra y haciendo referencias al debate suscitado en torno de las mismas. Para ordenar nuestra exposición aislaremos cada uno de esos aspectos teóricos importantes, aunque en el estudio de Brenner inevitablemente se encuentren entremezclados, y los analizaremos críticamente uno por uno.

La hipótesis general que Brenner propone para explicar esa dinámica capitalista de posguerra puede sintetizarse en su siguiente afirmación: “ofrezco una aproximación alternativa que toma como su punto de partida la naturaleza *no planificada, no coordinada y competitiva* de la producción capitalista, y en particular la indiferencia de los inversores individuales respecto de, y la incapacidad de tener en cuenta, los efectos de su propia búsqueda de ganancias sobre la rentabilidad de otros productores y de la economía en su conjunto”.² Esta presentación de su hipótesis indica ya dónde sitúa Brenner el eje de su explicación de la crisis del capitalismo de posguerra. “Desde este punto de vista –agrega–, la caída en la rentabilidad *agregada* que fue responsable del largo declive no fue tanto el resultado de un estrangulamiento vertical autónomo del capital por el trabajo, como de la sobrecapacidad y sobre-

producción (*overcapacity and overproduction*) resultantes de la intensificada competencia horizontal inter-capitalista” (pág.8, subrayados del autor).

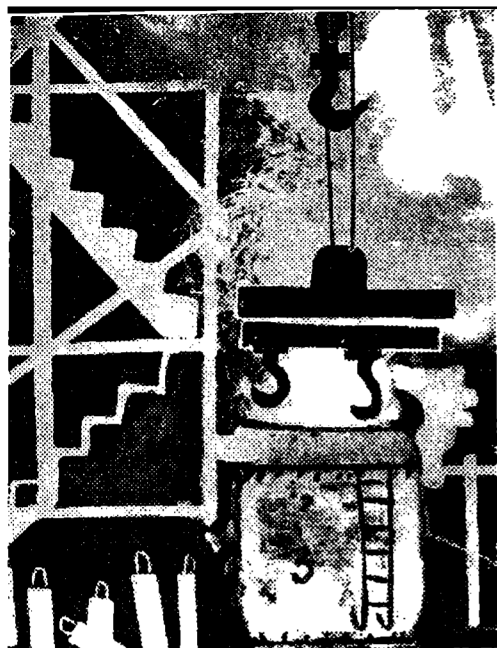
El antagonismo dominante

El eje de la explicación de Brenner es, en efecto, la competencia “horizontal” entre capitales antes que el antagonismo “vertical” entre capital y trabajo. A la adopción de este eje de interpretación es ya inherente el hecho de que su objetivo principal de polémica sean las distintas teorías que interpretan la crisis desde las condiciones de la oferta (*supply-side explanations*, las denomina Brenner genéricamente) y, aunque de manera secundaria, de que deba diferenciarse asimismo de las explicaciones marxistas más tradicionales de la crisis (la *fundamentalist marxist theory*). Detengámonos en este punto para comenzar.

Brenner califica como “malthusianas” a ambas teorías mencionadas. Argumenta que sus énfasis en el decrecimiento de la productividad derivaría de la idea malthusiana-ricardiana de que las crisis características del capitalismo responden a una decreciente productividad del trabajo. Brenner se refiere, naturalmente, a las perspectivas para la acumulación capitalista que Ricardo –antes que Malthus mismo– derivara de su teoría de la renta. Es interesante advertir que acaso sea éste el único punto dónde este estudio de Brenner remite a la problemática de sus investigaciones previas acerca de la transición del feudalismo al capitalismo: mientras que las crisis precapitalistas serían crisis de subproducción, afirma, las capitalistas serían crisis de sobreproducción.³

Pero examinemos esas diferencias más de cerca. Las explicaciones marxistas tradicionales mencionadas por Brenner son las asociadas a la idea de una caída en la tasa media de ganancia derivada del aumento de la composición orgánica del capital (Brenner remite a A. Shaikh). La objeción de Brenner a esta explicación no consiste, en realidad, sino en una rápida recuperación de las objeciones a la misma formuladas por el marxismo analítico (remite a N. Okishio y J. Roemer). Poco es lo que aporta Brenner en este punto.⁴

Las explicaciones de la crisis desde las condiciones de la oferta en cuya crítica se concentra Brenner son, por su parte, las asociadas a la idea de un estrangulamiento de las ganancias derivado de un aumento del salario real a tasas superiores a las tasas de aumento de la productividad del trabajo, en un marco de relaciones de fuerza favorable a la clase trabajadora, normalmente derivado del pleno empleo. Mientras A. Glyn y B. Sutcliffe de la escuela del *profit squeeze* serían los exponentes puros de este enfoque, Brenner



lo hace extensivo a los análisis de las contradicciones del keynesianismo de las escuelas de las *estructuras sociales de acumulación* de Bowles, Gordon y Weisskopf y de la *regulación* de Aglietta, Boyer y Lipietz. El punto de contacto entre ambas explicaciones, finalmente, estaría para Brenner en que ambas rastrean la raíz de la crisis en la productividad del trabajo y sus consecuencias sobre las ganancias.

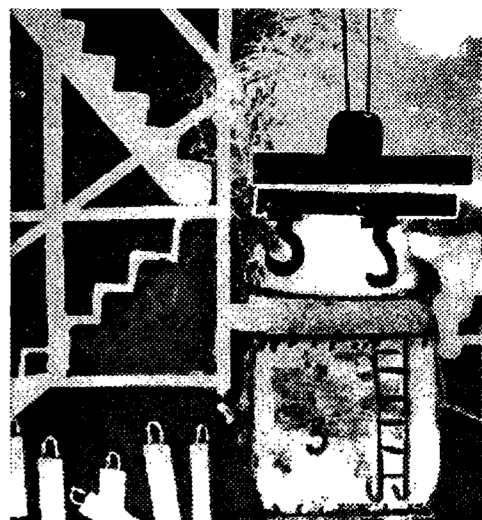
Dos son las objeciones de Brenner contra esta última interpretación de la crisis desde la oferta. La primera se dirige contra la idea de que un proceso de acumulación capitalista que conduce al pleno empleo reduzca la rentabili-

dad y la segunda contra la idea de que, aún cuando la redujera, dicha reducción de la rentabilidad pueda explicar un declive económico perdurable en el tiempo.

La primera objeción es, sin duda, la más importante desde un punto de vista teórico. Su clave radica en la idea de que la tendencia hacia el pleno empleo no sólo tiende a incrementar los salarios, sino también la utilización de la capacidad instalada, la producción, las ventas y, por consiguiente, los beneficios. Se trata de una idea de cuño *kaleckiano*.⁵ En caso contrario, el incremento de los salarios conduciría a un proceso de sustitución capital-trabajo y/o a un aumento de la oferta de trabajo via inmigración de fuerza de trabajo o exportación de capitales. "En resumen -concluye Brenner-, no puede asumirse que una tendencia al pleno empleo planteará de ninguna manera directa un estrangulamiento de las ganancias" (pág.18). La segunda objeción responde a la idea de que en el largo plazo el capital respondería a un tal estrangulamiento de las ganancias con una reducción de la inversión y, por ende, este mecanismo sería incapaz de explicar un declive de largo aliento. Además, argumenta Brenner, un estrangulamiento de las ganancias derivado de un aumento de salarios depende siempre de variables sociales e institucionales particulares y, en consecuencia, este mecanismo tampoco puede explicar un declive generalizado y simultáneo de la rentabilidad en la economía mundial.

Estas objeciones de Brenner no son, empero, tan concluyentes como parecen a primera vista. En primer lugar, los mecanismos de ajuste que Brenner menciona cuando confronta con la idea de un estrangulamiento de las ganancias derivado de un aumento de los salarios reales no pueden

asumirse con esa suerte de automatismo que Brenner les atribuye. Estamos en presencia de mecanismos de ajuste de una evidente complejidad: realizar inversiones netas en capital fijo en unas condiciones de rentabilidad menguada, exportar capitales desde economías avanzadas hacia regiones más atrasadas o incorporar trabajo mas barato, aunque presumiblemente menos productivo, con las consiguientes reestructuraciones de los procesos de producción que ambas cosas implican. Resulta algo paradójico, además, que Brenner dé por sentada la intervención automática de estos mecanismos



de ajuste contra un estrangulamiento de las ganancias derivada del nivel de salarios reales y más adelante –como veremos– considere como prácticamente inoperantes los mecanismos de ajuste contra una declinación de las ganancias derivada de un exceso en la capacidad instalada.

La idea de que el capital respondería a tal estrangulamiento de las ganancias con una reducción de la tasa de inversión, en segundo lugar, es perfectamente aceptable en sí misma. La relación que Brenner establece entre este mecanismo y la imposibilidad de explicar desde la oferta una crisis de largo aliento, sin embargo, resulta poco evidente. En efecto, así como semejante reducción de la tasa de inversión restringiría la capacidad de creación de nuevos empleos de la economía, conduciría a un nivel de empleo inferior al pleno empleo y presionaría hacia la baja sobre los salarios, también conduciría a una reducción de la masa de trabajo explotado y a una ralentización en la tasa de aumento de la productividad de dicho trabajo (y el propio Brenner admite reiteradamente esto a propósito de los 80), de manera que sus consecuencias respecto de la evolución de la rentabilidad y la crisis permanecerían en principio indeterminadas. En otras palabras, y esto es verdaderamente importante, la fuga del capital respecto de unas condiciones de rentabilidad que se han deteriorado no conduce automáticamente a un mejoramiento en dichas condiciones de rentabilidad.

Sin embargo, la objeción central de Brenner es la de cuño kaleckiano pues afecta directamente a la naturaleza del nexo entre empleo y rentabilidad. En tercer lugar, entonces, es preciso hacer algunas precisiones acerca de la misma. La idea kaleckiana original se refiere específicamente a un marco de pleno empleo alcanzado mediante una expansión del gasto público (antes que mediante la contratación privada) y se aplica al corto plazo. Am-

bas especificaciones son importantes. Los capitalistas, a pesar de la tendencia a un incremento de los salarios que desembolsan, gozarían en este caso de un aumento en la demanda agregada originado en niveles de empleo incrementados exógenamente por el Estado –e incluso este gozo tiene claros límites, indica Kalecki. Y además podríamos agregar que esos capitalistas gozarían así de un aumento de corto plazo en su masa de ganancias, pero no de un aumento de su tasa media de ganancia de largo plazo que es, justamente, la que es impugnada en las grandes crisis. Cualquiera sea nuestro juicio particular acerca de esta hipótesis kaleckiana, Brenner parece pasar por alto estas especificidades de la misma.

Pero las cosas son aún más complejas porque, en algunos pasajes, incluso la propia interpretación de la crisis por parte de Brenner no parece alcanzar a diferenciarse nítidamente de los mecanismos implicados en una interpretación de la crisis derivada del estrangulamiento de las ganancias.⁶ Veamos algunos ejemplos.

En el segundo capítulo centra la relativa falta de dinamismo de los EEUU de la inmediata posguerra (su pérdida de competitividad internacional por un aumento de los costos debido a los altos salarios reales combinado con un retroceso de la productividad del trabajo debido a un retroceso de la rentabilidad y las inversiones en torno a la Guerra de Corea) en los altos niveles de salarios reales norteamericanos en relación con los bajos niveles salariales, reprimidos por los gobiernos y las autoridades de ocupación, vigentes en Japón y Alemania. Y más adelante explica la recuperación norteamericana de principios de los 60 a partir de una recuperación de la rentabilidad derivada de una reducción de costos, derivada a su vez del asalto sobre el movimiento sindical, mientras los salarios alemanes, y posteriormente los japoneses, comenzaban a ascender.

En el tercer capítulo, justamente cuando analiza el origen de la crisis en EEUU entre 1965 y 1973, Brenner advierte que durante ese período los salarios cayeron y no hubo descenso de la productividad, al menos hasta 1973. Escribe, coherentemente con sus objeciones a la interpretación del *profit squeeze*, que “la emergencia de la resistencia de la clase obrera en las tres economías en este período fue más una consecuencia que una causa de los problemas de rentabilidad” (pág. 94). Y afirma que la relación entre pleno empleo y rentabilidad fue la antes citada relación kaleckiana de mantenimiento o incluso aumento de las ganancias debido a un aumento de la utilización de la capacidad instalada, la producción y las ventas que compensa el aumento del salario real. Desde entonces, esa relación viraría hacia su contraria, una relación entre desempleo y caída de la rentabilidad. Pe-

ro tampoco en este pasaje puede Brenner diferenciarse plenamente de la interpretación del *profit squeeze*. En efecto, enfatiza en “la caída en la rentabilidad originada en la incapacidad de los industriales norteamericanos de realizar plenamente sus inversiones debido a la creciente presión a la baja sobre los precios resultante del imprevisto ingreso al mercado de productores de costos más bajos, especialmente del exterior” (pág. 102). Pero entonces agrega que “no el crecimiento de los costos en sí mismos, entonces, sino la incapacidad de los industriales norteamericanos de remarcar (*mark-up*) suficientemente sobre los costos, dan cuenta de casi toda la caída de la rentabilidad industrial” (pág. 103). En otras palabras, esto significa que los industriales norteamericanos resultaron incapaces de recuperar su rentabilidad reduciendo el salario real inflacionariamente, mediante aumentos de precios, debido a la restricción impuesta por la competencia internacional. Y esta no es una explicación muy diferente de la que Sutcliffe y Glyn proponen de la crisis británica.⁷

No menos ambigüo es Brenner cuando afirma que “en ausencia de la presión del trabajo, el salario real ciertamente podría haber caído significativamente más rápido de lo que lo hizo, y la caída en la rentabilidad podría haber sido reducida en consecuencia. Pero argumentar que la resistencia obrera incrementada evitó un mejor ajuste por parte de los capitalistas a la declinación de la rentabilidad está lejos de verla como la raíz de esta declinación” (pág. 111). Pero no está tan lejos porque, en definitiva, Brenner está utilizando las mismas dos variables fundamentales –el nivel de los salarios reales y los límites al *mark-up* impuestos por la competencia intercapitalista– que emplearan los partidarios del *profit squeeze*. La distancia se ve reducida entonces, a menudo, a una cuestión de énfasis: mientras que los partidarios del *profit squeeze* enfatizaron en la presión autónoma de los salarios nominales sobre los beneficios, en condiciones de *mark-ups* restringidos por la competencia intercapitalista, Brenner enfatizaría en la presión autónoma de la competencia intercapitalista sobre los precios, en condiciones de salarios nominales inflexibles a la baja.⁸

Pongamos ahora entre paréntesis todos estos reparos nuestros respecto de las objeciones de Brenner contra las interpretaciones de la crisis por estrangulamiento de las ganancias, interpretaciones que, por lo demás, tampoco nosotros compartimos. Es mucho más importante remarcar que, aún cuando esas objeciones fueran concluyentes, no justifican el mencionado desplazamiento que realiza Brenner, del antagonismo de clases hacia la competencia intercapitalista, como centro de su explicación de la crisis. En su formulación originaria, la interpretación del *profit squeeze* se nutrió de

una matriz ricardiana centrada en la disputa sobre el reparto de la productividad del trabajo entre salarios y beneficios, en la esfera distributiva y necesariamente en el marco institucional de estados-nación particulares (aunque por fuera de esa matriz ricardiana, las escuelas de las *estructuras sociales de acumulación* y de la *regulación* sean en parte afines a este tipo de explicaciones).⁹ Esa matriz es ciertamente deficiente. Lo que es impugnado en las crisis capitalistas es la propia valorización del capital, es decir, de capacidad del capital de explotar al trabajo, y esa impugnación no sucede esencialmente en la esfera de la distribución sino en la producción misma. A la crítica de las limitaciones de esta matriz ricardiana poco contribuye de hecho Brenner (y poco podría contribuir) debido a su callada prescindencia respecto de la teoría marxista del valor.¹⁰

Ahora bien, la disputa sobre el reparto de la productividad del trabajo entre los trabajadores y los capitalistas fue, sin duda, una modalidad particular del antagonismo entre capital y trabajo que jugó un papel central en el marco igualmente específico del capitalismo de posguerra. Pero aún así, dicho antagonismo nunca puede reducirse a esa disputa en la esfera distributiva, ni siquiera en ese marco del capitalismo de posguerra.¹¹ Desde la perspectiva de un economista más o menos heterodoxo, la lucha de clases puede reducirse a un asunto de sociólogos, a una noción que puede limitarse a invocar si desea considerar al salario como una variable exógena en sus modelos. Desde la perspectiva de un marxista, en cambio, la lucha de clases aparece como derivado de un antagonismo entre capital y trabajo que es inherente a la propia forma-valor y, por consiguiente, a todas las formas que adoptan las relaciones sociales capitalistas y a las categorías con las que intentamos aprehenderlas.

El marxista puede considerar entonces que las luchas sociales en torno al salario indirecto y a las políticas de bienestar, a las condiciones de trabajo y al control sobre la organización y los procesos de trabajo, entre otras, fueron piezas claves del antagonismo capital-trabajo en el capitalismo avanzado de posguerra. Y que también las luchas antimperialistas fueron piezas claves de dicho antagonismo en los capitalismos de posguerra más atrasados y dominados por las multinacionales. Puede sostener, además, que todas estas expresiones del antagonismo global entre capital y trabajo acarrearón consecuencias sobre la valorización del capital y la evolución del capitalismo a una escala igualmente global. Una constelación o, si se prefiere, un arco iris de luchas, que van desde los sabotajes de Turín –pasando naturalmente por las huelgas salariales de masas– hasta las nacionalizaciones de La Habana, se esconde, en este sentido, detrás de la crisis del capitalismo

de posguerra. Este antagonismo global entre capital y trabajo y sus consecuencias sobre la rentabilidad capitalista es el que no puede ser desplazado, desde una perspectiva marxista, del eje de interpretación de la crisis.¹²

Ciertamente, son muchos los comentaristas que lamentaron este desplazamiento desde el antagonismo capital-trabajo hacia la competencia intercapitalista realizado por Brenner. Sin embargo, es justo señalar que pocas de estas críticas significaron algo más que poner de manifiesto una suerte de “sentimiento de culpa marxista” ante la incómoda omisión de la lucha de clases en cuestión. Aunque estos comentaristas no otorgan papel explicativo alguno a la lucha de clases en sus propias interpretaciones de la crisis del capitalismo de posguerra –ya sea como una crisis derivada de problemas de realización o del descenso en la tasa media de ganancia–, parecen sentirse moralmente impulsados a mencionarla en sus comentarios e incluso a lamentar su omisión por parte de Brenner.¹³ La lucha de clases es así incorporada/relegada en una característica “posición de pero además” (Bonfeld 1992), de la misma manera que en Brenner, aunque implícitamente. Esta incorporación de la lucha de clases en una “posición de pero además” puede resultar “políticamente correcta”. Pero no podemos sino coincidir con Brenner cuando, en respuesta a dos de sus comentaristas, escribe: “la tesis que Foster mismo favorece, de una tasa de excedente creciente que conduce a problemas de realización, depende de la capacidad de las firmas de aumentar los precios sobre los salarios nominales en las industrias concentradas /centralizadas, la cual deriva de las relaciones oligopolísticas *horizontales* de esas firmas entre ellas, y *explícitamente no de la lucha de clases*. De la misma manera, McNally adhiere fuertemente al punto de partida y la estructura básica, si no a los resultados concretos, de la versión tradicional de la tesis marxista de la tasa decreciente de ganancia. Pero esta teoría deriva la tasa de ganancia decreciente, como él dice, de los intentos de las formas de reducir costos para responder a la competencia horizontal comprometiéndose en nuevas técnicas que aumentan la composición orgánica (la relación capital-trabajo) ‘para aumentar la productividad y ganar la batalla por su participación en el mercado’. La lucha de clases no juega ningún papel en ello” (Brenner 1999). En este punto, el desarrollo del “debate Brenner” en su conjunto no deja de generar cierto malestar.

La escala y el mecanismo de la crisis

Este asunto del antagonismo global entre capital y trabajo nos conduce a otro punto importante del estudio de Brenner, esto es, a la escala de su interpretación de la evolución y crisis del capitalismo de posguerra. Bren-

ner afirma: "Tomaré a la economía internacional –la acumulación de capital y la rentabilidad del sistema en su conjunto– como un punto de ventaja teórico desde el cual analizar sus crisis y aquellas de sus componentes nacionales" (pág. 23). Esta elección del mercado mundial como punto de partida del análisis y los cuestionamientos que Brenner dirige contra las interpretaciones –como las regulacionistas– dependientes de marcos institucionales estado-nacionales, no pueden sino estar plenamente justificados. Brenner insiste, con razón, en que una crisis a escala mundial, como la iniciada a fines de los 60, sólo puede ser explicada partiendo de una escala igualmente mundial.

Sin embargo, Brenner no parte efectivamente de la economía internacional en su conjunto, sino de la competencia entre las tres economías nacionales más grandes de la posguerra: la norteamericana, la japonesa y la alemana. EEUU, Japón y Alemania se convierten así en los protagonistas casi exclusivos del estudio de Brenner. Estas tres economías explican buena parte del producto mundial y, en este sentido, la decisión de partir de las mismas está plenamente justificada desde un punto de vista metodológico-empírico. Pero es algo más que una cuestión meramente empírica lo que Brenner tiene en mente. En efecto, Brenner afirma que "fue la combinación de, y la interacción entre, los más viejos y los más tardíos bloques de desarrollo las que determinaron ampliamente a la vez el carácter del largo *boom* y la naturaleza de la larga declinación a la cual dio nacimiento" (pág. 35). La competencia inter-capitalista será tematizada por Brenner, entonces, como un juego de suma cero entre las firmas de esas tres grandes unidades económicas estado-nacionales.

Así pues, en el segundo capítulo Brenner teoriza los inicios del *boom* capitalista de posguerra distinguiendo entre los modos en que entran en la posguerra en los 50 EEUU, por un lado, y Japón y Alemania, por el otro. Mientras los EEUU victoriosos que esquivaron la destrucción de guerra entran con un menor dinamismo porque venían creciendo desde una década antes, Japón y Alemania inician su recuperación mediante un mecanismo de *catch-up* que sigue el liderazgo tecnológico norteamericano. Las variables decisivas son entonces nacionales: una clase obrera norteamericana menos debilitada y de salarios más altos, un interés norteamericano en la reconstrucción de posguerra en el marco de la guerra fría, unas peculiares formas alemanas y japonesas de intervencionismo de estado y de relaciones capital-trabajo e industria-finanzas, unos procesos de crecimiento japoneses y alemanes muy específicos, comandados por las inversiones y las exportaciones, etcétera.

A partir de estas dotaciones iniciales diferenciadas comienza ese juego de suma cero por la participación en los mercados (*market shares*). En los 50 y comienzos de los 60, Alemania triplica su participación en las exportaciones industriales conjuntas de los países avanzados a expensas de EEUU y Gran Bretaña, y Japón –que despega algo más tarde– más que duplica la suya también a costa de EEUU y Gran Bretaña. Por su parte, EEUU perderá un tercio de su participación en dichas exportaciones conjuntas entre 1965 y 1973, entrando en crisis de balanza comercial ya a fines de los 60.

La virtud de este análisis de Brenner reside en precisar los rasgos diferenciales de la dinámica del capitalismo de posguerra, a menudo sobresimplificados bajo categorías de naturaleza paradigmática como las de un “keynesianismo” o “fordismo” exitoso más o menos uniforme a escala mundial. En este sentido distingue Brenner: “en Alemania y Japón, donde el crecimiento más rápido tuvo lugar, las condiciones de oferta fueron claramente responsables del dinamismo económico (...) En los EEUU, en contraste, la economía se estancó durante los 50, a pesar del subsidio a la demanda mediante los déficits públicos y el crecimiento de la parte de los salarios, y su breve recuperación durante la primera mitad de los 60 fue posibilitada ampliamente mediante la reducción del crecimiento de los salarios” (pág. 91). En espíritu del Brenner historiador –en el sentido de atenerse a las realidades históricas concretas, desde luego, y no en el sentido del convertirse al empirismo ciego que parece dominar la disciplina en nuestro medio– garantiza que en estos análisis se encuentren algunos de los aportes más ricos de su estudio.

No obstante, el capitalismo mundial no es, ni puede ser interpretado como, un mero agregado de economías nacionales. Esto parece acarrear consecuencias negativas para los análisis de Brenner. En efecto, Brenner tiende a minusvalorar empíricamente el alto grado de internacionalización alcanzada por el capital durante la posguerra y los elementos relacionados con dicha internacionalización (el protagonismo creciente de las firmas multinacionales y de los organismos internacionales, la paulatina integración de los mercados financieros, las tendencias manifiestas hacia la formación de precios y hacia la nivelación de tasas de ganancia a escala internacional, etc.). Y tiende, además, a entender teóricamente la competencia intercapitalista como una competencia entre economías nacionales en lugar de entenderla como una competencia entre capitales cuyas inscripciones territoriales son siempre necesariamente provisorias.¹⁴

Pero detengámonos ahora en nuestro principal asunto, esto es, en la manera en que Brenner interpreta la crisis del capitalismo de posguerra. Bren-

ner afirma que su estudio es “un informe del largo declive (*downturn*) que encuentra la fuente de la declinación de la rentabilidad, esquemáticamente hablando, en la tendencia de los productores a desarrollar las fuerzas productivas e incrementar la productividad económica mediante la instalación de métodos de producción crecientemente baratos y efectivos, sin tener en cuenta las inversiones existentes y sus requerimientos de realización, con el resultado de que la rentabilidad agregada es estrangulada por los precios reducidos ante costos inflexibles a la baja. Explicaré la perpetuación de la crisis –agrega– demostrando que la maximización de beneficios que los capitales encuentran racional seguir en respuesta a la reducción en su rentabilidad no sólo fracasa en resolver el problema que había reducido la rentabilidad en primer lugar, sino que tiene el efecto, de conjunto, de implementar necesariamente respuestas adicionales y racionales que socavan ulteriormente la rentabilidad agregada. Frente a su rentabilidad reducida, numerosas firmas encuentran que tiene más sentido persistir en su línea que dejarla y buscar una alternativa mejor; mientras tanto, muchos de los otros productores con costos aún bajos encuentran individualmente rentable entrar en aquellas mismas líneas, a pesar de la reducida rentabilidad de las líneas. Como consecuencia de la consolidación resultante de la sobrecapacidad y sobreproducción y de la reducida rentabilidad (o aún la ulterior caída), la inversión y el crecimiento del producto declinarán y el crecimiento del salario será cortado, conduciendo, a su vez, a una declinación del crecimiento de la productividad y a una declinación en el crecimiento de la demanda efectiva (a la vez de la inversión y el consumo), que incluso presiona ulteriormente a la baja sobre la rentabilidad” (pág. 24).

Desplegado en una secuencia, este mecanismo de crisis sería pues como sigue:

- 1) nuevas firmas de bajos costos y precios (*“cost-and price-cutters firms”*) irrumpen en una línea de producción presionando a la baja los precios;
- 2) debido a esa afluencia de nuevas firmas, dicha línea se convierte en sobre-capacitada y sobreproductora (se supone una demanda insuficiente como para absorber el producto así incrementado) respecto de la posibilidad de las viejas firmas de altos costos de mantener su rentabilidad previa (una *“over-capacity and over-production, with respect to the hitherto-existing profit rate”*);
- 3) por ende, esas viejas firmas de altos costos tienden a ser expulsadas de la línea, en un proceso de destrucción creativa de tipo shumpeteriano, pero su relo-

calización en nuevas líneas enfrenta dos grandes restricciones: (a) el peso del capital fijo inmovilizado ya desembolsado o que exige pagos de intereses independientes de su efectiva utilización, y (b) el peso de acervos intangibles (*know-how*, relaciones con proveedores y clientes, etc.); estas restricciones (se supone que no pueden ser superadas) bloquean el mecanismo de ajuste;

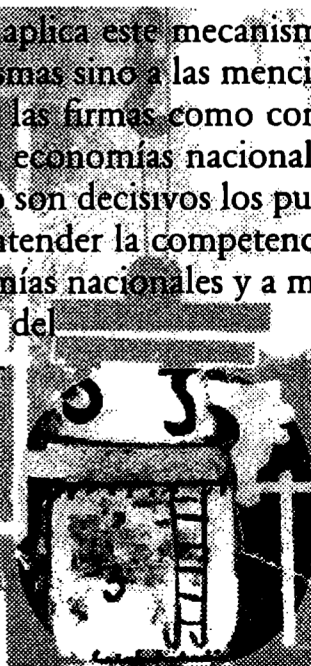
4) por ende, la rentabilidad agregada de la economía descende (se supone que al menos una parte de aquella baja de los precios de la línea será absorbida por los trabajadores como aumento de los salarios reales);

5) a su vez, la menguada rentabilidad agregada reduce las inversiones, y en consecuencia la productividad del trabajo y del capital, agravando la crisis de rentabilidad; por su parte, el empleo y los salarios retroceden reduciendo el consumo y agravando también la crisis de rentabilidad.

Sólo serían contrarrestantes de estas dificultades de ajuste la capacidad de las viejas firmas de repeler el ingreso de nuevos competidores en su línea y la tendencia de las firmas a no confrontar directamente sino a relocarse geográficamente hacia zonas con mejores condiciones. Brenner no examina detenidamente estos factores contrarrestantes ni, más ampliamente, la dinámica competencia-colusión de las firmas. Sin embargo, una ventaja significativa de su análisis es que evita desde el comienzo las exageraciones en relación con una virtual desaparición de la competencia capitalista diagnosticada por algunas de las interpretaciones del capitalismo de posguerra.¹⁵

Es importante señalar, empero, que Brenner no aplica este mecanismo de crisis considerando como agentes a las firmas mismas sino a las mencionadas economías nacionales o, más exactamente, a las firmas como completamente determinadas por las condiciones de las economías nacionales en las que se encontrarían inscriptas. En este sentido son decisivos los puntos, antes mencionados, de que Brenner tiende a entender la competencia intercapitalista como una competencia entre economías nacionales y a menospreciar tanto la naturaleza esencialmente global del capital como la efectiva internacionalización alcanzada por el mismo durante la posguerra.

Así pues, a propósito del inicio de la crisis hacia 1965-73, en el tercer capítulo, Brenner argumenta que el citado aumento de la participación de Alemania y Japón en los mercados mundiales durante los 50 y comienzos de los 60 impuso una reducción de precios que generó un exceso de capacidad y pro-



ducción, mermando la rentabilidad agregada –incluidas la alemana y japonesa– y desencadenando la crisis. La crisis del sistema monetario internacional, la penetración de productos japoneses y alemanes en el mercado de los EEUU, los déficits fiscales norteamericanos, la difusión de la crisis desde los EEUU hacia Japón y Alemania a través de la devaluación del dólar y revaluación del marco y el yen, entre otros fenómenos, son entonces tematizados dentro de esta línea argumentativa. La crisis se habría iniciado en los EEUU debido a esa presión a la baja de los precios resultante de la incrementada competencia internacional determinada por la incorporación de Alemania y Japón a los mercados mundiales, alcanzando su máxima expresión a mediados de los sesenta y generando sobrecapacidades y sobreproducción industriales. Japón alcanzó su cénit entre 1965 y 1970, mediante altísimas inversiones y aumento de la productividad del trabajo, y con ganancias y salarios reales en ascenso en condiciones de pleno empleo; también Alemania, aunque menos espectacularmente; y en ambos casos orientados hacia las exportaciones. La contraofensiva devaluatoria norteamericana de fines de los 60 recuperó parcialmente en ese punto la competitividad de los EEUU, pero extendiendo la crisis a Japón y Alemania que, inmersos en sendas estrategias de reducción de precios para mantener sus mercados, comenzaron a perder rentabilidad desde comienzos de los 70.

Esta interpretación del mecanismo que opera en los inicios de la crisis, por cierto, no carece de ambigüedades.¹⁶ Brenner escribe que “lo que causó una buena parte de la declinación fue (...) la incapacidad de los industriales de remarcar suficientemente sobre los costos debido a la sobrecapacidad y sobreproducción internacional de la industria” (pág. 136), y agrega que esa declinación “fue enteramente determinada por una caída en la razón nominal capital-producto” (id.). Pero ¿cómo debemos entender exactamente esta declinación de la rentabilidad debida a una caída de la relación capital-producto? Brenner parece distinguir, al menos implícitamente, entre productividad del trabajo y productividad del capital, para atribuir –en contraste con la interpretación del *profit squeeze*– el inicio de la crisis a una caída de esta última. Dicha distinción, en un sentido débil, puede ser práctica para ciertas estimaciones empleándola por fuera de un marco de pensamiento marginalista. Pero cabe preguntarse: ¿es utilizable para los fines específicos de Brenner por fuera de su sentido marginalista más fuerte, esto es, como productividad –implícitamente concebida en términos de valores de uso– inherente a un factor capital?

En efecto, parece imposible entender esa caída en la productividad del capital y las propias sobrecapacidades y sobreproducción que la causarían

sin hacer referencia a las condiciones de valorización de ese capital y esas capacidades instaladas derivada de la explotación de la fuerza de trabajo –esto es, en términos de la composición orgánica del capital. En este sentido, como señalara alguno de sus críticos, Brenner parece pecar de una suerte de *smithianismo*.¹⁷

El largo declive y sus perspectivas

Ahora bien, la propia expresión que usa Brenner para referirse a la crisis –la poco usual de declive a largo plazo (*long downturn*)– indica otra faceta de la problemática de la crisis. En efecto, en el cuarto capítulo Brenner pasa de la explicación del inicio de la crisis a la de su prolongación en el tiempo e introduce esta idea de un declive de largo aliento. La clave aquí radica en la explicación de las razones por las cuales la crisis se prolonga, esto es, en el marco de los mecanismos de crisis suscriptos por Brenner, las razones por las que continúan sin operar los mecanismos de ajuste de la sobrecapacidad y sobreproducción.

Brenner argumenta que la respuesta inmediata de la burguesía a la crisis, que se profundiza con la crisis petrolera de 1974-75, es a expensas de los trabajadores. Esta respuesta burguesa, argumenta, impone efectivamente un cambio en la relación de fuerzas entre las clases aproximadamente a partir de 1975: un descenso de salarios y salarios sociales y, recién desde entonces, un descenso en la tasa de aumento de la productividad del trabajo debida a la caída en la tasa de inversión, resultante a su vez del descenso de las ganancias. Advierte en este sentido Brenner que “la caída en el crecimiento de la productividad debe ser vista como un resultado, y no como una causa, de la declinación económica” (pág. 144). Esta ofensiva fracasa en su meta de recuperar la rentabilidad industrial, empero, justamente porque el problema de rentabilidad no radicaba en los salarios sino en la sobrecapacidad y sobreproducción industrial.

La perduración de esa sobrecapacidad y sobreproducción deriva entonces, como señalamos antes, de las dificultades que enfrentan las firmas de altos costos y bajas rentabilidades para abandonar sus respectivas líneas de producción. Brenner advierte convincentemente contra cualquier sobresimplificación de este mecanismo de ajuste, pues enfrenta la existencia previa de activos intangibles (*intangible assets*) construidos en la línea (información sobre mercados, relación con proveedores y consumidores, conocimiento técnico) y de barreras contra el ingreso en otras líneas (bajas tasas de productividad del trabajo en los servicios, etc.), así como una competencia exacerbada por la intrusión de nuevos competidores (Corea, Taiwán,

Singapur, Hong Kong, y más tarde las economías del sudeste asiático) que contaban con trabajo barato relativamente calificado y técnicas relativamente avanzadas.

Las políticas económicas implementadas desde inicios de la crisis, por su parte, dificultarían aún más dicho ajuste. La política de fines de los 60 y principios de los 70, de gasto deficitario keynesiano para subsidiar la demanda, condujo a una posposición de la racionalización y, en definitiva, a la estanflación. La reacción monetarista de fines de los 70, con su austeridad fiscal y su dinero escaso, no haría sino profundizar la recesión. A pesar de su intención racionalizadora, la estrategia monetarista apenas conduciría, en 1981 y 1982, a quiebras indiscriminadas y desempleo, y enseguida sería reemplazada por el keynesianismo militar reaganiano y su aumento de la deuda pública y privada de corporaciones y consumidores. Dada la inversión estancada por la baja rentabilidad, el resultado de estos incentivos keynesianos a la demanda fue por su parte un pequeño incremento del producto a cambio de un gran incremento de los precios. El resultado de la restricción del crédito y las posibilidades de realización de los monetaristas, por su parte, golpeó indiscriminadamente a las empresas menos sobrecapacitadas y más productivas y a las más sobrecapacitadas y menos productivas, dificultando aún más las posibilidades de estas últimas de relocalizarse en otras líneas. En síntesis, el resultado es para Brenner que “las firmas de altos costos y bajos beneficios fueron capaces de seguir ocupando posiciones económicas que podrían, en abstracto, haber sido eventualmente asumidas por empresas más productivas, de beneficios más altos y más dinámicas” (pág. 152). La única estrategia que recuperaría la competitividad externa de la economía norteamericana y la haría despegar en los 90 sería, como veremos, la devaluación del dólar posterior a los Acuerdos del Plaza de 1985.

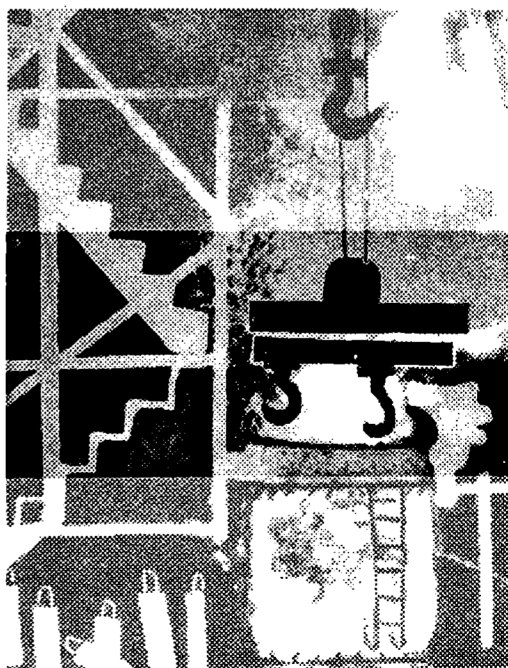
Ya nos referimos con anterioridad a estos mecanismos de ajuste. Agreguemos en este punto, sin embargo, que no deja de resultar llamativa la escasa importancia que Brenner atribuye a la expansión del crédito —especialmente después del fracaso de la contrarrevolución monetarista— como mecanismo de manejo de la crisis de rentabilidad y, más ampliamente, como uno de los rasgos sobresalientes que define el capitalismo contemporáneo. Las complejas relaciones existentes entre capital productivo y capital financiero en tiempos de crisis están simplemente ausentes en el estudio de Brenner.¹⁸

Revisemos para concluir algunas afirmaciones de Brenner sobre las perspectivas de este largo declive. La mencionada recuperación de la competi-

tividad norteamericana durante los 90, argumenta Brenner, fue posibilitada por la devaluación del dólar y a costa de una profundización de la crisis a escala mundial. Considérense aquí el intento japonés de conservar sus mercados, a pesar de que la rentabilidad se reducía debido a la revaluación del yen y al encarecimiento del petróleo, mediante una restructuración y relocalización de procesos productivos hacia el sudeste asiático, así como el ralentizado crecimiento alemán, derivado de su incapacidad para restructurarse. Brenner indica así que “es cierto que un *boom* inversor fue comenzando a materializarse finalmente en los EEUU en respuesta al reptante crecimiento de la rentabilidad. Pero la pregunta de si podrá ser lo suficientemente grande y prolongado como para sacar a la economía mundial definitivamente de sus depresiones permanece abierta” (pág. 157).

En realidad, Brenner es decididamente pesimista acerca de estas perspectivas de recuperación. Refiriéndose a la marcha de la economía durante 1990-96 escribe que “el hecho es que el desempeño económico en estos años de los tres países capitalistas líderes, y del mundo capitalista avanzado más en general, fue aún peor de lo que lo había sido durante la recuperación comparable de los 80, la cual había sido ella misma algo menos buena que la de los 70” (pág. 187 –acompaña esta afirmación con series de producto, productividad, salarios reales, stock de capital y tasa de desempleo). Brenner asume, por cierto, que en los 90 hubo una recuperación de la rentabilidad en los EEUU, recuperación que contrasta con el estancamiento de Alemania y Japón, pero advierte que la misma sigue conviviendo con índices de producto, inversión, productividad y salarios peores aún que entre 1979 y 1990. Y a manera de balance señala que “a menos que un *boom* inversor se materialice y sostenga a sí mismo en los EEUU durante la segunda mitad de los 90, la economía mundial arriesga un estancamiento más profundo y quizás peor” (pág. 189).

Es importante remarcar aquí que estas perspectivas descansan, naturalmente, en la manera en que Brenner interpreta las causas de esa recuperación norteamericana, a saber, un continuado retroceso de los trabajadores (reforzado



por el giro de Clinton hacia el equilibrio fiscal desde 1993 y la política de Greenspan en la Reserva Federal), pero con pobres tasas de inversión neta y de aumento de la productividad del trabajo. Escribe en este sentido que “fue el estancamiento de los salarios por bastante más de una década lo que abrió el camino para que la rentabilidad en la economía privada de conjunto trascendiera hacia la segunda mitad de los 90, por primera vez desde el inicio de la recesión de la crisis del petróleo, sus niveles de 1978 y 1989, subiendo sobre su nivel de 1973” (pág. 196). Este factor, combinado con la devaluación del dólar a partir de los acuerdos del Plaza, explican la recuperación de la competitividad y rentabilidad de EEUU, para Brenner, y no aumento alguno en una productividad del trabajo que sigue creciendo menos que en Alemania y Japón y fue “la más baja entre las economías del G7” entre 1985 y 1995.

La adecuada interpretación del comportamiento de la productividad del trabajo en los Estados Unidos queda de esta manera situada en el centro del análisis de Brenner de las perspectivas del largo declive. Esto no es nada antojadizo. El punto también viene siendo motivo de una creciente controversia (asociado durante la segunda mitad de los 90 con la llamada “nueva economía”), en el *mainstream* económico norteamericano.¹⁹ Y ese punto es motivo de toma de posición para Brenner y de controversia para varios de sus comentaristas.²⁰ Esta controversia, sin embargo, sólo puede analizarse con provecho de manera empírica, pues son los propios datos oficiales sobre productividad del trabajo (los mismos que utiliza Brenner en su estudio) los cuestionados, y ese análisis empírico excede los límites de este artículo.²¹ Pero cualesquiera sean las posiciones adoptadas ante esta controversia, los aciertos y errores de este estudio de Brenner son ampliamente independientes de los mismos.

“Si el crecimiento de los salarios puede continuar siendo reprimido así como el mercado de trabajo continuar ajustado y si la rentabilidad industrial (sólo parcialmente, aunque aún así dramáticamente recuperada) puede al menos mantenerse a sí misma mientras la competencia internacional se intensifica –ambos grandes síes– la economía de los EEUU habrá al fin abierto el camino hacia un nuevo *boom* inversor y entonces hacia la potencial superación del largo declive” (pág. 213). Brenner ya había intervenido en esta controversia desatada alrededor de la naturaleza de la recuperación económica norteamericana desde su inicio.²² Y reafirma de esta manera sus posiciones en el cierre de su estudio.

A manera de conclusión

Abriamos este artículo afirmando que la publicación de *The economics of global turbulence* constituyó un acontecimiento intelectual importante, por la propia calidad y profundidad del ensayo y también por la rica polémica que generó entre los principales intelectuales marxistas de nuestros días. El nuevo “debate Brenner”, en efecto, ya puede ser alineado con los grandes debates clásicos que configuraron durante un siglo y medio la tradición de la crítica marxista. Puesto que el marxismo no puede mantenerse vivo sin la confrontación crítica de ideas, el estudio de Brenner, cualesquiera sean sus aciertos y errores, ya tiene en su haber el inmenso mérito de haber contribuido a mantenerlo vivo.

Pero es sabido que la crítica marxista tampoco puede mantenerse viva sin la praxis revolucionaria. El marxismo tendería a convertirse, en su ausencia, en una ciencia positiva destinada involuntariamente a convalidar en el pensamiento la realidad existente. Creemos que esta tendencia perversa no deja de estar presente, a espaldas de los participantes, en algunos momentos del desarrollo del debate Brenner. La omisión de la lucha de clases que empobrece muchas argumentaciones puede interpretarse, en este sentido, como un síntoma del retroceso de la praxis revolucionaria en nuestros días. Desde luego, esta praxis revolucionaria no es cosa que pueda parir sin más nuestro pensamiento, pero nuestro pensamiento puede y debe permanecer alerta ante sus propios síntomas.

Referencias Ashton, T. H. (ed.) (1987): *The Brenner debate*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bonefeld, W. (1992): “La reformulación de la teoría del estado”, en AAVV: *Los estudios sobre el estado y la restructuración capitalista*, Bs.As., Tierra del Fuego.

Bonefeld, W. (1999): “Notes on competition, capitalist crises and class”, en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.

Brenner, R. (1993), “How Clinton failed to bring the state back in”, en *Against the Current* 8 (47), Detroit, septiembre-octubre de 1993 (parte 1) y 10 (56), mayo-junio de 1995 (parte 2).

Brenner, R. (1998a): *The Economics of Global Turbulence*, Londres, New Left Review 229, mayo-junio.

Brenner, R. (1998b): “The looming crisis of world capitalism: from neoliberalism to depression?”, en *Against the Current* 13 (77), Detroit, noviembre-diciembre de 1998 (reproducido en castellano en *Cuadernos del Sur* 28, Bs.As., mayo de 1999).

- Brenner, R. (1999): "Competition and class: a reply to Foster and McNally", en *Monthly Review* 51 (7), New York, diciembre.
- Callinicos, A. (1999): "Capitalism, competition and profits: a critique of Robert Brenner's theory of crisis", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Camejo, P. (1999): "The great bull market vs. 'looming crisis'. On Brenner's theory of crisis", en *Against the Current* 14 (80), Detroit, mayo-junio.
- Cantwell (1991): "A survey of theories of international production", en C.N.Pitelis y R.Sugden (eds.): *The Nature of the Transnational Firm*, London-New York, Routledge, cap.2.
- Carchedi, G. (1999): "A missed opportunity: orthodox versus marxist crises theories", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Clarke, S. (1999): "Capitalist competition and the tendency to overproduction: comments on Brenner's 'Uneven development and the long downturn', en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Duménil, G. y Lévy, D. (1999): "'Brenner on distribution", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Fine, B., Lapavistas, C. y Milonakis, D. (1999): "Addressing the world economy: two steps back", en *Capital and Class* 67, Londres, primavera.
- Foster, J. B. (1999): "Is overcompetition the problem?", en *Monthly Review* 51 (2), New York, junio.
- Freeman, A. (1999): "Crisis and the poverty of nations: two market products which value explains better", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Glyn, A. y Sutcliffe, B. (1972): *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze*, Harmondsworth, Penguin.
- Goldner, L. (1999): "'Total capital' rigor and international liquidity: A reply to Robert Brenner", en *Against the Current* 14 (80), Detroit, mayo-junio.
- Harman, Ch. (1999): "Footnotes and fallacies: a comment on Robert Brenner's 'The economics of global turbulence'", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Holloway, J. (1995): "El capital se mueve", en A. E. Ceceña (coord.): *La internacionalización del capital y sus fronteras tecnológicas*, México, El Caballito.
- Husson, M. (1999): "Riding the long wave", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Kalecki, M. (1979): "Aspectos políticos del pleno empleo", en M. Kalecki: *Sobre el capitalismo contemporáneo*, Barcelona, Crítica, 1979.
- Laibman, D. (1999a): "Editorial perspectives: global turbulence and capitalist crisis", en *Science and Society* 63 (1), New York, primavera.

- Lebowitz, M. A. (1999): "In Brenner, everything is reversed", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Malloy, M. C. (1995): "On Brenner's politics of U.S. decline", en *Against the Current* 10 (57), julio-agosto.
- Malloy, M. C. y Post, Ch. (1999): "Understanding the unevenness of capitalist development: a reply to Robert Brenner", en *Against the Current* 14 (79), Detroit, marzo-abril.
- Meiksins Wood, E. (1999): "Horizontal relations: a note on Brenner's heresy", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- McNally, D. (1999): "Turbulence in the world economy", en *Monthly Review* 51 (2), New York, junio.
- Moseley, F. (1999a): "The United States economy at the turn of the century: entering a new era of prosperity?", en *Capital and Class* 67, Londres, primavera.
- Moseley, F. (1999b): "The decline of the rate of profit in the post-war United States economy: due to increased competition or increased unproductive labour", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Shaikh, A. (1999): "Explaining the global economic crisis", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Smith, M. (1999): "The necessity of value theory: Brenner's analysis of the long downturn and Marx's theory of crisis", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Smith, T. (1999): "Brenner and crisis theory: issues in systematic and historical dialectics", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Ticktin, H. (1999): "Accumulation and control of labour", en *Against the Current* 14 (79), Detroit, marzo-abril.
- Walker, R. (1999a): "Capital's global turbulence: an introduction", en *Against the Current* 13 (78), Detroit, enero-febrero.
- Walker, R. (1999b): "Capitalism's recurrent self-criticism: an evaluation of Bob Brenner's global economics", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Weeks, J. (1999): "Surfing the troubled waters of 'Global turbulence': a comment", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.

¹ Brenner (1998a). Su publicación en castellano fué anunciada por Akal Ediciones.

² Este planteo general de su enfoque parece a primera vista una formulación marxista clásica y llevó a alguno de sus comentaristas a creer que de eso se trataba. "La gran virtud del ensayo de Brenner es que ofrece un análisis claro, fundamentado y bien documentado del largo declive, basado en la teoría de la tasa decreciente de ganancia de Marx. No es exactamente la perspectiva de Marx sobre el asunto (en la cual la composición orgánica del capital y la decreciente cantidad total de trabajo juega el rol clave), pero está cerca del espíritu de la crítica de Marx: esto es, la primera fuerza para las crisis periódicas del capitalismo es su propio dinamismo" (Walker 1999a, p. 32; también Walker 1999b). Pero esta similitud, como veremos, es sólo una apariencia superficial.

³ Esta relación, sin embargo, puede resultar algo problemática porque Brenner no explicita la manera en que se articula esta contraposición entre crisis precapitalistas y capitalistas con su explicación de la transición hacia el capitalismo. La centralidad conferida a la lucha de clases por el Brenner estudioso de la transición, en efecto, parece desaparecer por completo en el Brenner estudioso de la dinámica del capitalismo: en palabras de uno de sus comentaristas, "no hay lucha de clases en el enfoque de Bob" (Ticktin 1999 –el debate alrededor de la teoría de Brenner acerca de la transición se encuentra compilado en Ashton 1987). Meiksins Wood, discípula suya, reafirmó empero dicha continuidad escribiendo que "la dependencia del mercado y los imperativos del mercado existieron antes de que los productores directos fueran expropiados", que "pueden existir aún si los trabajadores fueran reconectados con los medios de producción", y que "son histórica y causalmente previos a la relación entre capital y trabajo vivo" (1999, p.178). En cualquier caso, dirimir esta cuestión no es decisivo en cuanto a la plausibilidad de su análisis de la dinámica del capitalismo maduro, que aquí nos ocupa.

⁴ Esto implica que evaluar dichas objeciones de Brenner consiste, en realidad, en evaluar las objeciones de Okishio y Roemer, puesto que Brenner no agrega nada importante a las mismas ni respuesta alguna a las numerosas críticas que suscitaron. Esta tarea excede ampliamente los límites de este artículo –para una réplica puede consultarse Shaikh (1999). La relación entre Brenner y el marxismo analítico –con el que mantuvo una fuerte polémica historiográfica en la figura de su fundador, G. Cohen– parece decisiva en este punto, pero no parece serlo más adelante. Adviértase en este sentido, por ejemplo, que la relación que establecerá Brenner entre la conducta microeconómica maximizadora de beneficios de parte de los capitalistas y sus resultados macroeconómicos, las mencionadas tendencias hacia la sobrecapacidad y sobreproducción, parece incompatible con el individualismo metodológico propio del marxismo analítico.

⁵ Brenner remite explícita y reiteradamente a un artículo de Kalecki de 1943 (Kalecki 1979), en lo que parece ser una de las principales deudas teóricas de su interpretación del capitalismo de posguerra.

⁶ Fine, Lapavistas y Milonakis realizan esta observación en la que, indudablemente, es una de las mejores reseñas críticas del estudio de Brenner publicada hasta el momento. Ellos escriben sin más que "su contribución muestra una fuerte afinidad con el enfoque del *profit squeeze*" (1999, p.51; véase asimismo Clarke 1999).

⁷ En efecto, Glyn y Sutcliffe sintetizan las causas del inicio de la crisis británica entre 1964 y 1970 en los siguientes términos: "la razón básica del declive en la parte de las ganancias fue el estrangulamiento de los márgenes de ganancias entre los incrementos de los salarios nominales por un lado y la competencia internacional progresivamente más severa por el otro" (1972, p.65).

⁸ Dumenil y Levy (1999) sostienen que Brenner está empleando implícitamente, en estos razo-

namientos, una teoría kaleckiana de la determinación del salario real por la competencia: para que la caída de los precios originada en la competencia intercapitalista origine una caída en la tasa de ganancia de conjunto, una parte de dicha caída debe ser absorbida por los salarios reales en condiciones de *mark-up* restringido. En las páginas de texto, sin embargo, estos puntos decisivos se reducen a una cuestión de énfasis.

⁹ Véase en este sentido, en particular, Weeks (1991).

¹⁰ Esta es una de las características distintivas del enfoque de Brenner, vinculada a menudo por sus críticos con sus inclinaciones a favor del marxismo analítico y con su mencionada despreocupación de la controversia alrededor de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (véase Goldner 1999). Varios comentaristas objetaron dicha prescindencia (A.Callinicos, Ch.Harman, F.Moseley, M.Smith, etc.), pero son los trabajos de Carchedi (1999) y Freeman (1999) los que mejor exponen sus implicancias en cuanto a pérdida de capacidad explicativa. La pérdida más lamentable, sin embargo, es la propia centralidad del antagonismo entre capital y trabajo inherente a la teoría marxista del valor.

¹¹ A.Callinicos (1999) parece demasiado urgido por su auto-prescripta ortodoxia cuando, entusiasmado por las críticas de Brenner al *profit squeeze*, las extiende sin más a un “*political marxism*” que incluiría además a los autonomistas italianos, a los derivacionistas alemanes, a Holloway y Bonefeld, a Meiksins Wood y, aparentemente, también al propio Friedrich Nietzsche.

¹² Acordamos pues completamente con Bonefeld cuando escribe: “esta conceptualización del desarrollo capitalista en términos de la relación competitiva entre capital y capital repite (...) el dogma del pensamiento económico vulgar” (1999, p.10). Lebowitz (1999) argumenta correctamente, en este sentido, que es a nivel del antagonismo entre capital y trabajo a escala de lo que Marx denominara el “capital en general”, antes que a nivel de la competencia intercapitalista entre “varios capitales”, que debe explicarse la dinámica capitalista. Sin embargo, el trabajo no aparece en su análisis como polo de un antagonismo, sino como objeto pasivo de un proceso de creciente explotación que conduce a crisis de realización.

¹³ Una excepción, posiblemente la única, se encuentra en el comentario de T.Smith (1999). Smith rechaza la objeción de que Brenner pasa por alto la lucha de clases en su interpretación del capitalismo de posguerra y propone un esquema donde el antagonismo entre capital y trabajo tendría prioridad desde un punto de vista sistemático y la competencia inter-capitalista la tendría en la explicación histórica. La competencia gozaría de “autonomía relativa” y, en ausencia de un “conflictoabierto de clases”, permitiría explicar la dinámica capitalista. La virtud de este esquema radica en que intenta incorporar la lucha de clases en una posición más precisa que la del “pero además”. Sus defectos son dos. Por una parte, tiende a reducir la lucha de clases a sus grandes oleadas revolucionarias –y en este sentido se refiere a los “niveles de conciencia de clase”, etc.– en la misma medida en que los partidarios del *profit squeeze* tendían a reducirla a los conflictos salariales. Por otra parte, deja sin explicar la sugerente coincidencia entre la gran oleada de la lucha de clases de fines de los 60 y comienzos de los 70 y el desencadenamiento de la crisis a escala mundial.

¹⁴ Véase en este sentido Holloway (1995).

¹⁵ En este sentido, un partidario de la escuela del capital monopolista de la *Monthly Review*, J. B. Foster (1999), objetó a Brenner que su interpretación de la crisis a partir de la competencia intercapitalista era incompatible con los procesos de concentración y centralización del capital. Brenner (1999) respondió, correctamente, recordando que esos procesos implicaban la supresión de la competencia intercapitalista. “El problema básico con este escenario –en el cual la concentración, centralización y escala masiva dan surgimiento al poder monopolista y el poder monopolista opera una tendencia que aumenta el excedente– es que descansa en definitiva sobre la efectividad de barreras de entrada que son más que temporarias. Pero, si existe alguna tendencia tan marcada en

el capitalismo contemporáneo como esta hacia la concentración, centralización y escala masiva, es la tendencia hacia la incrementada movilidad y movilizabilidad del capital a escala internacional." Para un buen panorama acerca de las investigaciones contemporáneas sobre la dinámica competencia-colusión de las firmas puede recurrirse a Cantwell (1991).

¹⁶ Varios comentaristas reclamaron una mayor precisión a Brenner. D. Laibman escribió en este sentido que "sin un cuidadoso y sistemático argumento cuantitativo (un modelo), uno simplemente no tiene forma de saber si las afirmaciones centrales de la cadena de argumentos verbales de Brenner son válidas" (1999, p.107). Este reclamo, poniendo entre paréntesis la manera excesivamente académica en que Laibman lo plantea, está esencialmente justificado.

¹⁷ Fine, Lapavistas y Milonakis señalan también este punto: "su afinidad con la teoría de Adam Smith de la rentabilidad declinante es notoria" (op.cit, pág. 54). Señalan la paradoja que esto acarrea confrontado con sus anteriores polémicas con el "marxismo neo-smithiano" que explicaba la transición en términos del crecimiento del mercado –esto es, Sweezy en su debate con Dobb. Este "smithianismo" de Brenner merece empero una aclaración. Esa referencia cruzada de Fine *et alii* pone en juego, en realidad, dos ideas smithianas distintas. (A) la vinculada al debate sobre la transición corresponde a la explicación smithiana del origen y desarrollo de la división del trabajo en términos de extensión del mercado (esto es, en el Libro I de *La riqueza de las naciones*). Esta explicación es objetable sencillamente porque Smith identifica división del trabajo con división *mercantil* del trabajo; a su vez, el "marxismo neo-smithiano" otrora criticado por Brenner sería objetable por identificar extensión del mercado con capitalismo. (B) la vinculada específicamente con la interpretación de Brenner de la rentabilidad declinante corresponde a la explicación smithiana de la –digámoslo así– dinámica a largo plazo de la acumulación capitalista (en el Libro II, cap. III de *La riqueza...* particularmente). Esta explicación, basada en una suerte de "saturación" de capitales, ya había sido objetada por Ricardo en el cap. XXI de los *Principios...* en términos de falacia de composición. Ambos asuntos son independientes y sólo éste último sería el "smithianismo" objetable en las páginas de Brenner que aquí nos ocupan.

¹⁸ Fine, Lapavistas y Milonakis señalan también este punto, insistiendo en la importancia de la mediación crediticia entre la producción y la circulación y, en función de ello, concluyen que "la relación entre el reemplazo del capital fijo y la rentabilidad también se mueve en la dirección opuesta a la única sugerida por Brenner: la baja rentabilidad en condiciones de recesión puede catalizar el reemplazo de capital fijo" (id., pág. 63).

¹⁹ Véase, por ejemplo, el reciente análisis del problema de la productividad del trabajo en EEUU que hace Lester Thurow en *Building Wealth*, New York, Harper Collins, 1999.

²⁰ Véase Brenner (1998). Malloy y Post (1999) le objetaron que la recuperación norteamericana responde a una profunda restructuración productiva desarrollada desde mediados de los 80. Mo-seley (1999), por su parte, sostuvo que dicha recuperación, lejos de responder a un incremento en la productividad del trabajo derivado de nuevas tecnologías, se debe principalmente al incremento de los flujos de capital hacia los EEUU de 1993 en adelante.

²¹ Debe advertirse, con Brenner, contra afirmaciones cuyo contenido es eminentemente empírico y que, sin embargo, no van acompañadas de evidencia empírica alguna. Un caso sorprendente se encuentra en un comentario de Camejo (1991), quien realiza un cuestionamiento generalizado de los datos de Brenner sin proponer empero otros alternativos.

²² Véanse al respecto sus intervenciones previas, motivadas en el mencionado giro de Clinton hacia el equilibrio fiscal (Brenner 1993 y 1995), y la respuesta de M. C. Malloy, una discípula de Shaikh (Malloy 1995).

Indagando la economía mundial: dos pasos atrás

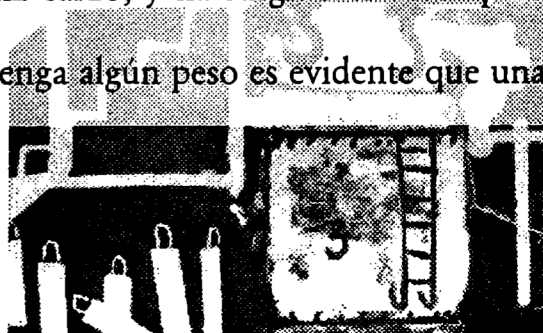
Ben Fine / Costas Lapavitsas / Dimitris Milonakis

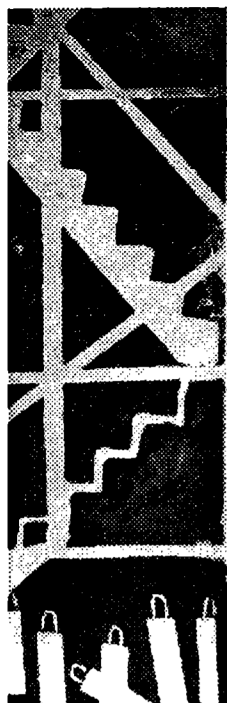
1. Introducción

El rumor de que un número entero de la *New Left Review* iba a ser dedicado a una contribución de Robert Brenner sobre la economía mundial contemporánea, hizo que este fuese ansiosamente anticipado por muchos estudiosos de economía política. Altamente respetado por iniciar y fijar los términos del debate sobre la transición agrícola, el cambio en la atención de Brenner del pasado al presente prometía llenar el vacío analítico que ha persistido en la economía política desde unos veinte años o más a esta parte. A pesar de la teoría de la regulación y del posfordismo, la comprensión del capitalismo contemporáneo entre los economistas ha progresado muy poco en este período. Incluso podría argumentarse que ha retrocedido.

Brenner argumentó que la sobrecapacidad y la sobreproducción de la industria mundial ha provocado la declinación de la tasa de ganancia, y que esta, a su turno, actuó como la causa principal del “largo declive” (*long downturn*) de la acumulación capitalista desde principios de los '70.¹ La aparición de sobrecapacidad y sobreproducción coincidió con la intensificación de la competencia internacional entre los EE.UU., Alemania y Japón hacia fines de los '60. La caída resultante de la rentabilidad ha producido una reducción en el crecimiento de inversiones en manufacturas que terminó con la aparición de un “largo declive”. En consecuencia, el crecimiento de la productividad y de los salarios ha caído, y ha surgido el desempleo masivo persistente.

Para que el argumento de Brenner tenga algún peso es evidente que una explicación debe darse de por qué la reestructuración capitalista en este período no resultó en la eliminación de sobrecapacidad y sobreproducción. Para encarar este punto, Brenner utiliza el siguiente argumento





teórico: los industriales que hacen inversiones enormes de capital constante no requieren una tan alta tasa de ganancia en este capital “hundido” como en el capital circulante que usan. Es más, las empresas manufactureras que controlan el mercado y con grandes inversiones en capital constante suelen tener relaciones de largo plazo con sus proveedores y clientes, y acumular *know-how* tecnológico y de otro tipo. Estas razones en conjunto implican que los ocupantes pueden derrotar efectivamente a los nuevos competidores, y de ese modo seguir operando, impidiendo la reestructuración. El crecimiento lento de la demanda —mientras las ganancias, la inversión, los salarios y la demanda de consumo caen— exacerba las dificultades para reestructurar debido al lento crecimiento de las nuevas líneas de producción, dejando así menos posibilidades de inversión para los nuevos competidores.

Sobre esta base teórica, sigue una larga narración del desempeño de posguerra de las economías de Estados Unidos, Alemania y Japón que se lleva la mayor parte de la contribución de Brenner. El lugar central de la narrativa histórica se reserva a los movimientos de las tasas de cambio como determinantes de la competitividad de los capitales nacionales. Se consideran también las políticas keynesianas y monetaristas, y la conclusión de Brenner es que éstas no pudieron manejar la sobrecapacidad y la sobreproducción de la industria. Sin embargo, en los años '90 hubo una recuperación parcial de la ganancia industrial norteamericana. En este punto, Brenner reconoce que se logró una cierta reestructuración de los sectores manufactureros norteamericanos, pero enfatiza que no hay ninguna “economía de risitos de oro”; los éxitos de los '90 tienen más que ver con la subvaluación del dólar y el estancamiento del salario real. De modo que la contrapartida inevitable del éxito de Estados Unidos fue la pérdida de competitividad de Alemania y Japón. Por el mismo punto se infiere que difícilmente el éxito norteamericano tenga larga vida.

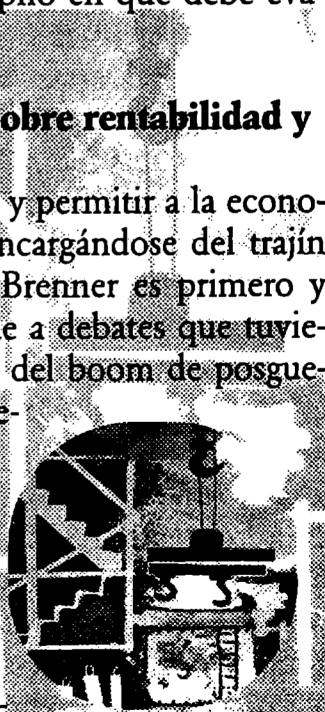
Se verá en lo que sigue, que la contribución de Brenner, si bien de agradable lectura e informativa en aspectos particulares, ha prometido mucho más de lo que ha brindado efectivamente. Mostraremos por que es así ubicándola dentro de un conjunto de textos afines. En particular, la sección 2 del artículo demuestra las notables afinidades entre el análisis de Brenner y las discusiones sobre rentabilidad y crisis que ocurrieron en la *Conference of Socialist Economists* en los años '70. Brenner mismo no retoma esos viejos

debates británicos como punto de partida, sino estructura su argumento teórico y empírico como una crítica de la explicación del 'profit squeeze' (estrangulamiento de las ganancias) del largo estancamiento. De hecho, al ubicar la propia contribución de Brenner dentro de los parámetros de los viejos debates de la CSE, podemos mostrar que su aproximación a la crisis capitalista se parece demasiado a la explicación basada en el 'profit squeeze', a pesar del rechazo de sus argumentos centrales. Las secciones 3 y 4 indagan los fundamentos teóricos de la argumentación de Brenner, en particular su visión de la competencia entre capitalistas, formada por presiones en torno a la acumulación y renovación del capital constante. La sección 3 emparenta la contribución de Brenner con Adam Smith, la siguiente con la economía neoclásica. La sección 5 trata la ausencia del crédito y del mecanismo del crédito en el modelo de crisis capitalistas de Brenner. La sección 6 se dedica a la internacionalización de la producción y las finanzas, fenómenos de importancia crítica para la dinámica de la economía mundial desde comienzos de los '70 y aspectos que Brenner deja completamente fuera de lado en su estudio. La sección 7 amplía nuestra revisión crítica de la contribución de Brenner por una breve consideración de su trayectoria intelectual. En particular, demuestra que la ausencia de un análisis teórico del valor, un aspecto que determina decisivamente su trabajo en la *New Left Review*, también es una característica de sus trabajos previos. Finalmente, la sección 8 concluye por delinear el contexto más amplio en que debe evaluarse la contribución de Brenner.

2. Afinidades con los debates británicos del '70 sobre rentabilidad y crisis

Lejos de constituir un salto decisivo hacia adelante y permitir a la economía política recuperar el tiempo analítico perdido, encargándose del trajín del capitalismo contemporáneo, la contribución de Brenner es primero y principalmente un ejercicio de nostalgia. Nos retrotrae a debates que tuvieron lugar veinticinco años atrás como reacción al fin del boom de posguerra. De no ser por el despliegue selectivo de datos y referencias a bibliografía que se ha generado desde entonces, la obra de Brenner bien podría haber sido una contribución al viejo debate. Para situarla en este contexto, consideremos entonces como estaba dado el debate, o al menos parte del mismo.

En los comienzos de los años setenta, *Capital & Class* (o el *Bulletin of the Conference of Socialist Econo-*



mists, como se llamaba entonces), solía llevar a cabo análisis de corto plazo sobre la economía británica, que fueron llevados a cabo inicialmente por Andrew Glyn y sus colegas. Su punto de partida había sido la teoría del '*profit squeeze*', para la que la presión de los salarios por parte de los trabajadores, conjuntamente con la competencia internacional en los mercados de mercancías, terminaba en caída de las ganancias ([Glyn and Sutcliffe-1972], siguiendo a [Glyn and Sutcliffe-1971]). En otras palabras, la militancia de los trabajadores y los incrementos de salarios por sobre los aumentos de productividad eran percibidos como los elementos centrales de la dinámica de la economía británica. Una hipótesis subsidiaria, presupuesta como válida, era que existe una relación inevitable entre caída de las ganancias y estancamiento (o crisis) de acumulación.

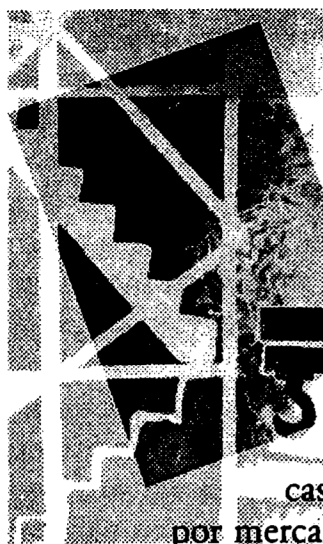
Posteriormente, la idea de que los salarios podrían encontrarse en un nivel demasiado alto fue complementada con la noción de que estos también podrían estar demasiado bajos. Si los salarios cayesen debajo de cierto nivel, entonces se limitaría el nivel de demanda agregada y se generaría una crisis de realización al capitalismo. Ambas posturas sobre los salarios juntas dieron origen a la idea de que los salarios deben fluctuar en una banda: no deberían ser tan elevados que pongan en riesgo las ganancias, ni tan bajos que socaven la demanda de bienes. De este modo, desde un punto de vista analítico, la banda de salarios conformó el esquema contra el que debían evaluarse políticas y resultados (aunque la noción de banda salarial nunca entró explícitamente en el racconto empírico de política y resultados). Se veía a los gobiernos según adoptaban una postura dura o una blanda: ya sea recompensando excesivamente el trabajo desde la perspectiva de las ganancias, o desinflando la economía en términos de demanda global.²

Esta perspectiva permitía evaluar los desarrollos de corto plazo y explicarlos en los términos delineados arriba. También dio lugar a la aparición de consideraciones de largo plazo y a un esquema analítico más amplio. De una parte, la banda salarial difícilmente podía esperarse que se mantuviese estable todo el tiempo; mas bien, esta debía cambiar con el incremento de la productividad. De otra parte, Glyn y sus colaboradores estaban comprometidos con lo que se ha llamado neoricardianismo o '*profit squeeze*', la idea que la lucha por los salarios es el eje de los resultados económicos. Esto, como observamos, era complementado por una teoría keynesiana de la demanda, basada en la división de la renta nacional entre ganancias y salarios (además de rentas públicas y cómo éstas son gastadas). En efecto, se había adoptado un enfoque keynesiano informal de izquierda.³

Aunque la aproximación '*profit squeeze*' de Glyn et al. fue por largo tiem-

po objeto de un considerable debate en el nivel teórico, sus análisis empíricos de los desarrollos de corto plazo monopolizaron la *CSE* hasta que fueron desafiados por Fine y Harris [1973 y 1796]. Basándose en una posición bien diferente en la controversia sobre la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, ellos enfatizaron que el análisis tanto del corto como del largo plazo de la dinámica de la economía capitalista debía centrarse en la reestructuración del capital basada primero y principalmente en el aprovechamiento de las economías de escala y extensión que surgen del manejo de volúmenes cada vez más grandes de capital productivo. Además, en el capitalismo contemporáneo, esa reestructuración del capital productivo estaba siendo condicionada fuertemente por la intervención estatal y la internacionalización (las empresas multinacionales). Mientras que las relaciones de distribución (niveles de salario y demás) jugaban un papel importante (y eran ellas mismas reestructuradas, como también lo era el capital mercantil y el dinero), tenían que estar ligadas al proceso competitivo de acumulación y reorganización del capital productivo.

¿Cómo se ubica Brenner entre estas dos posiciones, bosquejadas muy resumidamente aquí? Paradójicamente, aunque parece estar más cerca de la segunda posición y rechaza explícitamente la primera en determinados aspectos, su contribución muestra una afinidad muy fuerte con la aproximación del *'profit squeeze'*. Su argumento teórico central es que la acumulación del capital opera utilizando cantidades de capital constante cada vez más grandes, incorporando por lo general nueva tecnología y aumentando la productividad, siempre que pueda desplazar a los viejos capitales del lugar que ocupan en la demanda del mercado. Si fracasa este desplazamiento, la rentabilidad cae mientras se materializan sobrecapacidad y sobreproducción; de este modo se desalienta la inversión, lo que desacelera el ritmo de acumulación de capital de la economía. A su vez, la sustanciación empírica de esta teoría es llevada a cabo enteramente en términos de bloques de capital que corresponden a las economías nacionales. Lo global se asume representado por las tres economías nacionales líderes de Estados Unidos, Alemania y Japón. Su desempeño (y el de la economía internacional) es evaluado principalmente en términos de acceso a mercados mundiales o desempeño de las exportaciones. En resumen, Brenner parece preocuparse de la reestructuración del capital (constante) y de su relación con la reestructuración de los mercados internacionales; sin embargo, su enfoque es fuertemente similar al del *'profit squeeze'*, a pesar de desviarse, en cuanto a preocupaciones teóricas, de la banda de salarios, la distribución, y en menor medida, la realización.⁴ Consideremos este aspecto a continuación.



Primero, al igual que en el esquema '*profit squeeze*', el método de Brenner es la especulación sobre las causas de la caída de la tasa de ganancia⁵, lo que lo lleva a considerar por qué la productividad no aumenta lo suficientemente rápido. Su respuesta, como observamos, descansa en términos de la incapacidad del nuevo capital de desplazar al viejo, a pesar de su mayor productividad.

Tanto el fracaso como el éxito en esta relación son percibidos como respuestas lógicamente posibles, pero lo que parece llevar al fracaso es la competencia intensificada entre capitalistas por mercados. Analíticamente, este es exactamente analógico al '*profit squeeze*'. Este comienza preguntándose "¿qué hará caer la tasa de ganancia?" La respuesta es: los salarios crecen demasiado rápidamente, aunque salarios demasiado bajos son también una posibilidad lógica. Brenner acepta el método pero desvía el centro de su análisis hacia términos que se proclaman explícitamente como innovadores. Lo que es considerado crucial para Brenner es que la caída de la ganancia surge de la competencia intracapitalista y no de la lucha entre clases, es decir la competencia por abastecer mercados limitados entre capitalistas que detentan el poder de mercado con grandes inversiones fijas, y los que entran al mismo con nueva tecnología. De este modo, la caída de la ganancia descansa en factores apodados "horizontales" en vez de "verticales". Además, y nuevamente en línea con el esquema del '*profit squeeze*', una vez que la tasa de ganancia cae, sobreviene la recesión: cae la inversión, como también la productividad, los salarios reales y el empleo.⁶

En segundo lugar, tanto Brenner como los defensores del '*profit squeeze*' derivan resultados concretos directamente de la teoría abstracta. En el esquema del '*profit squeeze*', la relación inversa entre salarios y ganancias, *ceteris paribus* —como dicen siempre los economistas— es decir con todas las demás variables permaneciendo más o menos constante. La competencia entre capitales individuales, mientras maniobran para ganar una ventaja productiva invirtiendo (o no), se traduce para Brenner directamente en niveles de demanda de mercado. En otras palabras, para ambos no hay mediación entre el sistema productivo y el sistema de mercado (como capital productivo y capital mercantil respectivamente, en el lenguaje de Marx). Como se invierte el capital constante, sus fuentes de financiación y el uso de fondos de plusvalía generados, el proceso de trabajo, la integración vertical y hori-

zontal de la actividad económica, la creación de mercados y la competencia por ellos, y así sucesivamente, todo esto queda subsumido bajo la simple relación entre capital constante de inversión y acceso a los mercados (especialmente de exportación). De particular importancia, como se verá en detalle en las secciones 5 y 6, es la falta de cuidado de Brenner por el rol mediador del sistema financiero al colocar fondos de inversión, facilitar la realización de la producción y crear stocks de deudas que disparan las crisis capitalistas.

Tercero, y como consecuencia de lo segundo, ciertos factores económicos son privilegiados analíticamente solo por virtud de inclusión, mientras otros son excluidos. Para el esquema del *'profit squeeze'*, la teoría de corto plazo se basa en las condiciones productivas dadas y en el sistema de precios correspondientes, en el que los salarios y las ganancias se relacionan inversamente unos con otros. Mucho de lo mismo es verdad en Brenner, excepto que el enfoque cambia del resultado de los salarios-ganancia-mercado a los de ganancia-inversión-productividad. En cada caso, otros factores son reducidos tan solo al impacto que tienen sobre la cadena de causalidad dada.

Cuarto, el análisis aplicado por Brenner tanto como el del *'profit squeeze'*, son fuertemente keynesianos. Con la economía vista en una larga trayectoria por la horizontalidad del conflicto entre capitalistas, por ejemplo, los niveles de actividad económica están determinados por la política gubernamental, las tasas salariales y, particularmente importante, la tasa de cambio (como instrumento de competencia entre mercados). Además, tanto Brenner como los defensores del *'profit squeeze'* se centran en los bloques de capital que son esencialmente sinónimos del estado-nación y que compiten entre sí mediante la repartición de mercados de exportación.

En vano decir que una cosa es observar estas similitudes entre Brenner y los primeros trabajos del *'profit squeeze'* y otra bastante distinta, mostrar las debilidades de su análisis en sí mismo y no por errores derivados de éstas. La próxima sección se dedica a esta tarea.

3. Explicaciones “horizontales” de la caída de la ganancia: el fantasma de Adam Smith

Examinada más de cerca, la teoría de Brenner sobre la caída de las ganancias puede pensarse como un tipo particular de subconsumo por su explicación particular de subinversión. Esencialmente, Brenner postula la posibilidad de crisis si los capitalistas individualmente evitan invertir por temor a no conseguir suficientes mercados para su expandida y más productiva inversión. Este comportamiento se autoreforza porque la falta de inversión

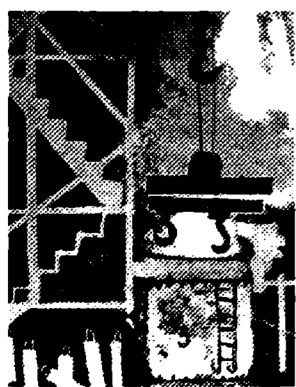
socava los mercados de otros, siendo ésta exactamente la fuente inagotable de recursos asociada a Kaldor y Kalecki, ya que los capitalistas incorporan como ganancia lo que gastan (tanto en consumo como en inversión).

Hay, con todo, una vuelta irónica a la teoría de Brenner. Esta afinidad con la teoría de Adam Smith sobre la caída de la ganancia es notable. Para Smith, el camino hacia el estadio comercial de la sociedad (capitalismo) se funda en la interacción entre el tamaño del mercado y la productividad ligada a una creciente división del trabajo (representada más notablemente en una fábrica de alfileres). En efecto, Brenner ha reproducido (y degradado, como se verá) el análisis de Smith, adoptando el caso especial de una creciente división del trabajo exclusivamente asociada a nuevo y mejor capital constante. La ironía es que Brenner [1977] dedicó él mismo a una muy mordaz crítica del marxismo neosmithiano en su evaluación de la teoría de la dependencia y el subconsumo, ligada por ejemplo, al trabajo de Frank, y Baran y Sweezy en su clásico *Monopoly Capitalism* (*El Capital Monopolista*). Sin embargo, la narración de Brenner de la economía de posguerra del capitalismo norteamericano revela una gran similaridad con *Monopoly Capitalism*: una escasez de inversión subconsumista ocurre porque los capitalistas monopolistas no pueden darse cuenta de las ganancias potenciales que provendrían de altos niveles de productividad —y menos aún los nuevos entrantes.⁷ Brenner percibe la falta de salidas de mercado como el resultado de la competencia intracapitalista. Baran y Sweezy también evalúan lo que ellos consideran intentos inútiles de encontrar salidas alternativas para el excedente potencial, una posibilidad que es escasamente reconocida por Brenner. En suma, la posición de Brenner es una mezcla de monopolismo-estancacionista y fuerte smithianismo. Aunque Smith argumenta que los límites del crecimiento de la división del trabajo impuestos por la magnitud del mercado terminarán finalmente en una caída de la tasa de ganancia asociada a un estado estacionario y declinante de la economía, Brenner es menos pesimista y permite el crecimiento continuado aunque a niveles moderados.

Como es bien conocido, la teoría de Smith sufre de una simple falacia de la composición: lo que es verdad para un sector individual no lo es para la economía en su conjunto. Para un nivel dado de actividad económica, las perspectivas dentro de un sector están limitadas por la capacidad existente, y más inversiones se enfrentarán con mercados inadecuados y caída de ganancias. Estas conclusiones no se pueden transportar a la economía en su conjunto, porque las inversiones en cualquier sector proveerán mercados en otro. Brenner está agudamente al tanto de esa posibilidad, porque permite

que después del boom de posguerra siga una desaceleración. Sin embargo, más adelante se muestra que su teoría no puede explicar ni la desaceleración ni el boom, tan solo permitir que ambos sucedan. En efecto, provee un esquema para trazar empíricamente la relación entre mayor o menor crecimiento de los mercados y la renovación y crecimiento del capital constante, una narración a la que volveremos a atender más adelante.

No obstante esto, hay un aspecto clave en el que Brenner replica la falacia de la composición de Smith. Brenner rara vez se fija en la producción y nunca se encarga de los insumos (algo también característico del esquema del *'profit squeeze'*). Más exactamente, se ocupa de la competencia por mercados de exportación sin reconocer que las mismas exportaciones de uno son las importaciones de otro. Nuevas inversiones dentro de un sector pueden ser la receta de la sobrecapacidad y caída de la rentabilidad de todos los productores. Sin embargo, si esto ocurre, tiene necesariamente su contrapartida en la caída de los precios para los consumidores. Si estos consumidores son otros productores, la caída de ganancias de sus proveedores aumenta necesariamente su propia ganancia en la forma de insumos con precios más bajos. Si los consumidores son trabajadores, entonces éstos deberán consumir lo mismo con más bajos salarios, aumentando las ganancias, o beneficiarse por un incremento sustancial en los salarios reales. Esto último es descartado como explicación de la caída de la ganancia en la propia descripción empírica de Brenner y tiene conexión directa con su relato mecánico en el que la caída de la ganancia termina necesariamente en crisis o al menos en "estancamiento". En este sentido el argumento de Brenner concierne la inducción a invertir y la capacidad de invertir: bajas ganancias significan que no se invierte aún teniendo el dinero para hacerlo, algo que no sucede. Sin embargo aún desde la perspectiva de un capitalista individual, esta es sólo una parte de la historia. Si la ganancia es baja, no menos porque yo me asiento sobre capital viejo y menos eficiente, yo estoy



bajo una presión competitiva considerable para invertir de modo que pueda incrementar la ganancia e, igualmente importante, garantizar la reproducción del capital constante existente, cuyos costos hundidos están de otro modo obligados a perderse. Exactamente este mismo argumento se aplica a potenciales nuevos inversores, quienes pueden incrementar la ganancia con el fin de desplazar a los rivales solo refutando con la práctica la relación supuestamente inversa entre ganancia e inversión.

Además, si la falta de fondos debido a las bajas ganancias es el problema (que afecta a la capacidad de invertir), el capitalismo contemporáneo se caracteriza fundamentalmente por un sistema financiero que se constituye no sólo por el capital dinero ocioso, sino también por otros fondos que están en general potencialmente disponibles para la acumulación. En principio, bajas tasas de inversión pueden tener el efecto de reducir la tasa de interés y el costo del crédito mientras el excedente social se acumula. En resumen, aún con bajas tasas de ganancia, la capacidad de financiar la inversión está sujeta en realidad a límites muy flexibles; y la inducción siempre se complementa en grados variables con la coerción para invertir.⁸

El punto clave es que una ganancia industrial positiva o incluso declinante es mejor que ninguna ganancia, especialmente si es la fuente de un excedente que sostiene sectores no manufactureros, tanto a través del estado u otros empleos improductivos, como en el reino de los bancos y las finanzas. En otras palabras, sin entrar en el debate sobre trabajo productivo e improductivo y su importancia para la acumulación contemporánea, la relación entre ganancias, inversión fija y acceso a los mercados es considerablemente más compleja de lo que Brenner concede. Mientras desarrolla libremente nociones de sobreproducción y competencia intensificada, la sobreproducción es poco más que una tautología para referirse a un crecimiento lento por el acceso a mercados insuficientes. En cambio, la competencia intensificada (inversión intensificada) dentro de la economía como un todo, puede solo ser un mecanismo para igualar tendencialmente la tasa de ganancia, un punto que estaba claro para Marx y Ricardo, en oposición a Smith. La competencia no puede hacer bajar la tasa de ganancia: un conjunto de capitalistas debe ganar cuando otro pierde si los precios de mercado son más bajos.

4. Individualismo y explicaciones de crisis capitalistas

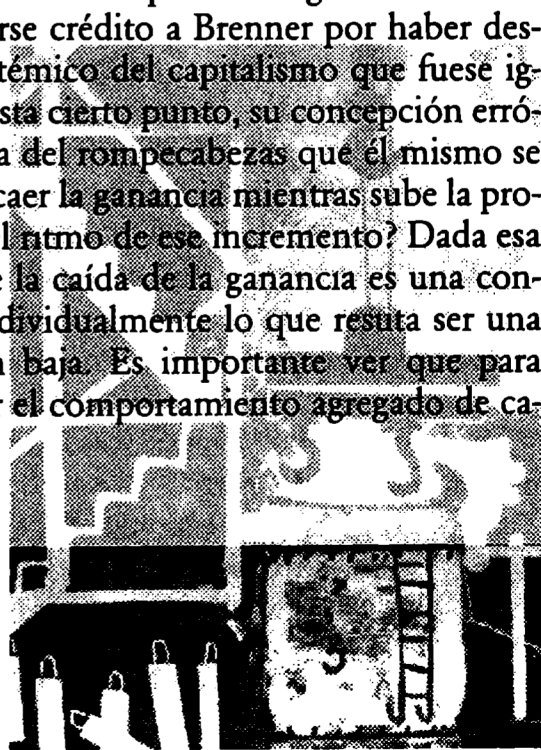
La teoría de Brenner, como ha quedado claro ahora, está construida esencialmente sobre el comportamiento de capitalistas individuales. ¿Eligen éstos invertir o no frente a la competencia de los ya establecidos en el mercado? Así, como la resistencia de salarios y lugares de trabajo no ha sido muy severa, el retraso en el crecimiento de los últimos veinticinco años se entiende como la consecuencia de relaciones no planificadas y descoordinadas entre capitalistas individuales (aunque organizados en bloques nacionales). Al respecto, la perspectiva que tomó Brenner lo ha traicionado bastante.

El capitalismo contemporáneo ha probado ser particularmente hábil, si

bien imperfecto, para enfrentar estos problemas. Para Brenner, se trata sólo de un problema de acceso individual a mercados (o de la reestructuración del capital mercantil en línea con la reestructuración potencial de capital constante productivo). Pero para un capitalista con un potencial de inversión a explotar a expensas de otro mercado, la solución es simple: se trata de comprar la empresa que compite y cerrarla, haciendo desaparecer su capacidad instalada.⁹ Por supuesto que puede ser necesario pagar un sobreprecio para hacerlo (si la compra subrepticia se vuelve imposible), y esto puede bajar la ganancia final o incluso el incentivo a proceder. Sin embargo, no solo es una ganancia positiva mejor que ninguna, como ya se argumentó, sino además, durante un periodo de veinticinco años de aumento de la productividad potencial (como lo ha sido el "largo declive"), este tipo de comportamiento se tiene que volver inevitablemente cada vez más atractivo. Además, el problema no es simplemente un caso de relaciones contables entre empresarios aislados e independientes. El sistema financiero del capitalismo contemporáneo promueve la adquisición y fusión con el objeto de ganar acceso a los mercados (una función ya reconocible en tiempos de Marx), no menos a través de integración vertical como también horizontal. Igualmente importante ha sido el efecto de la política económica del estado buscando la racionalización de la industria, con políticas industriales frecuentemente diseñadas explícitamente para conseguir estos fines.

En resumen, difícilmente pueda darse crédito a Brenner por haber descubierto un problema individual y sistémico del capitalismo que fuese ignorado por los mismos capitalistas. Hasta cierto punto, su concepción errónea se deriva de la naturaleza engañosa del rompecabezas que él mismo se ha armado, en concreto ¿cómo puede caer la ganancia mientras sube la productividad, con los salarios sin seguir el ritmo de ese incremento? Dada esa formulación, la respuesta debe ser que la caída de la ganancia es una consecuencia de capitalistas que eligen individualmente lo que resulta ser una tasa de ganancia sistemáticamente en baja. Es importante ver que para Brenner la economía es gobernada por el comportamiento agregado de capitalistas individuales:

Los empleadores no encontrarán motivación alguna a invertir en ningún lugar ni tiempo salvo que puedan asegurarse una tasa de retorno satisfactoria. Los empleadores deben, en otras palabras, demandar



una tasa de ganancia satisfactoria *como condición para invertir*, porque una tasa de retorno satisfactoria es la condición fundamental para la competitividad y por ende la viabilidad de la firma. [Brenner, 1998:19, énfasis en el original]

Esto es o bien una tautología o bien falso, dejando de lado la compulsión a invertir para preservar el capital existente. Seguramente los empleadores tomarán la ganancia que puedan obtener, sin garantía alguna de antemano. Para ponerlo en términos sencillos, los empleadores se preocupan menos por las certezas con las que se encuentran, como la presencia de competidores establecidos, porque no hay nada que puedan hacer contra éstos. Su preocupación reside en los imprevistos que los esperan, especialmente aquellos que son una consecuencia sistémica del capitalismo (más que los shocks azarosos asociados a la economía neoclásica).

Todas las versiones individualistas de crisis del tipo usado por Brenner se encuentran con un problema inmanejable, especialmente después de la revolución sobre expectativas racionales dentro de la economía neoclásica. Como nos hemos tomado el trabajo de señalar, la teoría de Brenner no llega a ningún punto que esté por encima del conocimiento de un capitalista individual, es decir el temor de hallar capacidad ocupada y mercados insuficientes en vista de los niveles de crecimiento general. En consecuencia, no hay ninguna otra razón, que los inciertos azarosos, para que los capitalistas se vean sorprendidos o decepcionados por los resultados. El esquema de Brenner es, pura y simplemente, uno de falla de coordinación entre (unos pocos) muy grandes capitalistas. Éstos, o más exactamente los mercados, no pueden coordinar el nuevo potencial de inversión con oportunidades expandidas de mercado. En una palabra, esto es simplemente un juego de confianza (jugado solo por empleadores) donde todos podrían estar mejor solo si cada uno se asegurase que todos los otros invertirán (o no) apropiadamente.¹⁰ Para Brenner, ese seguro no está dado aún cuando hay instituciones privadas (el sistema financiero) y públicas (el estado) que podrían proveerlo externamente.

Esto no intenta ser una parodia. En verdad es la formalización apropiada para la teoría individualista propuesta por Brenner, despojada de su lenguaje marxista. Es también un indicador de la ausencia de mediación entre la teoría y los resultados del relato de Brenner que notamos antes. Este resumen es rápidamente concreto como consecuencia del enfoque en el comportamiento de inversión de los capitalistas individuales. Más allá del ex-

traordinario determinismo tecnológico mostrado por Brenner en torno a capital constante y acceso a mercados, esto implica una metodología que evita referencias a leyes abstractas o tendencias, una ausencia de consideración alguna de las estructuras económicas mediadoras (como el sistema financiero y comercial), y, en suma, un total desprecio por cualquier teoría del valor. La crisis es simplemente un problema de la extensión de la coordinación o no de la inversión de los capitalistas a través del mercado, donde el mercado en sí mismo es concebido solo como un nivel de demanda, sin considerar la variedad de instituciones propias y ajenas al mercado gracias a las que la economía funciona en la práctica.

En este sentido, considérese otra forma igualmente reveladora y relacionada de examinar la contribución de Brenner. Hay claros precedentes para esto dentro de la economía ortodoxa. La versión más simple está asociada con la contribución de Domar [1946] al modelo Harrod-Domar de crecimiento. Para Domar, la tasa de crecimiento de una economía capitalista se reduce a la proporción de capacidad excedente, ya que la nueva inversión necesita desplazar a la vieja capacidad que puede no estar aún técnica ni económicamente obsoleta. Nuevas plantas deben abastecer los mercados y ocupar los recursos previamente absorbidos por la vieja planta, pero los dueños de la última tienen incentivos para presionar sobre los precios del mercado de insumos y productos para seguir sobreviviendo. Estos paralelismos con la ortodoxia muestran que la teoría elegida por Brenner es compatible con un crecimiento balanceado y sostenido, aunque en un camino de crecimiento que no es a plena capacidad.

Más recientemente sin embargo, la teoría neoclásica del crecimiento nuevo o endógeno ha producido varios modelos sobre el tipo de posturas desarrolladas por Brenner, pero en una gama mucho mas amplia,¹¹ y avanzando así respecto de los años '70 cuando no existían en ese sentido más que los argumentos informales asociados con Schumpeter. Al tratar de explicar por qué las tasas de crecimiento difieren, cualquier imperfección del mercado puede ser un instrumento analítico. Una opción en este sentido son las fallas de coordinación entre nuevas y viejas inversiones. Pero existen muchas otras imperfecciones del mercado que han sido desarrolladas por la nueva teoría del crecimiento, desde factores de los mercados de capital, hasta el aprendizaje sobre la marcha (*learning-by-doing*), el crecimiento del capital humano, y así siguiendo.¹² Brenner, como ya se observó antes, es muy selectivo al concentrarse en el alcance de la coordinación secuencial de la inversión fija. De modo similar, la literatura del crecimiento endógeno varía sobre una serie de factores siempre en expansión, pero se

mantiene altamente simple en cuanto al número de variables incluídas. Con todo, la literatura termina en un conjunto extremadamente complejo de resultados posibles sobre la base de decisiones de inversión descoordinadas. Puede haber equilibrios de alto y bajo crecimiento como necesita Brenner para explicar el boom de posguerra y el estancamiento. Pero es también posible tener múltiples equilibrios y una dinámica compleja alrededor o en dirección al equilibrio. Con la inclusión de mas variables, el modelo matemático se convierte rápidamente en inmanejable.¹³

En esencia, los terminos informales y terminológicos en que Brenner desarrolla su teoría esconden su similaridad con la nueva teoría del crecimiento, poniendo en duda inmediatamente la dinámica simple del crecimiento que él propone, es decir, un boom seguido de una fase de estancamiento. Por la misma razón no es aceptable asumir que el camino de crecimiento sostenido esta dado, ni permitir un grado de variaciones de corto plazo alrededor de él, según el tamaño y la división de los mercados. Porque si hay algún logro positivo de la nueva teoría del crecimiento es que extingue las divisiones simplistas entre análisis de corto y largo plazo. Tanto en una teoría de la inversión estratégica como en la nueva teoría del crecimiento, un cambio en la demanda, digamos, puede inclinar la balanza a favor de un tipo particular de inversión con efectos acumulativos que finalmente alteran el camino de crecimiento de la economía. En otras palabras, no hay razón alguna para creer que la teoría postulada por Brenner pueda dar el ritmo de crecimiento que intenta explicar.

5. Caída de la rentabilidad, “crisis” y el rol del crédito

Ahora podemos considerar más de cerca el punto mencionado anteriormente sobre la derivación directa que hace Brenner de resultados concretos (crisis) de su teoría abstracta (caída de las ganancias debida a competencia condicionada por reemplazo de capital fijo), en contraste con la aproximación teórica que se adopta aquí, estos resultados estan necesariamente mediados. La mediación sobre la que nos enfocamos y que se encuentra enteramente ausente en el relato de Brenner, es la que ofrece el crédito. Un punto conveniente de arranque es examinar de cerca el término “crisis” usado frecuentemente por Brenner, aún cuando prefiere “declive” (*downturn*), que parece creer equivalente. Lo más cerca que llega a una definición es lo siguiente:

...una crisis económica, es decir una reducción de largo plazo en la tasa de ganancia que produce un *declive* secular de todo el sistema económico. [Brenner 1998:18]

Cualquier cosa que haga uno con “crisis”, este es claramente un uso idiosincrático del término. Tanto en inglés como en griego, la palabra significa, por sobre todo, una agitación breve y aguda que conduce a un estado armonioso o al colapso. Lejos de ser una sutileza terminológica, esto nos lleva al corazón de los fenómenos económicamente relevantes, y su explicación dentro de la economía marxista que Brenner ansía conquistar.¹⁴

El término “crisis” hace su frecuentemente aparición en el propio trabajo de Marx, siempre en el sentido de agitación breve y aguda, típicamente refiriéndose a una fase particular del ciclo de negocios que era característico del capitalismo industrial temprano. Estas crisis periódicas ocurrieron con una regularidad notable (1825, 1836, 1847, 1856, 1866) y exhibieron grandes similitudes: bancarrotas mercantiles, quiebras de bancos, pánico monetario, tasas de interés usurarias, tasas de cambio en colapso, pérdida de reservas de oro. Rara vez duraron más de unos pocos meses, y además eran típicamente internacionales. Cierre de firmas industriales, caída de la producción, aumento del desempleo, y caída de los salarios caracterizaron los períodos que seguían a la recesión, que no era ciertamente una crisis. El capitalismo industrial avanzado ya no se caracteriza por este tipo de crisis desde el último cuarto del siglo XIX. En cambio, ha habido tres períodos de prolongadas dificultades para la acumulación, 1873–1896, los años ‘30 y el período desde 1973 que parece ser lo que Brenner tenía en mente cuando decía “declive secular de todo el sistema económico”. A fin de que no se piense que esto legitima el uso de Brenner del término, estos períodos mismos contienen diversos episodios de lo que puede llamarse propiamente crisis. Para el período posterior a 1973, éstas han ocurrido en 1973–74, 1979–81, 1990–91 y la gigante que se ha comenzado a desplegar desde 1997, y esto sin involucrarnos con grandes episodios financieros como la crisis de 1982, el crash de 1987 o la crisis de 1994.

Claramente, es una tarea vana intentar explicar la vasta serie de estos fenómenos históricos armados por la teoría de “crisis” capitalista de Brenner como originados en rigideces de la inversión en capital constante que terminan en caídas de la ganancia. Más bien es evidente que una teoría de la crisis debe ser conciente de la especificidad histórica de las crisis capitalistas y de las dificultades de la acumulación. Desde una perspectiva teórica, no es sorprendente: las crisis son fenómenos relativamente concretos que reflejan el carácter contradictorio más profundo, más abstracto de las relaciones económicas capitalistas. Como estas son relativamente concretas, están condicionadas por características específicamente históricas de la economía, tanto internacional como doméstica: la naturaleza de las industrias clave

(productos de algodón, siderurgia, automotriz, petroquímica, y así siguiendo), las cadenas de crédito acostumbradas entre industrias, la estructura institucional del sistema de crédito, los patrones del comercio internacional, las formas de pago internacional, entre otras. La mutua interpenetración de estos procesos económicos, que crean vínculos y obligaciones contractuales, consuetudinarias e históricas, es precisamente lo que le da a la crisis su carácter fuerte y agudo. Por eso mismo es obvio que las crisis cambian y deben cambiar en el curso del desarrollo histórico del capitalismo.

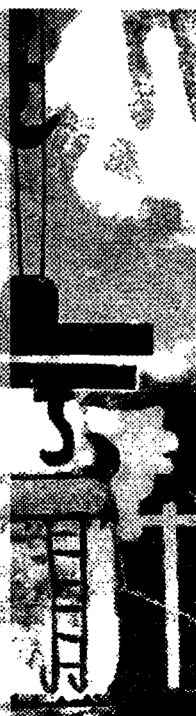
En este sentido, el modelo teórico de Brenner es al mismo tiempo demasiado y demasiado poco abstracto. Es demasiado abstracto porque la caída de la ganancia asociada con el reemplazo del capital constante no puede captar la variedad y las transformaciones de la crisis capitalista: Brenner nos ofrece un tipo ideal de crisis, incapaz de dar cuenta de la experiencia histórica. Por otra parte, no es lo suficientemente abstracto porque nada en la estructura de su argumento teórico admite cambios radicales de la coyuntura económica, que son el *sine qua non* de las crisis capitalistas. Por sobre todo, Brenner no deja lugar teórico al rol del crédito en la reestructuración del capital constante y más generalmente en el sostenimiento de la acumulación capitalista. Merece reiterarse que la caída de la ganancia y la resultante renuencia a invertir nunca podrá producir una crisis capitalista salvo que la tasa de ganancia caiga a cero. Para una crisis debe haber una mediación entre los procesos más profundos en la esfera de la producción (generalmente asociados al capital constante) y los de la circulación. La mediación más decisiva de este tipo la ofrecen el crédito y el sistema de crédito. En este sentido, el juego entre crédito (comercio y bancos), acumulación de capital y las oportunidades admitidas para la especulación son cruciales.

Sólo como un indicador de la complejidad de las relaciones involucradas, considérense los siguientes aspectos abstractos y estilizados de la interacción entre crédito y acumulación industrial y comercial [Itoh and Lapavistas-1998]. El aumento de la rentabilidad en la fase más temprana de recuperación económica alienta la expansión del crédito comercial (adelantado por los capitalistas independientemente del sistema de crédito). La expansión del crédito comercial, a su vez, aumenta las oportunidades para las operaciones especulativas del capital mercantil. Por otra parte, la rentabilidad retraída en la fase tardía del boom termina acortando las cadenas de crédito comercial. Esto implica aumentar la confianza en el crédito bancario a fin de respaldar el crédito comercial, particularmente el capital mercantil que se ha embarcado en vastas operaciones especulativas. Con todo,

la caída en la rentabilidad de los capitalistas, siendo las otras cosas constantes, también significa que los bancos no pueden expandir sus responsabilidades (mayormente depósitos), tan fácilmente como antes. Esto, junto con una mayor confianza de las firmas industriales y comerciales en el crédito bancario contribuye a una presión ascendente en la tasa de interés en la fase tardía de un boom. Una crisis, propiamente dicha, se basa en el movimiento opuesto de la tasa de interés relativa a la tasa de ganancia, que limita sus ganancias potenciales de operaciones especulativas y hace difícil a los capitalistas responder a las obligaciones existentes.

El aspecto agudo y breve de una crisis capitalista resulta mayormente de las relaciones de crédito que apuntalan la acumulación expansiva capitalista. El aumento de los costos del crédito y las perspectivas en caída de la rentabilidad fuerzan la bancarrota de los capitalistas que han tomado demasiado riesgo especulativo. Como las cadenas de crédito están típicamente interconectadas, el fracaso en los negocios puede potencialmente extenderse, una posibilidad que resulta más pronunciada si el crédito mismo colapsa como resultado de los montos de devolución. La expresión más vívida de lo agudo de una crisis es el vuelo de los capitalistas por dinero, un término en boga de lo que es un "*credit crunch*". Esto bien puede exacerbar los fracasos de negocios, afectando incluso a empresas cuyos proyectos eran perfectamente rentables. El punto es importante porque muestra la necesidad de una teoría de la crisis que enfatice la mediación entre la caída de la rentabilidad y el desequilibrio económico: en una crisis capitalista hasta los negocios rentables se caerán. Finalmente, desde que una causa próxima a la crisis es el colapso de las cadenas de crédito y la necesidad de cerrar las obligaciones existentes, es evidente que una crisis no puede durar demasiado. Dado que el volumen de intercambio y crédito bancario se adelanta típicamente para períodos relativamente cortos de tiempo, una crisis difícilmente dure varios años. La crisis representa, en verdad, una agitación breve y aguda.

El reemplazo del capital constante y la introducción de nuevas tecnologías adquiere urgencia adicional luego de una crisis y caracteriza al período de recesión que suele seguirla. En una recesión frecuentemente la competencia entre empresas se exagera porque la caída de los precios tiende a deprimir aun más la tasa de ganancia (aunque, como ya se argumentó, hay un efecto benéfico para aquellos que están comprando mercancías a precios relativos deprimi-



dos). La lucha competitiva intensificada en un ambiente de baja rentabilidad, con los otros factores constantes, seguramente aliente a las empresas a reemplazar la vieja potencia. Brevemente, la relación entre reemplazo de capital constante y rentabilidad también va en la dirección opuesta a la que sugiere Brenner: baja rentabilidad en condiciones de recesión puede catalizar el reemplazo de capital fijo. Claramente el tiempo que esto lleva y las nuevas vías de acumulación adoptadas dependen en gran parte de las características del capital constante existente y de las innovaciones que haya disponibles. Igualmente es claro que el éxito de las empresas depende también de tener acceso a bancos y otros créditos de largo plazo. Otra vez, el crédito juega un rol vital mediando el rol entre producción y circulación.

Esta claro que la formulación teórica de Brenner no está preparada para el análisis de las crisis capitalistas cuando éstas son comprendidas como un desequilibrio económico agudo. Pero, tal vez sea más justo juzgar la teoría de Brenner más estrechamente, o más exactamente, en el terreno diferente aunque relacionado, de prolongados declives de acumulación, que parecen ser su principal preocupación. No hay duda de que el énfasis puesto por Brenner en el reemplazo del capital constante es apropiado en este sentido. Sin embargo, cualquier teoría que intenta explicar los largos declives sobre la base de reemplazo de capital constante también debe proveer evidencia histórica específica sobre las características y la importancia cambiante del volumen relativo del capital constante a lo largo de la historia capitalista. Los largos declives son períodos históricos claramente delimitados y requieren una especificidad histórica en su explicación teórica. Intuitivamente puede verse que las implicancias de los fenómenos de capital constante como la expansión de las redes ferroviarias, la producción en masa de bienes de consumo y la revolución de la tecnología de la información son de importancia crítica para la emergencia de los largos declives y los largos booms. El argumento teórico de Brenner, sin embargo, descansa sobre la pura abstracción y carece de especificidad histórica de cualquier tipo.

Siendo como sea, la ausencia de consideración teórica del crédito de parte de Brenner tiene implicancias decisivas aún en el siguiente sentido: la

movilidad del capital puede combinarse con una inversión sustancial en capital constante, particularmente cuando la inversión de cada empresa representa un aditamento importante a la capacidad productiva de la industria, que típicamente re-



quiere mediación del sistema financiero. Tanto el mercado de valores como el sistema bancario pueden jugar este rol mediador, aunque el primero sobre la base de títulos de acciones y el segundo sobre la base de deudas. Además, la inversión de largo plazo hace que sea imperativo formar expectativas detalladas sobre el futuro del crecimiento de la demanda, particularmente durante el tiempo que lleva construir una gran planta. Así, un campo nuevo es creado para la actividad especulativa que implica la emisión de acciones y los anticipos de créditos bancarios. Esto es particularmente así cuando el mercado de divisas juega un rol central en el suministro de capital de largo plazo para inversiones en capital constante, ya que los retornos del mercado de valores incorporan un elemento significativo de ganancias de capital en los precios de las acciones; ambos resultan de y alimentan a los aumentos de precios.

En consecuencia, las expectativas de retorno, sostenidos por las finanzas vienen a jugar un rol decisivo en la determinación del ritmo de acumulación capitalista. Las expectativas optimistas, sostenidas por un mercado de valores en subida y crédito fácil de los bancos puede crear pequeños booms con un perfil fuertemente especulativo. Por otra parte, un giro hacia el pesimismo si, por ejemplo, la producción no crece tan rápidamente como se espera o la capacidad productiva de los rivales crece rápidamente, puede terminar en una caída de la bolsa y en estrechez de créditos bancarios. El fin que sobreviene al boom no tiene necesariamnete que llevar a una crisis como la descrita anteriormente, ya que el boom mismo tuvo bases distintas. Podría, sin embargo, conducir a un período prolongado de indecisión y desconfianza entre capitalistas hasta que expectativas más optimistas sean otra vez más validadas por respaldo financiero. Otro breve boom puede que siga entonces. En resumen, la provisión de fondos para inversiones en capital fijo de gran escala puede jugar un rol central al generar períodos de estancamiento de la acumulación entrecruzados con booms fuertemente especulativos y recesiones súbitas. Esto parece un camino mucho mas prometedor que el que adoptó Brenner para la explicación teórica del largo debilitamiento, puntuado por varios booms basados en las finanzas, seguido de un colapso súbito, como el posterior a 1973.

Insistimos que uno no tiene por que aceptar lo anterior para ver que el análisis del rendimiento de largo plazo de la acumulación requiere un examen atento del sistema financiero. Es de vital importancia determinar si es central el rol de los bancos, del mercado de valores o alguna mezcla de los dos lo que provee fondos para la inversión de largo plazo. Lo significativo de la estructura institucional del sistema financiero en este sentido ha sido

reconocido por largo tiempo en la literatura económica.¹⁵ Es muy sorprendente que Brenner lo ignore, especialmente viendo el hecho que los sistemas financieros se distinguen típicamente entre anglosajones (basados en el mercado de valores), por un lado, y alemanes y japoneses (basados en bancos), por otro, precisamente los países que eligió como base de su relato.

De este modo, el éxito de posguerra de Japón es probable que deba más al diseño de su sistema financiero y a las relaciones engendradas allí entre bancos y empresas que a la orientación hacia la exportación. El rol relativamente menor del mercado de valores en la financiación de inversiones en capital fijo y la fuerte confianza en el financiamiento bancario resultante fuerzan a los bancos y las empresas a forjar la bien conocida relación de "banco de cabecera".¹⁶ Sostenido por cruzamiento extenso de accionistas, lo que hace las fusiones y adquisiciones a través del mercado de valores muy poco probables, la relación de "banco de cabecera" aseguró una oferta regular de financiamiento regular para la reestructuración del capital constante. Este financiamiento ha sido de especial importancia durante las recesiones, particularmente desde que se ha acoplado con la tolerancia a no pagar los intereses de períodos significativos de tiempo, algo que los banqueros suelen considerar el último de los pecados.

Sin negar que haya también consideraciones similares entre ellos, es claro que el sistema financiero japonés opera de un modo diferente que el de EE.UU. El rol destacado de la bolsa norteamericana se corresponde con una vieja relación de distancia prudencial entre bancos y empresas. Muy pocas faltas de pago de los intereses serán tolerados por los bancos de EE.UU., la reestructuración del capital constante en las corporaciones norteamericanas gira sobre el desempeño de las acciones, terminando en la fusión, adquisición o "huída" de accionistas. Cualquier otra cosa que pueda ser dicha sobre ellas, estos arreglos institucionales claramente tienen implicancias importantes para la eficacia de la inversión. En verdad, el debate más interesante dentro de la economía neoclásica desde comienzos de los '80 se relaciona precisamente a la comparación entre los sistemas financieros de EE.UU., Alemania y Japón.¹⁷ En base a los desarrollos recientes de la formulación teórica de información asimétrica, argumentos coherentes se han esgrimido afirmando que los bancos son mejores monitoreando la inversión que la bolsa, entonces los sistemas basados en bancos producen un crecimiento más rápido [Stiglitz-1985]. Más recientemente y otra vez a



partir de la experiencia japonesa, se ha argumentado que el desarrollo económico requiere que se construya un sistema financiero basado en los bancos para respaldar la inversión [Stiglitz-1996], [Stiglitz and Uy-1996].

Finalmente, las diferencias en el diseño del sistema financiero tienen importantes implicancias sobre el rol del estado en la reestructuración del capital constante. Todo depende de que en los sistemas basados en bancos, éstos, al ofrecer sistemáticamente créditos para la inversión en capital constante, asumen cuotas de riesgo excepcionales debido a la naturaleza no líquida de estas inversiones. Para que un sistema financiero de este tipo sea viable, es vital que el estado intervenga y cree un marco que socialice alguna parte del riesgo. De este modo, en Japón, los bancos gozaron durante años de un acceso privilegiado a bonos de largo plazo; el Banco de Japón garantizaba la provisión de fondos adicionales si las responsabilidades de los bancos eran insuficientes; el estado regulaba las tasas de interés sobre las deudas y los depósitos (y por ende el margen de ganancia de los bancos), como también la cuota de mercado reservada a los bancos; finalmente, el estado daba guía explícita a la asignación de créditos entre las industrias seleccionadas. Sin este marco construido por el estado para la socialización del riesgo bancario, hubiese sido casi imposible para el débito bancario japonés asumir alguna de las características de los títulos y sostener así la reestructuración industrial.

Por otra parte, las estrechas conexiones entre el estado japonés y el sistema financiero, probaron ser de decisiva importancia al facilitar la adopción e implementación de una política industrial. La asignación del crédito, la refinanciación de deudas y los términos preferenciales para el pago de deudas (tasas de interés y plazos) fueron todos utilizados por el estado japonés para sostener repetidos avances de reestructuración industrial. El rol del crédito bancario, por ejemplo, fue de importancia crítica en los intentos del estado japonés (exitosos y no exitosos) por reestructurar las industrias automotriz y petroquímica y los astilleros durante los '60 y los '70. Las políticas de crédito fueron también de importancia crítica en la segunda mitad de los '70 al alentar a las industrias japonesas a adoptar, como respuesta a la reducción de la demanda interna, una salida más agresivamente exportadora. Sin afirmar que el estado norteamericano no haya tratado de influenciar sobre la reestructuración industrial, no hay duda que existió una diferencia significativa entre ambos estados en la magnitud en que cada uno ha confiado en el sistema financiero para lograrla [Zysman-1983]. En el mismo sentido, la transformación de las finanzas japonesas en el curso de las últimas dos décadas es vital para entender el sorprendente desempeño de la

economía japonesa a lo largo de los '90, algunos aspectos del cual son considerados más adelante.

En síntesis, aún en una revisión superficial del rol del crédito y del sistema financiero es evidente que Brenner saltea despreocupadamente problemas teóricos y empíricos de vital importancia relacionados con el proceso de reestructuración industrial, con la correspondiente desconsideración de la literatura tanto marxista como neoclásica. Dicho de otro modo, el desprecio ahistórico de Brenner de la forma que toma la crisis capitalista es una consecuencia de las abstracciones deterministas atadas a su teoría del reemplazo del capital fijo y la competencia de mercado.

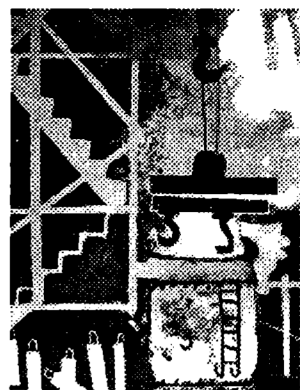
6. Internacionalización de la producción y sistema financiero

Al tratar la economía internacional como naciones compitiendo por mercados, Brenner retrocede a un punto anterior al alcanzado por el debate de los años '70, por no mencionar que no incorpora ningún desarrollo teórico ni empírico posterior. La literatura de los '70 reconocía claramente que la internacionalización de la producción constituye una característica decisiva del capitalismo contemporáneo. Con pocas excepciones y a pesar del peso masivo de la literatura sobre globalización que ha aparecido desde entonces, el aspecto de la internacionalización de la producción (y la globalización en general) no existe en la contribución de Brenner. Esto podría reflejar un juicio implícito sobre la persistencia de la importancia de los estados-nación a pesar de la globalización; tal vez una de las conclusiones más importantes que han emergido de la literatura en contra de la hipótesis de la muerte del estado-nación frente al poder del capital internacional y la magnitud de la globalización.¹⁸ Aún así es sorprendente que una contribución de esta extensión y ambición no reconozca ni en lo más mínimo los problemas y desarrollos de la economía global que han sido sujeto de tan intenso interés en la última década o más.



Más específicamente, la peculiar comprensión de Brenner de la naturaleza de la economía global lo lleva a argumentar que el crecimiento exportador de Alemania y Japón necesariamente encontró sus límites en la forma de mercados saturados. Por el mismo punto, la pérdida de rentabilidad de las industrias norteamericanas induce a las corporaciones a invertir en el exterior. Desde una perspectiva analítica y empírica, esto significa subordinar totalmente la internacionalización de la producción y el crecimiento de

las corporaciones multinacionales, lo cual implica una increíble falta de visión por parte de un historiador. Porque lo que marca el período de posguerra es la predominancia de la interpenetración comercial y en términos de inversiones entre los países capitalistas avanzados, comparado con la tendencia a crear colonias formales e informales en el período de entreguerras. Esto es crucial en el caso de los Estados Unidos, seguido de cerca por el Reino Unido, cuyas corporaciones multinacionales han dominado la economía global en el período de posguerra. Ver este rasgo como un epifenómeno de los fracasos de la economía doméstica norteamericana es particularmente engañoso (especialmente pensando en el rol imperialista de los Estados Unidos).¹⁹



Posiblemente la negación de Brenner de la internacionalización de la producción se explique por los cambios dramáticos en los patrones de inversión exterior durante el estancamiento. El predominio de los Estados Unidos y del Reino Unido ha dado lugar a una mayor participación general de otros países. Alemania y Japón, por ejemplo, con su correspondientes cambios y diferencias en la composición y dirección de la inversión extranjera. Además, como argumentaron Fine y Harris [1985], el estancamiento global fue precedido por un marcado retraso en la internacionalización del capital multinacional norteamericano. Aún en el terreno estrecho de la reestructuración del capital constante, la evidencia demuestra que es inapropiado considerarlo en términos de competencia en relación con los niveles de productividad nacional en búsqueda de mercados internacionales. Más bien, el estancamiento fue al menos en parte el agotamiento de los alcances de la tremenda internacionalización de la producción impulsada por el arreglo económico y político de posguerra bajo la hegemonía norteamericana, un impulso que permitió además el avance de EE.UU.

Esto no es para sugerir que el modelo de Japón y Alemania como economías dirigidas a la exportación sobre la base de producción doméstica sea incorrecto o inapropiado, aunque sí parcial. En verdad, que el modelo se haya agotado llevando al estancamiento, fue menos una simple consecuencia de mercados inadecuados e incapacidad para reestructurar el capital constante doméstico por el peso muerto del viejo capital, sino más una consecuencia de la necesidad de moverse desde un modelo exportador hacia la internacionalización de la producción. Aquí no se trata simplemente de un problema de diferentes estrategias corporativas de parte de las em-

presas alemanas, japonesas y demás, aunque estas estrategias también tienen su importancia. Como ya se ha señalado, la reestructuración del capital en los niveles nacionales e internacionales depende de los instrumentos con que ésta se logra, entre ellos el rol del sistema financiero y del estado: Las instituciones alemanas y japonesas fueron por largo tiempo inadecuadas para la tarea de promover la internacionalización del capital. En contraste, las instituciones norteamericanas estaban más desarrolladas en este sentido porque el estancamiento ya estaba ocurriendo en Estados Unidos a fines de los sesenta y porque el sistema Bretton Woods les permitía sostener su déficit de cuenta corriente (flujos comerciales y de capital) mientras el dólar valía tanto como el oro. Sin embargo, a lo largo del período largo de estancamiento, el factor significativo fue la internacionalización del capital productivo, distinta en Estados Unidos que en el Reino Unido, y especialmente que en Japón.

Para que esto no sea considerado insignificante, es crucial enfatizar un factor clave desatendido por Brenner (aunque bien reconocido por la literatura económica) a pesar de su énfasis en la competencia por mercados de exportación. Es la extensión en la que el comercio, especialmente en sectores manufactureros, se basa en relaciones intra-empresas, entre filiales de la misma corporación. De acuerdo con el *World Development Report* de 1998 (p.23) este es en este momento tanto como un tercio de todo el comercio. Esto evidencia la extensión de la internacionalización de la producción y que no puede reducirse a una táctica en la competencia por mercados, especialmente en la supuesta era de crecimiento del comercio libre.

De cualquier modo, la ignorancia de Brenner no se confina a la reestructuración del capital constante, para la que la importancia de las corporaciones multinacionales y la inversión extranjera directa parecen entradas naturales para la investigación. También se aplica a lo que indudablemente es el desarrollo más importante en la globalización de los últimos veinte años: las finanzas. En este sentido es poco sorprendente que Brenner haya subestimado el rol del sistema financiero internacional frente a su desconsideración de las finanzas como principal instrumento de la reestructuración industrial. Sin embargo, aún así, es con todo notable que no considere si la turbulencia financiera global pueda tener algo que ver con el largo estancamiento. Si hay una explicación horizontal, intra-capitalista para el estancamiento, como Brenner intenta argumentar, se hace más difícil buscar una relación entre finanzas e industria distinta de problemas industriales intra-sectoriales.

Dos ejes relacionados han caracterizado el desarrollo del sistema finan-

ciero internacional desde el fin del largo boom de postguerra. En primer lugar, derivado directamente del colapso del acuerdo Bretton Woods en 1971, ha habido una liberalización financiera tanto en los países desarrollados como en aquéllos en vías de desarrollo. Signos tempranos de esta tendencia fueron la abolición de la regulación Q en Estados Unidos y la introducción de legislación para control del crédito y la competencia en el Reino Unido con anterioridad al colapso de Bretton Woods. La intención de estos cambios en la política era permitir la determinación libre de las tasas de interés y permitir a las instituciones financieras manejar sus balances con menos controles cuantitativos. El colapso de la tasa fija de cambio del régimen Bretton Woods y la explosión de los petrodólares fuera de la jurisdicción legal de Estados Unidos propulsaron aún más la liberalización financiera. Esta tendencia, sin embargo, había sido mas destacada en Japón, donde las crecientes necesidades del crédito del estado en la segunda mitad de los '70, la existencia de excedentes de las empresas industriales y la creciente internacionalización de las operaciones de instituciones financieras japonesas fueron un catalizador para el cambio dramático del sistema financiero.²⁰ La liberalización financiera se abrió paso en los '80 implicando, por sobre todo, una elevación de los controles de tasas de interés, la diversificación funcional entre las instituciones financieras y la emergencia de mercados significativos en muchos instrumentos financieros.

La tendencia hacia la liberalización financiera, sin embargo, ha sido mas dramática en el mundo subdesarrollado. Sostenida por la ideología neoliberal y tomando fuerza de la creciente literatura MacKinnon-Shaw,²¹ la liberalización financiera fue vendida e impuesta a los países en vías de desarrollo. Las organizaciones internacionales, como el FMI y el Banco Mundial son particularmente culpables en este sentido. La celebridad y el respeto que gozaron los economistas profesionales de estas organizaciones, les permitieron persuadir a los muchas veces renuentes funcionarios estatales de los países subdesarrollados de que abolir los controles a las tasas de interés y abrir los mercados financieros era la clave para el crecimiento. La posibilidad de retener los fondos, y así limitar el acceso de los países en vías de desarrollo a los mercados internacionales, les permitieron intimidar a estos países en la misma dirección. La liberalización financiera se convirtió en una parte integral de los famosos programas de ajuste que sobrevinieron a incontables países en vías de desarrollo, particularmente a los de África.

En segundo lugar, el desarrollo de las tecnologías de la información desde fines de los '70 ha resultado en una verdadera revolución. Combinada con las mejoras en las tecnologías de telecomunicaciones, la revolución de

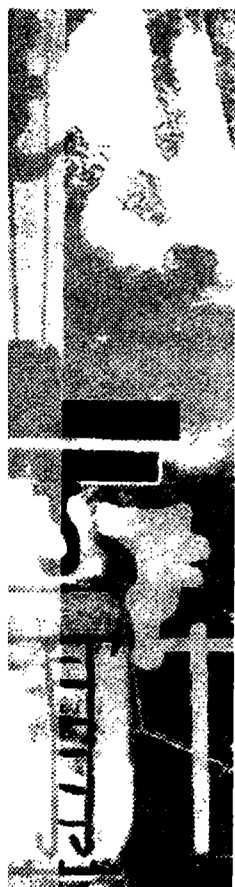
la información ha tenido un profundo impacto en el sistema financiero internacional. Los costos de manejar el dinero (cálculos, recibos, registro de transacciones, transmisión de fondos) han caído considerablemente, ayudado por la introducción extendida de sofisticados sistemas en línea y cajeros automáticos. El aumento en la eficiencia en este sentido ha hecho posible a las instituciones extender sus negocios más allá de los límites acostumbrados, invadiendo frecuentemente el terreno tradicional de otras instituciones. Los límites entre bancos, empresas de seguros, cajas de ahorro, cooperativas de crédito, etc. se han ido borrando progresivamente, alentando (y alentado por) una explosión de las innovaciones financieras que buscaba superar las restricciones en inversión financiera y ahorros. Las instituciones financieras ahora tienen la capacidad de manejar de forma barata y flexible sus responsabilidades y reasignar sus activos entre seguros domésticos y extranjeros, crédito a consumidores, préstamos a empresas, especulación en moneda extranjera e inversiones bursátiles.

Una paradoja central del periodo posterior a 1973 es que la revolución de las tecnologías de la información no ha podido todavía aumentar sistemáticamente la productividad en el centro de la producción industrial, mientras que ha tenido un éxito tremendo en aumentar la eficiencia de las instituciones financieras. Así, mientras que la acumulación del capital industrial se ha beneficiado sólo marginalmente de la revolución de la información (confiando en cambio fuertemente en la intensificación del trabajo y en el aumento de la tasa de explotación como documenta hábilmente Brenner), la acumulación financiera la ha usado como trampolín para su gigante salto adelante. Desde el comienzo del largo declive de 1973 hemos tenido amplias demostraciones de la habilidad del sistema financiero para disfrutar de períodos sostenidos de prosperidad relativamente independientes de la acumulación industrial. Esta pronunciada disparidad del dinamismo entre acumulación financiera e industrial marca un nuevo desarrollo en la historia del capitalismo.

Es más, el crecimiento de las finanzas ha sido mayormente independiente de los préstamos a las corporaciones industriales para fines de inversión y producción. Hay evidencia considerable de que los fondos retenidos por las empresas hayan provisto el vasto volumen de fondos para las inversiones en Estados Unidos, Alemania y Japón desde comienzos de los '70 [Cor-



bett and Jenkinson-1996] [Corbett and Jenkinson-1997]. Sin embargo, las grandes corporaciones han participado gustosamente de la explosión de la actividad financiera, muchas veces estableciendo sus propios departamentos financieros. Buena parte de esta actividad se ha centrado en la bolsa, la de EE.UU. en particular ha actuado, en dos gigantescos golpes en los '80 y '90, respectivamente, como un vasto conducto saliente de fondos del sector corporativo. Tal ha sido la escala de estas actividades, que se ha argumentado que las fusiones y adquisiciones en los EE.UU. han jugado un rol clave en la reestructuración industrial, por limitar con éxito el "*free cash flow*" (libre flujo de dinero) en manos de los gerentes, forzándolos de este modo a adoptar proyectos que han aumentado la eficiencia de sus empresas [Jensen-1986]. Que esto sea de hecho claramente incorrecto, como demostró el crash de 1987 y el colapso de mercados clave como los de los bonos basura (*junk bonds*), no debe disminuir la escala y significancia de este fenómeno.²²



En verdad, lejos de basar su dinamismo en préstamos a la industria, el notable crecimiento del sistema financiero durante las últimas dos décadas ha estado asociado con el comercio especulativo en moneda extranjera, valores bursátiles, inmuebles y otros similares. Las repercusiones de este desarrollo son profundas. Para fines de los '80, el comercio en acciones e inmuebles alentó la formación de burbujas especulativas en el mundo desarrollado, por sobre todo en Japón. El estallido de estas burbujas precipitó la recesión en el Reino Unido y Estados Unidos a comienzos de los '90, y a lo largo de la década ha dejado a Japon devastado por deudas. A mediados de los '90, el comercio en derivados financieros y va-

lores bursátiles terminó en otra serie de burbujas financieras, esta vez rodeando a EE.UU. y al Reino Unido, y también a Asia del Este y del Sudeste, además de una hueste de otros mercados emergentes. El estallido de éstos en 1997-98 ya ha arruinado a Asia y Rusia y las repercusiones del peligrosamente dilatado sistema financiero de EE.UU. están poco claras al momento de escribirse este artículo (1999). Brevemente las finanzas liberalizadas e internacionalizadas, con una autonomía relativa de la acumulación industrial crean burbujas regulares de una prosperidad ficticia. Cuando éstas estallan, toda la economía es perturbada.

Para el estado, estas implicancias son serias y complejas. De una parte,

las finanzas liberalizadas hacen más difíciles la adopción de políticas de intervención doméstica. Mezclas de políticas fiscales y monetarias que arriesgarían una mayor inflación, o que incluyen impuestos más altos, son resistidas ferozmente por el capital financiero. Las políticas inducidas por la ortodoxia financiera implican una estabilidad de precios y altas tasas de interés real. Las políticas de intervencionismo industrial para reestructurar el capital también son resistidas porque representan políticas que serían anatemáticas si fuesen replicadas para el sector financiero. Por otra parte, no hay ninguna clara política disponible para manejar la inestabilidad financiera en el plano internacional. Las opciones como un banco central mundial, tasas de cambio fijos, uniones monetarias, etc. están llenas de imponderables y su implementación va en contra de las realidades y rivalidades del poder mundial. Así, mientras la acumulación industrial se confronta con una explosión depredadora y destructiva de la acumulación financiera, las autoridades internacionales se limitan a pacatas perogrulladas sobre la responsabilidad y la transparencia de las instituciones financieras. Sería conmovedor, si no fuese tan absurdo, observar la sinceridad con que se dice que si cada institución financiera fuese consciente de la insensatez de la otra, se convertirían en parangones de estabilidad.

En pocas palabras, si Brenner hubiese reconocido la importancia de la internacionalización de la producción y el rol que juegan las finanzas (y el estado) en la reestructuración del capital productivo, entonces su atención habría pasado al rol que juegan los sistemas financieros internacionales y doméstico, como así también a su interacción con las políticas industriales y monetarias de los estados-nación. Desde nuestro punto de vista, el largo declive ha sido fuertemente influenciado por la emergencia de una relativa autonomía de las finanzas, que funcionan en un amplio grado a expensas de la industria.

7. La trayectoria intelectual de Robert Brenner: una breve digresión

Una consideración de la trayectoria de Brenner en este punto puede que facilite un poco más la comprensión de su contribución a la economía mundial. Dos puntos se extienden a lo largo de la trayectoria de Brenner: primero, siempre ha elegido grandes narraciones sobre las que grabar su estampa (la transición del feudalismo al capitalismo, la teoría de Marx del materialismo histórico, y ahora la última fase del desarrollo de la economía mundial), y segundo, siempre se ha puesto en



el lado opuesto a las ortodoxias prevalecientes en estos temas (en oposición a las teorías neosmithianas y neomalthusianas de la transición, lecturas tecnológicamente deterministas de la historia y la explicación '*profit squeeze*' del largo declive). El camino de Brenner desde la explicación de la transición del capitalismo, basada en la lucha de clases, a la del desempeño de la economía capitalista basado en la competencia entre capitalistas es prodigioso. Sin embargo, existen lagunas y contradicciones metodológicas en sus primeros trabajos y otras influencias posteriores que hacen poco sorprendente este gigantesco cambio. Algunas de las antinomias y contradicciones de sus primeros trabajos aparecen en la superficie, como veremos adelante, mientras que otras son implícitas.

La contribución de Brenner al debate sobre transición, en el que sigue a Dobb [1963], colocó las relaciones de clase (relaciones de propiedad) y la lucha de clases en el corazón del análisis. A partir de estas premisas lanzó un ataque intransigente a las dos explicaciones ortodoxas sobre el camino histórico del feudalismo: las que se derivaban de factores económicos y naturales, como las tendencias de crecimiento de la población (por ejemplo, en el modelo demográfico neomalthusiano) o del mercado (como proponían los exponentes de lo que Brenner ha llamado marxismo neosmithiano).

El modelo demográfico hace de las tendencias de población la variable clave explicativa para dar cuenta de las tendencias de largo plazo en las sociedades precapitalistas.²³ Así, una tendencia de aumento de la población combinada con la incapacidad de la economía feudal de mejorar la productividad termina en caída de los productos agrícolas (debido a la fertilidad declinante de la tierra) que causa que la demanda exceda a la oferta. La insuficiencia de recursos como signo de la sobrepoblación llevan a las situaciones de jaque malthusianos, específicamente hambrunas. Éstas, a su vez, terminan en caídas demográficas llevando al sistema feudal a una crisis. Desde el punto de vista demográfico, la crisis feudal era un resultado del crecimiento de la población.

Como Brenner [1976 y 1982] mostró brillantemente, sin embargo, las explicaciones demográficas de la crisis feudal se caen en pedazos frente a los análisis comparativos. Tendencias demográficas similares han dado origen a resultados ampliamente diferentes en distintos tiempos y partes de Europa. Así, el crecimiento de la población aparece por sí solo como no suficientemente explicativo de la crisis feudal. Su impacto en cambio es una función de (y esta condicionada por) el carácter de las relaciones de clase señor feudal/campesino [Brenner 1976:22]. En otras palabras, de acuerdo con Brenner, el resultado de estos procesos depende del relativo poder y

fuerza de las clases en contienda. Brenner ha hecho tal vez su contribución mas significativa a la historiografía marxista en este contexto. A través de su énfasis en las relaciones de propiedad y las formas de lucha de clases a las que dan origen, él ha podido ofrecer una explicación de las causas de los caminos divergentes del desarrollo en partes diferentes de Europa (Inglaterra, Francia y Europa del Este) en el amanecer de la era moderna.

Por otra parte, las explicaciones de la transición basadas en el crecimiento del mercado, asociadas con Sweezy en su debate con Dobb en los años '50 [Hilton-1976], tienen mucho en común con las aproximaciones neo-marxistas al subdesarrollo (asociadas con Frank y Wallerstein). Estas intentan igualar capitalismo con una división del trabajo basada en el comercio y han relacionado el proceso de acumulación con los imperativos del intercambio en el mercado, incluso elevando estos factores al nivel del sistema mundial. Brenner [1977] identificó las debilidades fundamentales de este enfoque: este asume lo que debe demostrar. Como Brenner [1986:39] dice en un trabajo posterior: "[los neosmithianos] asumen la existencia de las relaciones de propiedad capitalistas para dar cuenta de su aparición". Ese es el resultado de identificar capitalismo con producción para el intercambio, invirtiendo de este modo la conexión causal: la acumulación capitalista es vista como el resultado de los imperativos del intercambio, mientras que las relaciones de clase capitalistas emergen como resultado de un desarrollo de las fuerzas productivas determinado por el mercado [Brenner 1977:38-40]. Este enfoque, afirma Brenner, sigue la tradición de Adam Smith, según quien el crecimiento económico es el resultado de la especialización y la producción para el intercambio, asociadas con el desarrollo del comercio. A su vez, para Smith, el intercambio tiene sus raíces en "la propensión natural de la naturaleza humana al trueque, la permuta y al intercambio", en otras palabras, a hombres y mujeres persiguiendo sus intereses racionales [Brenner 1986:23-24; 1977:37-38].

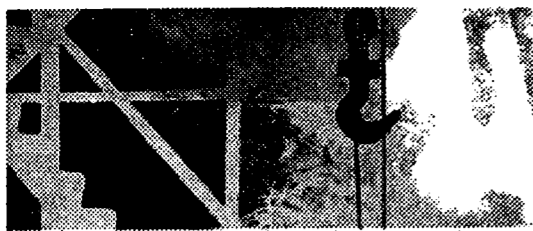
Al rechazar el método de Smith, que se basa en los intereses individuales y la competencia de mercado, Brenner sigue a Marx en atribuir el dinamismo del capitalismo a la instalación de las relaciones de clase capitalistas que imponen una lógica de reducción de costos y maximización de ganancia a los productores. Estas relaciones de clase generan "la presión continua a la acumulación por medio de la innovación; es decir, las relaciones de clase capitalistas donde la fuerza de trabajo es una mercancía" [Brenner 1977:37-38]. Al mismo tiempo, la existencia de una estructura capitalista de clases no puede asumirse que exista; su emergencia tiene que ser mostrada explícitamente como el resultado de la lucha de clases. En este senti-

do, como Brenner afirma correctamente, el problema del origen del desarrollo capitalista se convierte en el del origen del sistema de relaciones de propiedad/excedente, es decir, el proceso histórico a través del cual la fuerza de trabajo y los medios de producción se convierten en una mercancía.

Consideremos ahora la interpretación de Brenner del materialismo histórico y su aproximación a la economía política marxista. En su visión del materialismo histórico, se le otorga la primacía a las relaciones de propiedad (el sistema de extracción de excedente) y a las formas de conflicto de clase que se relacionan con éstas. Como Brenner [1976:12] lo dice: "es el resultado de los conflictos de clase que debe encontrarse como el problema clave al desarrollo económico de largo plazo y a la transición del feudalismo al capitalismo". El punto es, sin embargo, que Brenner ha llevado su enfoque del desarrollo económico a un extremo, al excluir de su marco todos los factores estructurales salvo los atributos de las clases. Para él, los factores "económicos objetivos" como el desarrollo de las fuerzas productivas, el crecimiento del comercio y las tendencias demográficas no tienen ningún poder explicativo en el proceso de desarrollo económico. Esto es un esquema distintivamente no dialéctico a la hora de teorizar fenómenos tan complejos como las causas y los mecanismos del cambio social.

En ningún lado es esto más evidente que en el relato de Brenner de la complejidad de la crisis feudal. Como resultado de su aproximación unidimensional, Brenner está obligado a ver explicado el conjunto de tendencias, procesos y efectos de este sistema de producción (incluyendo su crisis general) desde la estructura de clase y los resultados específicos de los conflictos de clase. Así, de acuerdo con Brenner, la crisis del orden feudal fue el resultado de la sobreexplotación del campesinado. La fuerte extracción de excedente por parte de los señores feudales tendieron al agotamiento de la producción campesina y a una caída en la productividad, precipitando de este modo la crisis del orden feudal a través del colapso demográfico que engendró. Lo que vemos de este análisis es la misma falta de mediación entre la estructura de clase, los conflictos y efectos dinámicos para la sociedad que reproduce trasparentemente en su reciente trabajo sobre la economía mundial; aunque la deficiencia en su trabajo anterior queda oculta por la mayor riqueza de la narración empírica del historiador.

Es interesante que la explicación de Brenner de la crisis feudal nos recuerde a la explicación '*profit squeeze*' de la crisis capitalista, aunque el argumento esté fuertemente invertido en contenido. Porque en el es-



quema '*profit squeeze*', la crisis del capitalismo es causada por el éxito de los trabajadores en aumentar los salarios, causando de este modo la caída de las ganancias y bajando el nivel de inversión. Por otra parte, de

acuerdo con el argumento presentado antes, la crisis del feudalismo es causada por un aumento en el excedente extraído por los señores feudales, resultando en el agotamiento del campesinado, y causando así la caída de la productividad. La crisis feudal es el resultado de la lucha por la distribución del producto, solo que esta vez el éxito de los explotadores en aumentar sus ganancias a expensas de los explotados es lo que causa el desastre.²⁴

Al afirmar que la estructura de clases y el conflicto de clase son la causa básica de todo cambio social, Brenner se considera a sí mismo como que está siguiendo la obra "madura" de Marx (*El Capital* y los *Grundrisse*) en contraste con la teoría de la transición "inmadura" de Marx en sus trabajos de juventud (*La ideología alemana*, *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto*). Según Brenner, en estos trabajos tempranos Marx da una versión tecnológicamente determinista del cambio social, con las estructuras sociales simplemente ajustándose a los requisitos del desarrollo de las fuerzas productivas y que, a su vez, determinan los estadios sucesivos de la evolución histórica. Para Brenner [1989], el trabajo de Marx en este contexto representa una versión típicamente smithiana del desarrollo económico al convertirse el desarrollo de las fuerzas productivas en la noción explicativa central de la evolución histórica.

Debe enfatizarse que lo que está en juego aquí no es para nada una supuesta "inmadurez" del pensamiento de Marx en sus primeros escritos, sino más bien una falta de razonamiento dialéctico en Brenner. La interpretación de los primeros trabajos de Marx ofrecida por Brenner concuerda con el determinismo tecnológico de Cohen [1978], pero de ninguna manera es justa con los escritos de Marx. Brenner simplemente ignora que en estos trabajos, Marx se plantea problemas diferentes (identificar las leyes generales del desarrollo social) que en *El Capital* (desentrañar las leyes de movimiento de un modo de producción específico, el capitalismo). Como argumentó Milonakis [1997], el primero provee el terreno principal sobre el que Marx formula su concepción materialista de la historia, brindando una lectura dialéctica de la historia basada en la interacción de las fuerzas productivas, con la estructura de clases mediada por su conflicto; mientras el segundo constituye la economía política de Marx sobre el capitalismo.

Sea como fuese, Brenner se considera a sí mismo como seguidor de los trabajos “maduros” de Marx (*El Capital, Grundrisse*). Aquí encontramos el primer giro irónico en la trayectoria intelectual de Brenner. El concepto organizador del análisis de Marx del capitalismo en esos mismos trabajos, el valor, está ampliamente ausente en todos los trabajos de Brenner, incluso en su intento por explicar la dinámica del estancamiento reciente del capitalismo. Dada la insistencia de Brenner en ofrecer un análisis de clase del capitalismo, esta ausencia es llamativa ya que por la presencia del fetichismo de la mercancía, un análisis de clase apropiado del capitalismo se convierte imposible sin una dialéctica del valor. Sin una apropiada teoría del valor, la naturaleza fenomenal de la relación capital/trabajo no puede ser revelada, y las bases para la competencia intercapitalista (el factor tan fuertemente enfatizado en el último trabajo de Brenner) no puede descubrirse.

Una vuelta aún más irónica en la trayectoria de Brenner puede verse en su última contribución: el concepto organizador de sus trabajos más tempranos, es decir, el conflicto de clase basado en la extracción del excedente, se encuentra enteramente ausente. Aun así, teniendo en cuenta la falta de una teoría del valor en sus primeros trabajos, esta ausencia no es tan sorprendente como puede parecer a primera vista. Sin una ley del valor no puede haber un análisis de clase apropiado para el capitalismo, y eso deja a Brenner vulnerable frente a los enfoques que igualan capitalismo con lucha competitiva entre capitales, como se verá inmediatamente.

En sus primeros trabajos, como ya hemos visto, Brenner puso un énfasis especial en que las relaciones sociales de propiedad imponen caminos particulares de desarrollo y trayectorias históricas particulares. En sus propias palabras: “estructuras de clase distintas, relaciones de propiedad específicamente, una vez establecidas tienden a imponer límites y posibilidades bastante estrictos, en verdad patrones específicos de largo plazo sobre el desarrollo económico de una sociedad” [Brenner 1976:12]. Este esquema caracterizó su trabajo sobre la transición como también su crítica del marxismo neosmithiano. Para Brenner [1986:27], la cadena causal en el desarrollo social es de este modo: forma de las relaciones de propiedad → reglas de reproducción de actores económicos individuales → patrón de largo plazo de desarrollo/no-desarrollo económico. Brenner [1986:26] define las relaciones de propiedad como las relaciones entre productores directos, dentro de la clase de explotadores y entre los explotadores y productores. Cuáles de este conjunto de relaciones, sin embargo, son las definitorias parece depender del sistema de producción específico bajo consideración.

Así, para los sistemas precapitalistas de producción, la relación vertical

entre apropiadores y productores, “las relaciones de propiedad inherentemente conflictivas...por las que una parte no pagada del producto es extraída de los productores directos por la clase de no productores” [Brenner 1976:11] y las formas de conflicto de clase a las que da origen son decisivas en la determinación de la trayectoria de desarrollo. Pero, cuando llegamos a las modernas economías capitalistas, las cosas cambian. Las relaciones de clase verticales dan lugar a las relaciones horizontales entre capitales decidiendo el cauce del desarrollo económico moderno. Ésto es ya evidente en la crítica de Brenner a la escuela de la regulación, a la cual él y su coautor se refieren señalando su “parcial concentración en las instituciones históricamente específicas del trabajo asalariado y los balances asociados de poder de clase y [su] negligencia en considerar los determinantes impuestos por las relaciones sociales capitalistas, *especialmente la competencia intercapitalista*” [Brenner y Glick 1991:113, énfasis añadido]. El énfasis aquí es en la rivalidad intercapitalista *como opuesta a* la relación capital-trabajo y el poder relativo de las dos clases; precisamente los factores en los que Brenner hacía tanto énfasis en su versión de la transición y en su crítica del marxismo neosmithiano. Verdaderamente ésta es una posición distintivamente no marxista. Porque una cosa ha dejado clara Marx mismo en muchas ocasiones: no importa qué sistema económico se este considerando, su característica definitoria es la relación vertical entre apropiadores y productores; “la forma en que el excedente es extraído de los productores directos” lo que determina “la configuración completa de la comunidad económica” [Marx *El Capital* Vol. 3]

Además, lo que Brenner no reconoce es que la lucha competitiva entre capitales, que él toma como la causa principal del largo declive del presente, se basa asimismo en, y no podría existir sin, la relación entre capital y trabajo. Como Brenner [1986:33] mismo señaló en el pasado, es sólo sobre la base de la monetización de los medios de producción y de la fuerza de trabajo en particular (la aparición del trabajo asalariado) y por ende de la relación capital-trabajo que la competencia de mercado entre capitales se convierte en la fuerza directriz de la sociedad, dando origen a las “presiones sistemáticas y continuas por incrementar la eficiencia de la producción que es el *sine qua non* del crecimiento económico moderno”. Es notable que Brenner mismo fracase completamente en tomar en cuenta este punto de vista cuando le toca explicar las causas del largo declive actual. La inconsistencia es evidente: las relaciones capital-trabajo son esenciales para explicar el crecimiento económico moderno, pero no esenciales para explicar el desorden económico actual.²⁵ Lo último se explica simplemente en términos

de la lucha competitiva entre capitales; se da cuenta de las recesiones capitalistas y del crecimiento también por la lógica de la competencia y en absoluto por la lucha de clases. Las connotaciones smithianas de este argumento son más que evidentes. Es doblemente irónico que la propia crítica de Brenner del marxismo neosmithiano pueda invocarse aquí para criticar a su versión circulacionista e individualista del largo declive.

En conexión con esto, el impacto de la escuela de los marxistas “analíticos” o “*rational choice*” (un grupo heterogéneo de estudiosos de los que Brenner ha sido un miembro fundador [Cohen-1988]) sobre el trabajo de Brenner es inconfundible. El hilo que une este grupo heterogéneo de teóricos puede considerarse que es la aplicación de “métodos de última línea de la filosofía analítica y las ciencias sociales positivistas” para revisar el marxismo [Roemer 1986:1-2]. En lo que concierne a la teoría general de la historia de Cohen [1978] que involucra el uso de explicaciones funcionales es darle una lectura tecnológicamente determinista a la historia. En el caso de la teoría “especial” del capitalismo, el enfoque implica la aplicación de modelos de elección racional (como la teoría del equilibrio general y la teoría de juegos de la economía neoclásica, a la teoría de la explotación y las relaciones de clase [Roemer-1996] y [Roemer-1998]). En el caso de la teoría “especial” del capitalismo en particular, el enfoque se traduce en el uso del individualismo metodológico, una preferencia por el intercambio y la distribución antes que por la producción y el rechazo total de la teoría del valor-trabajo (nunca propiamente presente en la obra de Brenner).²⁶

A pesar de ser un miembro fundador de este grupo, los trabajos de Brenner no encajaban cómodamente en este marco teórico. En realidad, se podría argumentar que su análisis sobre la transición basado en las relaciones de clase y los resultados del conflicto de clase es diametralmente opuesto a la lectura del determinismo tecnológico de Cohen. Además, el análisis de la transición de Brenner “cuestiona prácticamente todos los aspectos del imaginario de Roemer” [], y también el uso de Roemer (y Elster) del principio de individualismo metodológico.²⁷ Sin embargo, no puede decirse lo mismo de su última contribución. Aquí la impronta del marxismo analítico en el esquema de Brenner es clara, aunque no necesariamente en cuanto al rigor técnico y analítico, que nunca han sido el fuerte de Brenner. Sin embargo, al cambiar de enfoque desde las relaciones de clase y el conflicto interclase a la competencia intracapitalista, Brenner ha admitido subrepticiamente dentro de su análisis un enfoque individualista del marxismo de elección racional, mientras también trasladaba su problemática de la esfera de la producción a la esfera del intercambio. Esto ha sido “logrado”, al igual

que el marxismo analítico en general, gracias al abandono de la teoría del valor y de las leyes de la dinámica del capitalismo basadas en la misma.

Esta falta de un esquema teórico del valor es lo que se esconde tras las debilidades del estudio de Brenner. Con el valor como concepto organizador, la conexión entre muchos capitales en competencia y el capital en general es posible, articulando la lucha competitiva entre capitales con la relación capital-trabajo y estableciendo la conexión entre relaciones horizontales intercapitalistas e relaciones verticales y el conflicto de clase. Brenner ha abandonado largamente el análisis del valor de Marx del capitalismo, junto con las leyes sistemáticas de su dinámica, incluyendo la ley de tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Con todo, no ha brindado una teoría alternativa que muestre la naturaleza sistémica de las leyes de movimiento dinámico del capitalismo y de sus crisis económicas recurrentes. En suma, no hay valor, no hay dialéctica, no hay mediación entre conceptos abstractos y generales y resultados mas complejos, específicos, históricos, no hay relaciones de clase, terminando con fragmentos teóricos y empíricos más o menos selectivos y arbitrarios.

8. El contexto general

Nuestra visión de la contribución de Brenner ha enfatizado su relación con enfoques alternativos que eran famosos hace unos veinte años atrás. Hay un número de razones por que ese énfasis es apropiado. Primero, como ya se ha sugerido, la contribución de Brenner no retoma los términos de la controversia previa. Segundo, a pesar de que han pasado veinte años, la comprensión del capitalismo contemporáneo desde la perspectiva del marxismo, si ha cambiado, ha retrocedido. Ésto es así a pesar de o incluso debido al surgimiento y el ocaso de grandes nociones ligadas a la teoría de la regulación y otras que han fallado en cumplir su promesa de explicar una nueva era del capitalismo. Además, han llevado a la economía política, en trabajos teóricos y empíricos, fuera de la comprensión basada en la teoría del valor. Tercero, muchos de los elementos que están notablemente ausentes del relato de Brenner se pueden encontrar en la literatura anterior; una comprensión más general y matizada de la reestructuración del capital y un énfasis en la internacionalización del capital y los roles del estado y del sistema financiero.

Pero la razón más importante para situar a Brenner de esta forma es porque su obra es una contribución no poco influyente en la literatura actual. Incluso, no menos cuando se observa que ocupó un número entero de la *New Left Review*, y que ha sido presentada como la renovación de la econo-

mía política del modo mas significativo.²⁸ Muy claramente este no es el caso. Primero debe ser evidente del análisis que se ofreció aquí, que la teoría de Brenner tiene vinculaciones limitadas con el análisis del valor del capital brindado por Marx, más allá de su terminología. Los conceptos y métodos que son parte del marxismo están notablemente ausentes a pesar de las referencias frecuentes a fuerzas productivas y conceptos similares. Es particularmente alarmante considerando que la contribución representa “un marxismo original que tiene poco en común con lo que han sido deducciones ortodoxas de *El Capital*”. Sin embargo, el dominio de los métodos y conceptos de *El Capital* son necesarios si uno pretende relanzar la economía política del capitalismo.

Segundo, se nos ofrece en cambio un análisis y una terminología que son enteramente compatibles con los desarrollos recientes de la economía neoclásica, elaborando las estrategias para los capitalistas individuales que están atrapados en el dilema de cómo lograr bajar los costos. Aquí no se trata de cargar a Brenner con la culpa por asociación. Mucho más esta en juego. Porque, como se argumentó en detalle en otro lado [Fine-1997], puede considerarse que la economía hegemónica está atacando en dos frentes a todas las alternativas radicales, no solo al marxismo. Mientras rechaza otros métodos que el suyo propio basado en el “rigor” imperativo (donde debe leerse axiomática y positivismo), incorpora simultáneamente análisis que antes eran vistos como incompatibles con este enfoque. Aunque el recurso al comportamiento estratégico en el contexto de teoría de juegos y las consecuencias de imperfecciones del mercado, incluyendo información imperfecta como también fallas de coordinación y monopolios, la economía neoclásica se cree capaz de explicar, aún sobre la base de individualismo metodológico, lo que antes parecía ser inexplicable. Dada la ausencia total de referencias a ningún trabajo de esta nueva economía neoclásica, es tal vez solo accidental que el análisis teórico informal adoptado por Brenner pruebe ser tan compatible con ésta.

Tercero, aún dejando de lado las reservas precedentes, si la contribución de Brenner debe servir como representativa de la economía política del futuro, no está lo suficientemente bien armada para discutir con el *mainstream*. Como ya se observó, el análisis de Brenner hace uso de las ideas más simples desarrolladas por los neoclásicos y está socavado por factores y variables omitidos. El trabajo empírico, por otra parte, está hecho sin referencia alguna a sectores económicos concretos. El argumento principal, ¿se sostiene para la siderurgia, la industria automotriz, el equipamiento de oficina, la carpintería o para qué? Por lo mismo, la narración sobre una am-

plia desagregación de la industria y servicios fracasa al dar cuenta de las tendencias de largo plazo en las primeras y la heterogeneidad de las últimas. En verdad, el uso de términos como “servicios” y “activos intangibles” como instrumentos descriptivos e incluso explicativos, resulta especialmente insatisfactorio. ¿Hemos de tratar las telecomunicaciones, por no decir las finanzas, bajo la misma categoría que la comida rápida y el minorista, sea McDonald o el negocio de la esquina?

Finalmente, la consecuencia evidente del trabajo de Brenner para un plan de acción, aunque no la formule él mismo, es lamentar la ausencia de una autoridad keynesiana internacional que pueda fijar la demanda en un nivel lo suficientemente alto para permitir la inversión renovada del capital constante, o por lo menos, para resolver los problemas de la competencia horizontal intensificada entre capitalistas industriales. Esperamos haber probado que estas perspectivas políticas no logran dar cuenta de las contradicciones estructurales del capital; ni del punto al que el capital industrial y financiero están implicados sistemáticamente uno con otro. El desafío principal para la construcción de políticas burguesa es cómo manejar el capital financiero de tal manera que haga un daño mínimo al capital industrial. La importancia del dilema ha sido revelada dramáticamente por la crisis asiática reciente.²⁹ Las políticas elegidas para responder a la crisis asiática, los debates sobre ésta, no son puramente un ejercicio académico pero reflejan diferentes intereses materiales que surgen de las industrias y las finanzas. También reflejan los intereses de los diferentes capitales internacionalizados, particularmente aquéllos de Estados Unidos, mientras intentan abrir estas economías al control y la propiedad extranjeros.

Publicado como “Adressing the World Economy: two steps back” en *Capital & Class*, No. 67, spring, pp. 47–90.

Traducción del inglés: Juan Grigera. Revisión: Katharina Zinsmeister.

Referencias

- Aoki, M. and Patrick, H. (comps.) 1994 *The Japanese main bank system*. Oxford University Press, New York.
- Aoki, M., Kim, H., and Okuno-Fujiwara, M. 1997 *The role of government in East Asian economic development: a comparative institutional analysis*. Clarendon Press, Oxford.
- Armstrong, P. et al. 1984 *Capitalism since World War II*. Fontana, London.

- Boyer, R. and Drache, D. 1996 *States against markets: the limits of globalisation*. Routledge, London.
- Boyer, Robert 1996 'The convergence hypothesis revisited: globalisation but still the century of nations,' in Berger and Dore (ed.), *National diversity and global capitalism*, Cornell University Press, Ithaca.
- Brenner, Robert and Glick, M. 1991 'The regulation approach: theory and history,' *New Left Review*, No. 188, pp. 45{119.
- Brenner, Robert 1976 'Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe,' *Past and Present*, No. 70, pp. 30{73. 1977 'The origins of capitalist development: a critique of Neo-Smithian Marxism,' *New Left Review*, No. 104, pp. 25{92. 1982 'The agrarian roots of European capitalism,' *Past and Present*, No. 97, pp. 16{113. 1986 'The social bias for economic development,' in Roemer, John (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, Cambridge (UK). 1989 'Bourgeois revolution and the transition to capitalism,' in Beier, A., Cannadine, D., and Rosenheim, J. (eds.), *The first modern society: essays in English history in honour of Lawrence Stone*, Cambridge University Press, Cambridge (UK). 1998 'The economics of global turbulence,' *New Left Review*, No. 229, pp. 1{264.
- Cable, J 1985 'Capital market information and industrial performance: the role of West German banks,' *Economic Journal*, Vol. 95, March, pp. 118{132.
- Cohen, Gerald A. 1978 *Karl Marx's theory of history: a defence*. Oxford University Press, London. 1988 *History, labour and freedom*. Oxford University Press, Oxford.
- Corbett, J. and Jenkinson, T. 1996 'The financing of industry, 1970{1989: an international comparison,' *Journal of the Japanese and International Economics*, Vol. 19, No. 104, pp. 71{96. 1997, 'How is investment financed? A study of Germany, Japan, the United Kingdom and the United States,' *The Manchester school*, Vol. 65, No. Supplement, pp. 69{93.
- Crotty, J. and Goldstein, D. 1993 'Do US financial markets allocate credit efficiently? The case of the corporate restructuring of the 1980s,' in Dymski, G., Epstein, G., and Pollin, R. (eds.), *Transforming the US financial system: equity and efficiency for the 21st century*, Economic Policy Institute, ME Sharpe Inc., Armonk.
- Dobb, Maurice 1963 *Studies in the development of capitalism [1946]*. Routledge & Kegan Paul, London. Domar, E. 1946 'Capital expansion, rate of growth, and employment,' *Econometrica*, Vol. 14, April, pp. 137{147.
- Elster, Jon 1985 *Making sense of Marx*. Cambridge University Press, Cambridge (UK). 1986 *Introduction to Karl Marx*. Cambridge University Press, Cambridge (UK).
- Fine, Ben and Harris, Lawrence 1973 'The British economy since March 1974,' *Bulletin of Conference of Socialist Economists*, No. 12, pp. 43{62. 1976 'The British economy from May 1973{January 1976,' *Bulletin of Conference of Socialist Economists*, Vol. 14, pp. 1{24. 1979 *Rereading 'Capital'*. Mac Millian, London. 1985 *The peculiarities of the British economy*. Lawrence & Wishart, London.
- Fine, Ben 1978 'On the origins of capitalist development,' *New Left Review*, No. 109, pp. 88{95. 1981 'Britain's economic disaster: a review article,' *Capital & Class*, No. 13, pp. 139{153. 1982 *Theories of the capitalist economy*. Edward Arnold, London. 1989

- Marx's capital. Mac Millian, London. 1997 \The New Revolution in economics," *Capital & Class*, No. 61, pp. 143{148. 2000 \Endogenous growth theory: a critical assessment," *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 24, No. 2, March, pp. 245{265.
- Frank, Andre Gunder 1969 *Capitalism and underdevelopment in Latin America*. Monthly Review Press, New York.
- Fry, M. 1988 *Money, interest and banking in economic development*. John Hopkins University Press, London. 1997 \In favour of financial liberalisation," *Economic Journal*, Vol. 107, No. 442, May, pp. 754{770.
- Gerschenkron, A. 1962 *Economic backwardness in historical perspective*. Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Gertler, M. 1997 \Globality and locality: the future of \geography" and the nation-state," in Rimmer (ed.), *Pacific rim development: integration and globalisation in the Asia-Pacific economy*, Allen & Gunwin, St. Leonards.
- Glyn, A. and Harrison, J. 1980 *Britain's economic disaster*. Pluto Press, London.
- Glyn, A. and Sutcliffe, R. 1971 \The critical condition of British capital," *New Left Review*, No. 66, pp. 3{33. 1972 *British capitalism. Workers and the profit squeeze*. Penguin, Harmondsworth.
- Glyn, A. 1973 \British capitalism in 1972 and 1973," *Bulletin of Conference of Socialist Economists*, No. 5.
- Glyn, A. et al. 1990 \The rise and fall of the golden age," in Marglin and Schor (ed.), *The golden age*, Clarendon Press, Oxford.
- Glyn, A. 1997 \Does aggregate profitability really matter?," *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 21, No. 5, pp. 593{620.
- Harrison, J 1974 \British capitalism in 1973 and 1974: the deepening crisis," *Bulletin of Conference of Socialist Economists*, No. 8, pp. 46{60.
- Hilferding, R. 1981 *Finance Capital [1910]*. Routledge & Kegan Paul, London.
- Hilton, Rodney (comp.) 1976 *The Transition from Feudalism to Capitalism*. New Left Books, London. Itoh, M. and Lapavistas, C. 1998 *Political economy of money and finance*. Mac Millian, London.
- Jensen, M. 1986 \Agency costs of free cash flow, corporate finance and takeovers," *American Economic Review*, Vol. 76, No. 2, May, pp. 323{329.
- King, R.G. and Levine, R. 1993 \Finance and growth: Schumpeter might be right," *Quarterly Journal of Economics*, Vol. 408, No. 3, pp. 717{738.
- Lapavistas, C. 1997 \Transition and crisis in the Japanese financial system: an analytical overview," *Capital & Class*, No. 62, pp. 21{47.
- Levi-Faur, D. 1997 \Friedrich List and the political economy of the nation-state," *Review of International Political Economy*, Vol. 4, No. 1, pp. 154{178.
- Levine, R. 1997 \Financial development and economic growth," *Journal of Economic Literature*, Vol. 35, No. 2, pp. 688{726.
- Mayer, C. 1987 \The assessment financial systems and corporate investment," *Oxford Review of Economic Policy*, Vol. 3, pp. i{xvi. 1988 \New issues in corporate finance," *European economic review*, Vol. 32, No. 4, pp. 1167{1189.
- McKinnon, R. 1973 *Money and capital in economic development*. Routledge, Washington

- DC. 1993 *The order of economic liberalisation: Financial control in the transition to a market economy*, (second ed.). John Hopkins University Press, Baltimore MD.
- Milonakis, D. 1997 \The dynamics of history: structure and agency in historical evolution, " *Science & society*, Vol. 61, No. 3, pp. 303{329.
- Postan, M.M. and Hatcher, J. 1985 \Population and class relations in feudal society," *Past and Present*, No. 78, pp. 24{37. Report, World Development 1998 *Knowledge for development*. World Bank, New York.
- Roberts, Marcus 1996 *Analytical Marxism: a critique*. Verso, London.
- Roemer, John 1988 *Free to lose*. Radius, London.
- Roemer, John (comp.) 1996 *Analytical Marxism*. Cambridge University Press, Cambridge (UK).
- Sassen, S. 1995 *Losing control? Sovereignty in an age of globalisation*. Columbia University Press, New York.
- Shaw, E. 1973 *Financial deepening in economic development*. Oxford University Press, New York.
- Stiglitz, J. and Uy, M. 1996 \Financial markets, public policy and the East Asian miracle," *World Bank Observer*, Vol. 11, No. 2.
- Stiglitz, J. 1985 \Credit markets and the control of capital," *Journal of Money, Credit and Banking*, Vol. 17, No. 2, pp. 133{152. 1994 \The role of state in financial markets," in Bruno, M. and Pleskovic, B. (ed.), *Proceedings of the World Banks Annual Conference on development economics*, World Bank. 1996 \Some lessons from the East Asian miracle," *World Bank Observer*, Vol. 11, No. 2.
- Wade, R. 1996 \Globalisation and its limits: reports of the death of the national economy are greatly exaggerated," in Berger and Dore (ed.), *National diversity and global capitalism*, Cornell University Press, Ithaca.
- Wood, Meiksins Ellen 1989 \Rational choice Marxism: is the game worth the candle?," *New Left Review*, No. 177, pp. 41{88.
- Zysman, J. 1983 *Governments, markets and growth*. Martin Robertson, Oxford.

Notas

- ¹ Las referencias son a [Brenner-1998] salvo que se indique lo contrario.
- ² Ver en especial [Glyn and Harrison-1980] y [Fine-1981] para una crítica.
- ³ Ver [Glyn-1973] y [Harrison-1974].
- ⁴ Este cambio de enfoque es posiblemente la parte más sólida de la contribución de Brenner, concretamente la refutación empírica de la idea que la crisis se debe a los salarios o a la militancia obrera. Nótese que el primer capítulo de [Fine and Harris-1985] también encara este tema en términos muy similares a los de Brenner aunque sólo para la economía británica.
- ⁵ Nótese que, a pesar de rechazar su posición, Brenner se apoya fuertemente en los últimos trabajos de los defensores del '*profit squeeze*', especialmente [Armstrong-1984] y [Glyn-1990]. También ha de notarse que el relato de [Glyn-1997] sobre la importancia de la ganancia para la inversión, en el que Brenner se basa extensamente, continúa enfatizando el esquema '*profit squeeze*' pero desarrolla en sus conclusiones la relación ganancia-inversión más fuertemente de lo que Brenner se

permite. Glyn [1997] también señala la importancia de la ganancia como una fuente de financiamiento para la inversión; para la relevancia de esto para nuestro argumento, ver más adelante.

⁶ Todo esto contrasta notablemente con la propuesta de Fine y Harris, donde la ley de tendencia decreciente de la tasa de ganancia (y sus contratendencias) no es una ley empírica en el sentido de la predicción sino concierne a la forma en que actúa la acumulación, y es, por momentos, puntuada por crisis de reorganización o reestructuración del capital, bastante independientemente de la tasa de ganancia. Una peculiaridad de la obsesión con la tasa de ganancia como gobernante del ritmo de acumulación es que no queda claro que en la práctica los capitalistas sepan de que se trata. Merece la pena recordar que las actualizaciones de los datos pueden llegar diez años o más después de que se supone que los capitalistas hicieron sus decisiones de inversión sobre la base de las ganancias. Además, la tasa de ganancia es una categoría compleja, cuyo nivel medido empíricamente puede ajustarse significativamente por la contabilidad y otros saldos del capital constante.

⁷ En verdad la única crítica de Brenner [1998:50] a la postura estancacionista del capitalismo monopólico parece ser un problema de cronología: llegó demasiado temprano en comparación con los desarrollos empíricos.

⁸ Nótese que hay una peculiaridad en el relato de Brenner sobre los niveles declinantes de inversión manufacturera en relación a no-manufactureros por declinación de las ganancias: las ganancias manufactureras continúan siendo las más altas de las dos aún cuando las inversiones siguen cayendo! Véase la figura 8 de Brenner en la página 103.

⁹ Si fuésemos a usar el concepto de renta monopólica (empresas con ganancias extra dentro de un sector), esto podrá ser analíticamente importante en conexión con ganancias extra que surjan del liderazgo tecnológico.

¹⁰ Nótese que esto no es siquiera un dilema del prisionero o una paradoja del aislamiento, en el que cada jugador individual tiene un incentivo a violar la estrategia requerida para obtener un resultado óptimo.

¹¹ Nótese la extraña postura de Brenner [1998:26] de que Schumpeter puede haber subestimado el lado destructivo de su noción de destrucción creativa, para poder luego enfatizarla. Es importante ver que la teoría de crecimiento endógeno ha estado particularmente activa formalizando las visiones de Schumpeter.

¹² Nótese que Brenner [1998:34-5] apela efectivamente a la nueva teoría del crecimiento como apoyo de sus argumentos. La nota al pie 25 en el texto parece haberse perdido.

¹³ Para un análisis crítico exhaustivo de la teoría del crecimiento nuevo o endógeno véase [Fine-2000].

¹⁴ Esta interpretación distintiva del concepto de crisis se enfatiza en los trabajos de Fine y Harris en contraste con la idea prevaleciente que las crisis son cualquier fenómeno que surge de la caída de la ganancia, sin importar su causa.

¹⁵ Las últimas contribuciones clave han sido [Mayer-1987], [Mayer-1988], [Cable-1985], [Stiglitz-1985], [Stiglitz-1994], [King and Levine-1993], [Levine-1997].

¹⁶ El interés empírico y teórico en el rol del "*main bank*" (banco de cabecera) como sostén de las inversiones corporativas de largo plazo ha sido muy fuerte en los últimos años, véase por ejemplo, [Aoki and Patrick-1994], [Aoki et-al.-1997].

¹⁷ Para la economía marxista hace tiempo que está claro que la estructura institucional del sistema financiero es de importancia crítica para el ritmo de la acumulación. No hace falta estar de acuerdo con el concepto de Hilferding [1910] de "capital financiero" para reconocer que él ha hecho una contribución decisiva en este sentido.

¹⁸ Para los que han argumentado fuertemente en favor de la continuidad del estado-nación [Sassen-1995], [Gertler-1997], [Boyer-1996], [Boyer-1996], [Levi-Faur-1997], [Wade-1996].

¹⁹ Irónicamente, esto es también característico de Baran y Sweezy, cuya tesis de estancamiento

monopolista fue propuesta no solo en el momento del mayor crecimiento sostenido en la historia mundial, sino también durante la más intensa internacionalización del capital productivo.

²⁰ Para una visión más completa de este proceso, véase [Lapavistas-1997].

²¹ Las contribuciones originales fueron [McKinnon-1973] y [Shaw-1973]. La literatura subsiguiente sobre liberalización financiera como camino hacia el desarrollo económico ha sido enorme. [Fry-1988] es tal vez la presentación más completa de la teoría por su mayor confidente. Contribuciones importantes más recientes y mucho más escépticas han sido las de [McKinnon-1993] y [Fry-1997].

²² Crotty y Goldstein [1993] han mostrado considerable evidencia sobre el grado en que las adquisiciones son perjudiciales para la eficiencia industrial porque tienden a bajar la inversión a largo plazo y en investigación y desarrollo, además de hacer a las corporaciones menos estables.

²³ Como fue presentado, por ejemplo, por [Postan and Hatcher-1985].

²⁴ Nótese la naturaleza ahistórica de la explicación '*profit squeeze*' de la crisis. Aunque en el argumento original se conecta con el proceso de acumulación capitalista, los mecanismos identificados como contrapartida de la crisis capitalista, es decir la lucha distributiva entre explotadores y productores, pueden ser aplicados, con ciertas modificaciones, a cualquier contexto histórico o sistema económico. Véase la crítica a Brenner [1977] en Fine [1978]. Fine identifica también una transposición ahistórica de las categorías del valor entre feudalismo y capitalismo en los términos en que esas categorías son utilizadas por Brenner.

²⁵ Brenner, en lo que puede considerarse un intento de dar cuenta de esta inconsistencia, apela a la naturaleza no planificada de la competencia capitalista como la causa última del declive contemporáneo: "aunque el capitalismo tiende a desarrollar las fuerzas productivas a un grado sin precedentes...lo hace en una forma destructiva, debido a su competitividad y falta de planificación." [Brenner 1998:23]. La naturaleza no planificada de la competencia capitalista explica finalmente el "desarrollo desigual sistemático de los países capitalistas avanzados" [idem: 23] que causaron el declive económico actual. Como ya hemos visto, este enfoque es seriamente deficiente. Tal vez valga la pena enfatizar otra vez más cuan inapropiadamente concibe Brenner la economía mundial como un simple terreno de batalla competitiva de las tres principales economías (Estados Unidos, Alemania y Japón). Es más, Brenner iguala su lucha competitiva con la lucha por mercados de exportación, minimizando o ignorando completamente el rol de la internacionalización de la producción y de las finanzas, las características más notables y recientes de la economía internacional.

²⁶ Para una revisión crítica exhaustiva del marxismo analítico véase Roberts[1996].

²⁷ Aún otra vuelta irónica en la propia trayectoria de Brenner es que en la crítica de Brenner y Glick de la escuela de la regulación, la necesidad de este análisis es expresado elocuentemente: "observando la regulación de las economías nacionales, los teóricos de la regulación no se han dedicado demasiado a la innovación institucional que tiene lugar en el nivel de las unidades individuales del capital: la forma corporativa, la integración vertical, la integración horizontal, las formas de fusión de bancos e industrias y otras similares."

²⁸ Esto es evidente en el prólogo del que Brenner no es, presumiblemente, responsable. La contribución de Brenner es anunciada como continuadora de la antorcha intelectual que antes pertenecía a Marx mismo y como merecedora del premio Nobel en economía de no ser por el carácter conservador del comité. Este reclamo es particularmente perturbador para aquellos involucrados en la cada vez más difícil lucha por sostener la economía política marxista ante la economía hegemónica y conservadora del *mainstream*.

²⁹ Significativamente, la referencia de Brenner a los NICs asiáticos se confina por sobre todo a entenderlos como simples competidores de los mercados mundiales; en vez de mirar el rol que pueden jugar políticas financieras e industriales dirigidas.

Viento del Sur *Viento del Sur*

Revista de ideas, historia y política

VIENTO SUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

DESDE LOS PUNTOS **CUATRO**

Correo de Prensa Internacional

Xola 81
Col. Alamos
C.P. 03400 México, D.F.
Tel./Fax (5) 590-0708
csapn@laneta.apc.org

Cuadernos del Sur

- Editorial: **Foro Social Mundial: recuperando la esperanza**
- Joachim Hirsch: **Adiós a la política**
- Eduardo Lucita: **Politizar la resistencia**
- Ruben Lozano
Patricio Brodsky: **Apuntes sobre la representación política. ¿Re-negación del sujeto?**
- EZLN: **Comunicado de la *comandancia* rebelde desde Nurio**
- John Holloway: **El Capital se mueve**
- R. Brenner: **La economía de la turbulencia global.**
- B. Fine / C. Lapavitsas
D. Milonakis: **Indagando la economía mundial: dos pasos atrás**
- Claudio Katz: **La teoría de la crisis en el nuevo debate Brenner**
- Alberto Bonnet: **Competencia, lucha de clases y crisis**

Ilustraciones: Imágenes de la Comuna de París